

Circunstancias casuales

CARLO FLAMIGNI



Lectulandia

Annibale Ricci Ribald es un ser verdaderamente detestable, un anciano notario de familia adinerada que vive en un nido de víboras atestado de víctimas que, a su vez, son también verdugos. La mujer y los hijos, las criadas y los empleados, los clientes y los vecinos, todos están llenos de mediocres resentimientos y culpas inconfesables. Pero un día el funcionario aparece muerto en su despacho en la costa de Romaña; y poco después, la comadrona que trajo al mundo a sus hijos corre también la misma suerte...

Para esclarecer lo sucedido, el jefe de policía Macbetto Fusaroli volverá a contar en esta ocasión con la inestimable ayuda de Primo Casadei y su extraña familia de investigadores: su esposa Maria, una inmigrante china que aprendió italiano escuchando los culebrones de la radio; su amigo Proverbio; el simplón Pavolone y las pequeñas gemelas Beatrice y Berenice.

Lectulandia

Carlo Flamigni

Circunstancias casuales

Primo Casadei - 4

ePub r1.0

Titivillus 17.03.17

Título original: *Circostanze casuali*

Carlo Flamigni, 2010

Traducción: Carlos Gumpert

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A mi amigo Corrado,
quien, como yo, cree en la justicia.*

*A Carla y a Marina,
quienes creen algo menos en ella.*

*¿Cómo osamos hablar de las leyes de la casualidad?
¿No es acaso la casualidad la antítesis de toda ley?*

BERTRAND RUSSELL

La naturaleza es boba y desordenada y su único acto volitivo es la casualidad.

ALIETO TIBUZZI

Personajes y comparsas

Annibale Ricci Ribaldi, notario.

Maria Teresa, su mujer.

Veronica y Matteo, sus hijos.

Domenico, pasante.

Carla, oficinista.

Egle, secretaria.

Palmira, criada-gobernanta.

Zaira, gobernanta.

Anna y Paola, criadas.

El doctor Reggiani y el doctor Forlivesi, dermatólogos.

Veronica Schiassi, psicóloga.

Maite, joven argentina.

Abogado Antero Silvestrini, prometido de Veronica.

Rosa Stepponi, comadrona.

Libero, Sante y Gaetano, hijos de Platone Sensori, anarquista.

Anchise Silvestrini, abuelo de Antero.

Macbetto Fusaroli, subcomisario.

Primo Casadei, apodado Terzo.

Maria, su mujer.

Beatrice y Berenice, hijas de Primo y de Maria.

Pavolone, chico para todo de la familia.

Proverbio, amigo de la familia.

Prólogo

El presente volumen no es, no lo es realmente ni pretende serlo, un libro policiaco, sino más bien una historia que se refiere a una serie de acontecimientos provocados por la casualidad, los cuales, a su vez, de forma intermitente, dieron origen involuntariamente a una serie de actos determinados de manera racional, y es la exposición de cuanto al final resultó de la confusa contaminación entre el azar y la voluntad. Un libro policiaco que deja su desarrollo y la solución, en la medida que sea, en manos de la casualidad, se convierte automáticamente en el relato del suicidio del autor.

Los acontecimientos que aquí se leerán deben imaginarse como acaecidos durante una fase avanzada del otoño en una localidad marina de la costa de Romaña. No es fácil y no está al alcance de todos, lo reconozco, pues no son muchos los que se hallan familiarizados con las costas del Adriático en temporada baja, y los que creen que la conocen por lo general se engañan pensando que es suficiente con tener una casa abierta en el invierno y pasar en ella los fines de semana para entender la clase de vida que se ven obligados a llevar en lugares así sus ciudadanos, cuál es el carácter de estos y qué clase de viento político sopla por allí. Mucho me temo que no se trata más que de una ilusión.

En estas pequeñas ciudades asediadas por el esplín, adquieren especial relevancia las interpretaciones subjetivas de los acontecimientos, desempeña un papel importante la fantasía aburrida, que promueve grandes resonancias afectivas a partir de acontecimientos insignificantes: esa es la razón por la que puede llegar a ser muy importante saber distinguir la casualidad de la volición, pues, si bien la primera tiene, en todo caso, derecho de ciudadanía, la segunda resulta ásperamente juzgada en cualquier circunstancia. Por mi parte, me he interrogado acerca de la propia posibilidad de explicar los acontecimientos casuales de manera comprensible, de intentar, al menos, una definición que esté al alcance de todos. De procurar ponerlos en relación lógica con los acontecimientos a los que han dado origen. Claro está, se trata de hechos que se verifican sin orden, hechos que no es posible predecir. Los matemáticos afirman, en tal sentido, que el efecto global de un gran número de acontecimientos semejantes no deja de ser perfectamente predecible; es una manera de formular la ley empírica de la casualidad: en una serie de pruebas repetidas en las mismas condiciones, la frecuencia relativa de un acontecimiento tiende a coincidir con su probabilidad. Interesante, útil para los laboratorios y la investigación científica; pero ¿y para la vida? Personalmente, me ha tocado vivir periodos lo bastante largos durante los cuales los acontecimientos azarosos prevalecían y se sucedían sin pausa, mofándose de la probabilidad y de sus leyes. Tal vez no sea casualidad que la literatura y la mitología hayan abordado el asunto con algo de

bochorno, presentándolo a menudo con nombres distintos y atribuyéndole historias, leyendas e incluso propósitos diferentes: de modo que el azar se ha visto confundido con el hado o el destino, o la fortuna, y se ha asomado al escenario de la vida vistiendo diferentes tipos de ropa, adquiriendo los rasgos de criaturas misteriosas, como las Parcas, las Moiras o las normas. En realidad, el hado y el destino no deberían confundirse en modo alguno con la casualidad, dado que se expresan con una secuencia fija de acontecimientos no previsibles, no evitables e invariables, mientras que la casualidad está regulada por una suerte de ley matemática. Sigo todavía, por lo tanto, en busca de definiciones, y en estos momentos no tengo nada más que ofrecer que esta historia.

No me gustan —debo hacerlo constar por corrección— aquellos que enlazan el destino con la intervención de un dios que no quiere firmar sus acciones (¿timidez?, ¿sentimientos de culpa?), lo escribió incluso Anatole France, que era mucho más severo que yo en sus juicios. No me gustan aquellos que imaginan una divinidad a la que hacen constantes y fieles referencias, mientras pasea de incógnito por las calles del mundo provocando daños y milagros casuales. Un dios estocástico con semejante propensión se merecería un arresto domiciliario en el Olimpo. Por otra parte, Cloto, Láquesis y Átropos actuaban a menudo en contra de la voluntad de Júpiter, quien era además su padre, y no porque no lo respetaran; era solo que no podían evitarlo, tenían que obedecer a la casualidad. Y yo no veo en la casualidad un corrector de injusticias, un protector de los oprimidos, un fabricante de magias virtuosas. *La nature fait le mérite et la fortune le met en œuvre*, escribió La Rochefoucauld, quien sacaba a colación la fortuna, pero que sin duda estaba pensando en la casualidad. Por el momento, me limito a estar de acuerdo con Hesíodo, quien definía el azar como «incomprensible» y lo asociaba con muchos misterios tenebrosos:

Parió la Noche al maldito Moros, a la negra Ker y a Tánato; parió también a Hipnos y engendró la tribu de los Sueños. Luego además la diosa, la oscura Noche, dio a luz sin acostarse con nadie a la Burla, al doloroso Lamento y a las Hespérides que, al otro lado del ilustre Océano, cuidan las bellas manzanas de oro y los árboles que producen el fruto.

Parió igualmente a las Moiras y las Keres, vengadoras implacables: a Cloto, a Láquesis y a Átropos, que conceden a los mortales, cuando nacen, la posesión del bien y del mal y persiguen los delitos de hombres y dioses. Nunca cejan las diosas en su terrible cólera antes de aplicar un amargo castigo a quien comete delitos.

También alumbró a Némesis, azote para los hombres mortales, la funesta Noche. Después de ella tuvo al Engaño, la Ternura y la funesta Vejez, y engendró a la astuta Eris^[1].

Estoy seguro de que tarde o temprano seré capaz de encontrar una definición, si

tengo tiempo y paciencia, porque estoy seguro de que la encontraré por casualidad. Por lo demás, es difícil pensar en la casualidad como un acontecimiento de escasa importancia; Jacques Monod escribió su obra *El azar y la necesidad* para demostrar que la teoría de Darwin debe entenderse como una hipótesis que concibe la evolución como una suma de acontecimientos casuales y que en ello no hay nada finalista, ni en lo que concierne al hombre, ni en lo que atañe al mundo. Estamos aquí, pues, por casualidad, a la espera de que otra casualidad menos compasiva nos arranque de este mundo. Mientras tanto, pendiente de verificar lo que el azar tiene previsto para mí y de descubrir cuál es la longitud del hilo que me ha deparado la suerte, después de haber tratado en vano de entender las teorías de Merton sobre las consecuencias inesperadas, escribí este relato, que habla de acontecimientos casuales y de actos aparentemente volitivos que surgieron de ellos. La historia, en el orden en el que la secuencia de acontecimientos aleatorios se presenta, es producto de pura fantasía. Tomados singularmente, los acontecimientos ocurrieron en realidad casi (¡casi!) como el lector los leerá.

1

En la costa de Romaña existen numerosas localidades, pequeñas, dispuestas en fila, una detrás de otra, bien separadas en invierno, unidas como si se tratara de una única ciudad muy pero que muy larga en verano, cuando llegan los turistas que ocupan todos los huecos disponibles y que parecen lo que son, gente decididamente resuelta a divertirse o a hacer como si se divirtiera. De este modo, quien acuda a la costa en agosto sacará la impresión de que la vida está hecha de pizzerías, discotecas, salas de baile, restaurantes de lujo y de que a una ciudad no le hacen ninguna falta en realidad médicos, abogados, tribunales, notarios. Los turistas empiezan a marcharse en septiembre, y a finales de octubre no queda ninguno; solo se dejan ver —aunque únicamente los sábados y domingos— los que tienen en la playa una segunda casa y a ella acuden durante todo el invierno, por más que, en el fondo, nadie entienda por qué lo hacen. De esta manera, desde octubre hasta finales de la primavera siguiente, veremos comparecer de nuevo a las auténticas ciudades, idénticas a todas las demás ciudades italianas, con los niños que van al colegio, los adolescentes que se reúnen siempre en las inmediaciones de los mismos bares, las familias que van ordenadamente a misa todos los domingos, los despachos profesionales que se llenan de clientes, algo de hueco para la política, algo de hueco para los deportes. Y, como en todas las ciudades romañolas que se respeten, con la gente que es abducida en sus hogares en cuanto comienza a oscurecer, fuera solamente se topa uno con los nuevos ciudadanos, ocupados en socializar entre ellos, al frío, y en ocupar los huecos que los viejos ciudadanos, en realidad, nunca han ocupado. Con todo, es cierto también que muchos habitantes de la costa romañola optan por pasar el invierno en otros lugares y que otros, especialmente los que se dedican a la construcción de las diversiones veraniegas, no teniendo mucho que hacer, aguardan el regreso de la primavera tratando de matar el aburrimiento, encomendando su propia supervivencia a invenciones y a fantasías que no todo el mundo reputaría legítimas, pero que muchos de nosotros consideramos graciosas.

Las pequeñas ciudades de la costa romañola no es que sean —con las debidas excepciones, como es natural— especialmente hermosas: hay hoteles de lujo, algunas señales que recuerdan todavía su historia —aquí un antiguo puente romano, allá una iglesia gótica o bizantina—, pero de lo que carecen sobre todo es de homogeneidad urbanística, puesto que no tienen mucho que ver con el pueblo a partir del cual se formaron. Quienes las han visto crecer, en realidad, perciben esa falta de uniformidad como una virtud, no como un defecto: las personas más ancianas recuerdan los grandes sacrificios del pueblo llano, toda la familia encerrada en el almacén,

sobreviviendo como podían, para poder alquilar la casa durante los tres meses de verano a una familia de turistas, y luego invertir todas las ganancias para agregar un par de habitaciones, un segundo baño, una cocina más grande y, ¡ale hop!, he aquí que al cabo de unos cuantos años abría sus puertas la Pensión Primavera, precios módicos, cocina casera, la madre dedicada a preparar hojaldre, la tía Gertrude a hacer las camas, las dos hijas mayores a servir las mesas.

Las pequeñas ciudades de la costa romañola han ido creciendo así, no solo así, pero también así. Familias capaces de asumir grandes y continuos sacrificios, acostumbradas a no desaprovechar nada, a no tirar el dinero, sin importarles si en Rávena y en Forli se reían porque eran «los camareros de los alemanes». Había poco que hiciera gracia, había mucho que aprender.

Localidades con dos caras, por lo tanto, una más vividora en verano, otra más resignada y tradicional en otoño y en invierno. Pero ¿habrá algo de desbordamiento, puede pensarse en una cierta contaminación, aunque sea mínima? Personalmente creo que sí; no estoy del todo seguro, pero me imagino que algunos rayos de sol de los veranos más calurosos siguen calentando los lomos de algunos hombres y de algunas mujeres incluso cuando la temperatura cae por debajo del cero, y el ábrego del Adriático se deja notar en el nerviosismo generalizado de todo el mundo.

Será por eso, será por el carácter algo fogoso de los naturales de Romaña, será porque las ciudades pequeñas son chismosas y charlatanas y tarde o temprano viene a saberse todo sobre todos, la costa romañola es un lugar repleto de historias, casi todo el mundo tiene algo enterrado bajo las cenizas de la chimenea, casi todo el mundo sabe que basta con un poco de viento para que lo que ellos creían oculto salga de nuevo a la luz; todos saben, sin embargo, que reina una gran tolerancia, que incluso las personas que no te aprecian se detienen (casi siempre) un momento antes de hacerte daño; que existe en todo caso una concepción particular de la justicia, la mayoría de los ciudadanos preferirían, si pudieran, tomársela por su cuenta. Como sucede en todas las ciudades, en estas historias concurren siempre los mismos elementos: el sexo, por ejemplo, y el dinero, y los defectos más frecuentes de los hombres, su malignidad, su falta de escrúpulos, la envidia. Podría haber, es cierto, otras historias que contar, porque en esas mismas ciudades también se da la tolerancia, la compasión, la solidaridad, la honradez; pero, por desgracia, con sentimientos como esos se levantan historias que no le interesan a nadie, y que nadie se preocupa jamás por contar.

Y hay también sus buenas dosis de fatalismo, que hemos de tener en cuenta, hasta el extremo de que es convicción de muchos que los antiguos, en estas playas, edificaron numerosos templos dedicados a la casualidad.

El notario Annibale Ricci Ribaldi, sencillamente, no podía imaginarse que aquel día, el día de su sexagésimo noveno cumpleaños, había de ser también el último día de su vida. Tal vez, de haberlo sabido, habría cambiado de hábitos, por una vez al menos, y no habría bajado a su despacho, a las nueve de la mañana, como era su costumbre desde hacía casi cuarenta años; pero, si no hubiera bajado a su despacho, aquel no habría sido, con toda probabilidad, el último día de su vida. De modo que, ignorando su propio destino —como es justo y misericordioso que sea—, el notario Annibale Ricci Ribaldi fue a sentarse ante su mesa de trabajo, por última vez, aquella fría mañana de diciembre también; dio algunas breves instrucciones a una de las dos secretarías (a la otra, por costumbre, no le dirigía la palabra), se sentó en su sólido, comodísimo sillón (el mismo desde hacía casi cuarenta años) y empezó a despachar sus tareas cotidianas, apuntando en un enorme libro de registro todas las cosas que hacía, cartas leídas, cartas escritas, documentos corregidos, documentos firmados, llamadas telefónicas realizadas y recibidas. Los clientes se presentarían, como siempre, más tarde.

El notario Annibale Ricci Ribaldi es, sin lugar a dudas, el personaje clave de esta historia, aunque esté destinado a ser un protagonista activo solo durante unas cuantas horas, habiendo quedado su destino marcado desde el mismo momento de su entrada en el despacho: un par de horas y luego, paf, la muerte que se lo lleva consigo. Se hace necesario, por lo tanto —a la vez que útil y oportuno también, para la economía de este relato—, hablar de él «en vida» o, si el lector lo prefiere, de él «antes». Entre otras cosas, porque, solo conociendo el «antes», el «después» de esta historia adquirirá sentido.

Empecemos por el nombre, Ricci en Romaña hay muchísimos; Ricci con un segundo apellido agregado, muchos. La historia de ese segundo apellido es bien conocida: en tiempos de los Estados Pontificios un fulano llamado Ricci cometió un crimen, matando a un alto funcionario de la policía, y muchos de sus homónimos, para tomar las debidas distancias del asesino, habían solicitado y obtenido el poder añadir a su propio apellido el materno. En lo que atañe a Annibale, sin embargo, la cosa no estaba del todo clara, pues no faltaba gente que insinuara que Ribaldi no era un apellido, sino simplemente un adjetivo^[2], y que, en realidad, el notario era descendiente nada menos que de los Ricci asesinos, una especie de asociación delictiva muy activa en el siglo XIX.

Fuera apellido o adjetivo, lo que no podía negarse, sin embargo, era el hecho de que la familia Ricci Ribaldi se había ganado una buena reputación, por lo menos desde principios del siglo XX, cuando el abuelo de Annibale llegó a ser, aunque no

fuera más que durante un corto periodo, subsecretario de Estado en uno de los gobiernos de Giolitti. El padre de Annibale, cuya profesión inicialmente hubiera debido ser la de médico, se había dedicado a la especulación con tierras y casas, justo en la época en la que aquella pequeña ciudad de Romaña se estaba expandiendo y había sido capaz de superar sin mayores daños incluso un proceso por colaboracionismo. Era a él a quien se debía la adquisición del hermoso palacio dieciochesco en el que ahora vivía y trabajaba Annibale, gestionando con sabiduría —excesiva, al decir de muchos— el conspicuo patrimonio que había recibido en herencia, siendo aún muy joven, dado que el padre había muerto prematuramente en circunstancias, digámoslo así, particulares.

La ciudad —pequeña, provinciana, particularmente aficionada al chismorreos— acababa de verse sacudida por un escándalo, uno de esos acontecimientos que alegran los salones de las familias bien durante un año por lo menos y que, en cualquier caso, pasan a formar parte de la «historia cívica», generalmente pobre en héroes positivos. El joven marqués Tesorieri había desaparecido de repente, en el sentido de que una noche no regresó a su antigua morada, de la que había salido al oscurecer para una breve —o eso por lo menos es lo que supusieron su esposa y sus familiares— paseata. Al principio, dio la impresión de ser una historia poco verosímil —nadie lo había visto, nadie recordaba haberse tropezado con él—, por lo que la policía —una vez excluidos el rapto y el asesinato— había comenzado a indagar, con las debidas cautelas, en su vida privada. La familia llegó a recurrir a un detective privado, y su anciana madre hizo venir desde la ciudad a una famosa médium, a la que se debía el hallazgo —o eso era lo que se decía— de un número incalculable de personas y de objetos perdidos. Fue uno de sus compañeros de parranda (por llamarlo de alguna manera, pues se trataba como mucho de algunas borracheras y de algunas veladas en las casa de mancebía de las ciudades cercanas) quien tuvo la ocurrencia de comprobar si por casualidad no había desaparecido también Tudina, muchacha de no exactamente buenas costumbres, con la que el marqués mantenía, desde hacía algún tiempo, comunión de vida nocturna. Y así, después de recabar algo de información, consiguió encontrarlos, en una pequeña casa de campo que el marqués había alquilado para su uso personal, muertos ambos a causa de las exhalaciones del gas de una estufilla que habían dejado imprudentemente encendida, abrazados aún, desnudos, en una cama repleta de ratones que se mostraron muy reacios a renunciar a tan rico banquete. Todavía no se había extinguido el primer mes de chismorreos, cuando se produjo la desaparición del padre de Annibale, un acontecimiento casi «fotocopiado» que llenó de inmediato a sus parientes de gran consternación, temiendo —¡ay, con cuánta razón!— que pudiera estarse repitiendo la tragedia de los dos amantes a los que mató el óxido de carbono. Las indagaciones fueron más cortas esta vez, todo el mundo sabía de quién era amante el buen doctor y dónde se refugiaban los dos pecadores para sus semanales congresos carnales: por si fuera poco, el padre de Annibale realizaba sus sacrificios a Venus siempre el mismo día de

la semana, y el día correspondía; por último, sus mejores amigos, que conocían casi todas sus costumbres, estaban al corriente de la existencia de una estufilla que todos consideraban muy peligrosa, pero que el médico nunca había llegado a reemplazar por pura pereza. La tragedia resultaba aún más apetecible —para el paladar ciudadano— que la precedente, porque además de la notoriedad del amante varón había que contar con la de la mujer, que estaba en boca de todos cual esposa de un terrateniente más conocido generalmente como «Panìr», cesta, alusión no muy elegante a la cesta de caracoles, que para los habitantes de Romaña es el lugar donde pueden reunirse al mismo tiempo el mayor número de cuernos.

La señora Ada, la esposa del doctor, había reaccionado bien ante la muerte de su marido y fatal ante el terrible descubrimiento de su infidelidad: se había negado a seguir el ataúd, había comenzado una campaña denigratoria en contra de la otra mujer, la nunca lo suficientemente vituperada Virginia (¡Virginia!), que según su resuelto modo de ver era la auténtica responsable de la tragedia. En lugar de encerrarse en una respetuosa (y prudente) discreción, se dedicó a pasearse por todos los salones contando detalles inéditos, chismes de nuevo cuño, casi siempre de dudosa verosimilitud, fingiendo incluso alegría y diversión. Lo único que se negaba a aceptar era la comparación (ofensiva) con la pareja que se había anticipado en seguir el mismo recorrido mortal, la del joven marqués y Tudina:

—Es que los nuestros, estimado señor, estaban vestidos.

Era la frase con la que cerraba la boca a quienes le planteaban la comparación.

Annibale, por su parte, lo había tomado aún peor. Hasta ese día había vivido como un buen chico próximo a su familia: aplicado en los estudios, excelentes notas siempre merecidas, unos cuantos amigos seleccionados con premura por su padre, alguna chica, nunca lo suficientemente buena ni lo suficientemente seria para llegar a gustar a su madre, y destinada por lo tanto a representar únicamente la oportunidad para una nueva decepción. El único verdadero sufrimiento se lo causaba su diabetes, que padecía desde que era niño, no porque fuera una enfermedad particularmente grave, o porque le impidiera alimentarse como él quería —no sentía el menor interés por la buena cocina, no probaba el alcohol y estaba tan delgado como un fideo— sino porque le obligaba a sufrir tres veces al día el oprobio de una aguja que se le introducía en la carne, un tormento al que no llegaba a acostumbrarse y que vivía de forma no muy diferente a la de un hombre condenado a la guillotina —imagínese el lector: tres guillotinas al día, todos los días...—.

La oposición a notario la había sacado a la primera, clasificándose entre los diez primeros, de modo que pudo elegir como primer destino una pequeña ciudad vecina a la que iba cómodamente en bicicleta, premisa natural para la apertura de un despacho en la ciudad. El descubrimiento de que su temido padre había sido un incauto proxeneta lo dejó consternado. En consecuencia, después de que su madre decidiera poner fin a sus histéricas representaciones y se envenenara con una cantidad de barbitúricos que los médicos juzgaron insuficientes incluso para un corto sueño (sus amigas estaban convencidas de que la pobre mujer quiso limitarse a poner en escena un suicidio pero acabó muriéndose de miedo ante la idea de que nadie llegara a tiempo para salvarla), cambió radicalmente su manera de ver las cosas y el mundo. Dejó de ir a la iglesia, suspendió todas las actividades caritativas de las que su familia llevaba décadas haciéndose cargo, olvidó de forma definitiva las tumbas de sus

padres, empezó a hacer un uso «discutible» de la gran cantidad de dinero heredado, concediéndolo en préstamos con elevados tipos de interés y solo a personas que no podían sacar beneficio alguno en hacer públicas sus dificultades económicas. Reorganizó su vida de forma muy esquemática, sin dejar nada al azar. Vivía solo en la amplia vivienda del piso principal, solazado por una extraordinaria colección de armas medievales y por una cantidad inimaginable de libros antiguos, los únicos objetos hacia los que, a pesar de que hubieran sido atesorados por su padre y por su abuelo, mostraba ese afecto y ese respeto que desde luego no dispensaba a las personas, ni siquiera a los parientes. Había heredado de sus padres una cocinera y un par de sirvientes que despidió de inmediato, para reemplazarlos con personal que nunca había tenido contacto ni con su padre ni con su madre. Bajaba todas las mañanas a las nueve en punto a sus amplias oficinas, que ocupaban la mayor parte de la planta baja y en la que se reunía con sus tres colaboradores: un tal Domenico, «pasante» de su misma edad, que había ilusionado a su familia y amigos con la perspectiva de una brillante carrera profesional y que en cambio terminó siendo juzgado por fraude, un asunto menor que sin embargo le acarreó una condena, y que lo obligó a aceptar el primer trabajo que se le ofreciera, para no morir de hambre. Casi en las mismas condiciones se hallaba Carla, madre soltera repudiada por su familia de origen y que contaba exclusivamente con ese salario para sobrevivir y hacer que sobreviviera su criatura. Diferente, pero solo hasta cierto punto, era Egle, una chica con la que el notario tuvo un romance y que nunca había dejado de amarlo con lealtad y sumisión, hasta el extremo de aceptar trabajar para él con tal de estar a su lado. El punto de contacto entre estas tres pobres almas era el salario, establecido sin posibilidad de discusión ni esperanza de aumento por el notario, del que nos limitaremos a decir que no era generoso.

Seis días a la semana, por lo tanto, a las nueve en punto de la mañana, el notario bajaba al estudio, se sentaba ante su escritorio, intercambiaba unas cuantas palabras —las realmente indispensables— con el personal y empezaba a trabajar. Volvía a subir a su casa a la una para tomar un frugal almuerzo y echarse una breve siesta; a las tres estaba de nuevo en el despacho, donde permanecía trabajando hasta las ocho. La noche la reservaba por lo general al estudio, a la lectura, al cuidado de sus colecciones y a la música. Los domingos, sin embargo, Annibale desaparecía.

Las pocas personas que lo trataban sabían, más o menos, por qué desaparecía y adónde iba, y el apodo que le habían encasquetado era Teodoacre, como el personaje de una bien conocida poesía dialectal, que además, para ser el rey de los hérulos, «se iba de caza todos los días de la semana, pero el domingo no...», porque, según proseguía el poema, se hallaba en otra parte, en un lugar que la buena educación me impide mencionar aquí. Para nuestro Teodoacre, el lugar era una casa de citas en una ciudad cercana (una ciudad más grande, más tolerante y mucho mucho más chispeante que aquella en la que el notario trabajaba y vivía), un lugar tan refinado, reservado y misterioso cuanto pueda uno imaginarse.

Creo que resultará conveniente, si el lector quiere entender algo más acerca de las personas que nacen y se crían en las pequeñas ciudades de provincia de la Romaña, que considere atentamente este rito de muchos solteros que —a causa de la timidez o por necesidad de no exponerse— buscan y encuentran satisfacción para sus necesidades sexuales acudiendo con asiduidad a las casas de citas. Detengámonos un poco más en ello.

En otros tiempos, cuando existían aún las casas de mancebía, las casas de citas representaban la categoría superior, aquella a la que solo tenía acceso la gente con posibles, quienes, además, necesitaban obtener una recomendación para ser admitidos, al menos la primera vez. No se trataba únicamente de la calidad de los productos a la venta la que marcaba la diferencia entre las dos categorías; había mucho más. En primer lugar, según se decía —y, en algunas ocasiones, hasta era cierto—, a las casas de citas acudían señoras de la pequeña y mediana burguesía, que buscaban allí algo de dinero para sus caprichos o algo de distracción y de alternativas para mejorar la calidad de sus vidas. Lo mismo se decía de muchas estudiantes, en particular de aquellas que dejaban sus localidades de origen para ir a estudiar a la universidad, sobre todo si no tenían novio oficial o si empezaban a vestirse de repente con una elegancia de la que en el instituto nunca habían podido hacer gala. Eso era, por encima de todo, lo que volvía locos a los hombres: muchos de ellos no podían evitar sentir cierto malestar y, a veces incluso hostilidad en relación con las prostitutas, cuya vulgaridad detestaban especialmente; les encantaba imaginarse que, en alcobas algo más costosas y algo más difíciles de conquistar, podían encontrarse con personas como ellos, engolosinadas por el deseo de aventurarse por caminos desconocidos y prohibidos, o incluso, por qué no, con buenas chicas tímidas y recatadas, obligadas por la necesidad o chantajeadas por la miseria, pero en conjunto parecidas a ellos, es decir, educadas, respetuosas y hasta algo curiosas y algo gruñonas. Es ese afán —o, si el lector lo prefiere, esa ilusión— lo que ha permitido sobrevivir a las casas de citas, incluso hoy en día, en un mundo en el que la industria del placer de pago ha cambiado sus rasgos distintivos y puede ofrecer a los clientes una variedad de encuentros en otros tiempos inconcebible.

Una vez admitidos en una de esas «moradas» —estoy tratando de no emplear la palabra «casa», para remachar la extraordinaria diferencia entre ambos ámbitos, en los que, en el fondo, se celebraban los mismos ritos—, los afortunados asistentes quedaban casi siempre impresionados por el estilo de la señora que los recibía, una mujer que nunca se mostraba vulgar, a menudo exhibía aún vestigios de una antigua belleza y utilizaba con habilidad y gran dominio del lenguaje todos los eufemismos necesarios para demostrar que en aquel lugar la gente se reunía para permitir a personas en una desesperada búsqueda de afecto perderse las unas en las otras, y que el dinero que pasaba de una a otra mano no servía en realidad para pagar el encuentro, sino para consentirlo; en el fondo, incluso el Estado paga considerables óbolos a la Iglesia para que sus sacerdotes puedan consolar a una humanidad doliente

y necesitada de amor. Las mismas fotografías que se mostraban en un álbum de respetables dimensiones no eran nunca vulgares; muchos de los nuevos huéspedes tenían la impresión de estar curioseando entre los rostros sonrientes de sus propias compañeras de universidad o de instituto.

Quién señaló al notario aquella específica morada y puso los medios para que pudiera convertirse en uno de sus clientes nadie llegó a saberlo nunca; incluso es posible que el primer encuentro entre Annibale y el «laboratorio de alta costura» de doña Emma fuera casual. Lo que importa es que el notario, en aquella casa, se sintió a las mil maravillas y que, mientras siguió soltero, no la traicionó jamás. Entre él y doña Emma surgió rápidamente una relación de franca simpatía, y a las más asiduas de la casa les gustaba contar que «la señora», más de una vez, llegaba a concederse sin limitación alguna al notario; ella, que era notoriamente reacia a tales muestras de exuberancia; a él, que como era más que evidente carecía de todo atractivo varonil.

En realidad, el notario Annibale Ricci Ribaldi era francamente feo: de más de un metro noventa de altura, muy muy delgado, de rasgos vagamente femeninos dispersos en una carota indudablemente varonil, muy poca barba, pelo de color estropajo, parecía —o por lo menos era esa la opinión más extendida— una araña, una de esas arañas que se ven en los dibujos animados, de carota redonda, enorme boca sensual y muchas muchas extremidades. Desde que empezó a pensar en las mujeres se dio cuenta de que poseía una clase de sexualidad casi exclusivamente mental, basada más que nada en la imaginación y el deseo, poco auxiliada por el aparato del que esta — como es obligado— se servía para dar cuerpo a sus fantasías. De este modo, el notario empleaba toda clase de trucos para poner de acuerdo cuerpo y mente, empezando por inyecciones de andrógenos, pronto abandonadas a causa de la diabetes, para pasar gradualmente a las prostaglandinas y a los distintos medicamentos que la ciencia ponía a disposición de personas como él. Puesto que era la fantasía la que seguía prevaleciendo, el hecho de acudir a aquella casa y poder confiar en una persona tan amable como demostraba serlo doña Emma le consentía explorar los rincones oscuros de su libido. Era, por ejemplo, costumbre de la casa que «la señora» le propusiera encuentros con chicas —jóvenes, discretas, tímidas, propensas al rubor, nunca vulgares— que habían declarado expresamente su falta de disposición para adaptarse a determinadas prestaciones sexuales, «eso no — afirmaban—; eso de verdad que no; ni me lo pida; antes prefiero marcharme». Le tocaba luego a él, aprovechándose de los puntos débiles que doña Emma le revelaba (y que casi siempre estaban emparentados con el dinero), convencerlas de que cambiaran de opinión, y no había nada que le diera tanto placer como arrancarles aquellas concesiones —había un regusto a humillación infligida y un aroma a violencia padecida que valía mucho más que el dinero gastado— y descubrir además, una y otra vez, que incluso en aquellos lugares era posible toparse con un pudor que podía ser violado...

Hasta el más imberbe de los psicoanalistas hubiera podido explicarle al notario

Annibale lo que se celaba detrás de comportamientos como esos, pero incluso un psicoanalista experimentado se habría sorprendido al descubrir que todas aquellas misteriosas razones eran para él tan claras como el sol, y que el notario no tenía necesidad en absoluto de Freud para interpretar sus pulsiones. Lo que ni los psicoanalistas ni el bueno del notario se habrían imaginado jamás era el hecho de que el voluminoso escudo de protección que las decepciones familiares habían creado a su alrededor dejaba al descubierto una zona tan delicada cuanto frágil: el pobre Annibale sentía una inmensa, irracional piedad hacia sí mismo.

Cuando Annibale conoció a Maria Teresa, él tenía cuarenta y cinco años y ella veintiuno. La muchacha, de madre romañola, tenía un padre veneciano, y esto le había regalado un aspecto inusual: era alta, rubia, de ojos negros y pecho prepotente. En conjunto, inspiraba pensamientos de castidad y dulzura, una chica a la que todo el mundo querría tener como hermana. Al principio, el notario ni se dio cuenta de todas esas cosas, absorbió como estaba en la lectura de las notas que la señora Emma le había preparado: esto no, esto no, esto no por Dios, sea prudente, tenga paciencia... El notario la sopesó, pudo constatar su fragilidad, y decidió que no era cuestión de gastar dinero para soslayar esas prohibiciones, todo podía serle impuesto. Después de eso, en la práctica, la violó, con entusiasmo y determinación, obligándola a cometer muchos de esos actos que los biempensantes definen como «bajezas». Empleó toda la energía de la que disponía, y lo hizo con gran alegría porque nunca había experimentado tanto placer en un encuentro sexual. Después, muy cansado, se quedó dormido.

Cuando se despertó, permaneció un rato con los ojos cerrados, saboreando el placer de aquellos recientes recuerdos. Se percató de que la muchacha, todavía inmóvil donde la había dejado, acaso solo un poco más distante de él, tenía pequeñas sacudidas del cuerpo, que era fácil interpretar como sollozos.

Annibale creía poco en las lágrimas y mucho en la hipocresía, especialmente de las mujeres, pero quedó sorprendido por la forma muy reservada y digna con la que la muchacha procuraba ocultar su llanto. Empezó a hacerle preguntas, a interesarse por ella y por su familia, y, al final, la muchacha —más pobrecilla que desventurada— le contestó.

La historia de Maria Teresa parecía modelada en una de las muchas películas inspiradas en las novelas populares escritas por herederos de Carolina Invernizio^[3], que en los años cincuenta hacían llorar a las chicas de buena familia. Padres burgueses, vidas aparentemente serenas, hasta que la madre se enamora de un antiguo compañero de clase con el que empieza a verse a escondidas, sin que su marido y sus dos hijos se enteren de nada de lo que está ocurriendo. Después, la tragedia: el padre, que comienza a sospechar, la sigue, los sorprende, mata a su mujer, hiere gravemente al amante, intenta suicidarse sin éxito, es sentenciado a una eternidad en la cárcel. Ella se queda sola con su hermano, un chico no mucho mayor que ella, pero débil e inepto. Y es precisamente su hermano quien la obliga a dar ese paso tan terrible, pues no deja de meterse en líos, arrastrado por las malas compañías (¡hay que ver la de malas compañías que devastan nuestras ciudades!), contrae deudas con prestamistas que lo amenazan: paga o... Y entonces ella...

Un auténtico folletín, tan consabido y trivial que Annibale termina por no creérselo. Más tarde, dándole vueltas, decide indagar —el ambiente de los prestamistas no le es desconocido— y descubre que casi todo lo que la muchacha le ha contado es verdad y que, como guinda del pastel, su padre se ha suicidado en la cárcel y su hermano ya ha sido apaleado nada menos que dos veces por sus acreedores, y que las dos veces se salvó por un pelo. Increíble.

Convencido de la sinceridad de la joven, persuadido de que la vida puede imitar incluso a las peores novelas, el notario corre a la casa de citas, quiere pedirle a la señora Emma que no permita que la muchacha se vea con otros hombres; él se ocupará de todo... Pero los folletines románticos, cuando arrancan, parecen cogerle gusto, no dan señales de acabar, y si además se contaminan con la casualidad acaba por parecer que han sido escritos por un borracho. Imagine el lector la escena: la señora Emma palidece, vacila, él la apremia, quiere saber la causa de tanta turbación.

—De haberlo sabido... —la voz de la señora Emma se vuelve aún más vacilante—. De haberlo sabido hace una hora, pero ahora...

Al notario la *maîtresse* le ha hecho muchas confidencias, sabe que puede vigilar las habitaciones, lo hace cuando no se fía de los hombres, o de las mujeres, o teme haberse fiado de la persona equivocada, sabe muy bien que en una alcoba puede ocurrir cualquier cosa. No le pide, le exige poder asistir al encuentro. Se queda solo mirando, por un ventanuco perfectamente oculto. Maria Teresa entre los brazos de un hombre joven y vigoroso, que le hace el amor con una extraña dulzura. El notario se da cuenta de que es ella la que inspira esa dulzura, que es su aspecto el que lo exige. También se da cuenta de que él es inmune a todas esas zalamerías, que lo que Maria Teresa le inspira es un sentimiento que se parece mucho a la pasión, de la cual sabe poco. Ha leído sobre el asunto en los libros, pero nunca la había experimentado. Y se percata de que sufre, y se sorprende al descubrir que todo ese sufrimiento, en resumidas cuentas, no le disgusta, que es agradable sentir ese dolor que empieza a pesarle en el pecho. Pero no es capaz de alejarse de aquella ventana. Permanece allí para seguir haciéndose daño, porque los dos amantes parecen complacerse en dar placer al otro, y eso es algo que él simplemente no puede tolerar. En definitiva, es pasión verdadera: no es agradable, no es virtuosa, pero es pasión, eso sí, lo es.

Para no alargarnos. El notario se hace cargo de la deuda del hermano de Maria Teresa. Después vuelve a citarse con la muchacha. No le cuenta todo; solo le da a entender que únicamente él puede salvar a ese idiota, a ese fracasado, que solo él puede impedir que le ocurra lo que ahora parece inevitable. En cuanto a ella, por supuesto, ya no será necesario que acuda a esa casa. Y al final de este largo discurso, tan generoso, tan lleno de afecto y tan apasionado, la pobrecilla ve cómo se le ofrece algo mucho más tranquilizador que una convivencia; el notario habla incluso de matrimonio. Y todo sucede de manera tan natural, tan inevitable, que ella acepta.

Se casan casi en secreto, el notario siente un pavor terrible de que algo del pasado de Maria Teresa pueda filtrarse, se la lleva a casa sin permitir que nadie la vea. Y es que lo suyo, eso está claro, no es amor, sino una especie de pasión, pero una pasión enfermiza, una pasión celosa y amarga que lo convierte —a él, que no es un buen hombre— en un mal hombre e incluso violento a veces. El recuerdo de aquel coito al que ha asistido lo persigue, lo obliga a contárselo una y otra vez, y en cada ocasión, al final, se emplea con violencia, cada vez un poco peor, hasta que empieza a golpearla. Y ella calla y soporta. Él la apremia, hasta descubrir que ha tenido otros hombres, otros encuentros, en esa casa, y también otros antes. Quiere información de todos, le exige detalles, quiere conocer sus emociones. Con todo, en su interior, se debate: quisiera matarla, o por lo menos hacerle daño. Por otra parte, ya no puede concebir una vida sin ella; ahora empieza a albergar el temor de que ella decida abandonarlo, de modo que le da vueltas a cientos de planes y maneras para obligarla a quedarse con él para siempre, y al final lo que parece más verosímil es la maternidad; decide convencerla para que se convierta en la madre de sus hijos. De este modo, la obliga a abandonar las píldoras anticonceptivas que lleva años tomando, empieza a calcular los días de los actos sexuales, la interroga sobre los detalles más íntimos de su biología, exige ver las compresas de la menstruación, las cuenta, verifica sus secreciones vaginales. Pero el hijo no llega. Entonces se embarca en la lectura de libros de divulgación, se encarga de medir él mismo la temperatura rectal por la mañana, aumenta la frecuencia de sus relaciones. Pero del niño no hay noticias. Maria Teresa se exaspera, quizá prefería las bofetadas de antes a esta febril insistencia, se ve obligada a dejar la puerta del baño abierta, se somete a los controles más humillantes. Y el niño sigue sin llegar.

Un día, en un arrebato de ira, Maria Teresa le pregunta qué garantías tiene él de ser fértil. Pero Annibale cuenta con garantías, hace tiempo una mujer quedó embarazada de un hijo suyo, tuvo que pagarle un aborto y darle un montón de dinero para hacerla callar. Por otra parte, a él lo de tener hijos le interesa bien poco, no los desea y sabe ya que no los amará. Y, de esta manera, vuelve en su contra la acusación.

—Eres tú —dice—, es tu vida desordenada la que se está vengando.

Discuten, hacen las paces, deciden buscar el asesoramiento de un médico. Hay uno en la ciudad, célebre por su competencia, pero no quieren acudir a su consulta; lo reciben en casa. El examen ginecológico es un momento que acerca al notario a la locura, se muerde las manos cuando los dedos del médico penetran en la vagina de Maria Teresa, y mientras dura la exploración escudriña a su esposa con una intensidad casi demente, en busca de algún indicio que denuncie un placer

inadecuado.

—No hay nada que no esté bien —concluye el doctor—, hay numerosos casos como el de ustedes, infertilidad sin explicaciones, a menudo hay problemas de ansiedad y cuestiones emocionales particularmente intensos que impiden la concepción. Podemos recurrir a la inseminación. Si así lo desean.

La escena que ofrece la inseminación es una copia de la de la primera visita, las mismas emociones, el mismo sufrimiento. El médico ha traído todo lo necesario, un aparato para insuflar las trompas de Falopio, un microscopio para realizar un examen poscoital, nunca se sabe. ¿Es que le han entrado dudas? Es posible, pero el médico no suelta prenda, no hace comentarios. Volverá varias veces, para repetir todo el procedimiento, y a la tercera o cuarta vez Maria Teresa se queda embarazada.

El embarazo es un interludio de inesperada tranquilidad para ambos, el notario decide que no puede sentir celos de una mujer embarazada, se imagina que provoca rechazo a los demás hombres, al igual que lo provoca en él: la exhibe como si fuera un trofeo, por fin se siente capaz de presentársela a sus pocos amigos, la cubre de regalos. Nace una niña que se parece mucho a su madre, y este nacimiento —o esta similitud— interrumpe el armisticio. Maria Teresa no se ha repuesto todavía del parto cuando Annibale vuelve a mostrarse inquieto, quiere reanudar las relaciones sexuales, consulta de nuevo al mismo médico. Tan pronto como se reanuda un ciclo menstrual natural empiezan de nuevo las inseminaciones y, esta vez con un poco más de retraso, llega el segundo embarazo. Después de un nuevo periodo de aparente serenidad nace un varón, sano y bien formado, un acontecimiento que no parece impresionar mucho al notario. Poco a poco recomienza la malevolencia, vuela de nuevo algún bofetón.

Maria Teresa es un manojo de nervios, mantener a raya a ese marido suyo medio loco y al mismo tiempo criar a los dos niños es una tarea superior a sus fuerzas: encuentra, sin embargo, una inesperada aliada en una de las criadas, una chica de su edad llamada Palmira, una mujer de fuerte carácter, de buenos sentimientos, de sólida fe comunista, incapaz por naturaleza de tolerar la intimidación y los abusos. Palmira no siente particular simpatía por los hombres, a los que desdeña incluso en un plano sexual, y el comportamiento del notario la asquea y la indigna; a Maria Teresa y a ella no les falta ocasión para hablar largo y tendido, mientras crían juntas a los niños. Poco a poco, también Maria Teresa cambia, adquiere más confianza en sí misma, su marido deja de intimidarla. A esas alturas, las relaciones sexuales ya son poco frecuentes, y Maria Teresa se niega a participar en esa impúdica gimnasia sexual a la que su marido sigue siendo muy aficionado: se concede, como toda mujer siente que debe hacerlo, pero sin entusiasmo y sin fantasía. A su marido ya no lo ve más que en las comidas, muy rara vez se presenta para echar un vistazo a los niños, que claramente no le interesan demasiado. Pero el alma de Annibale es muy compleja, difícil de descifrar. Maria Teresa no pierde la esperanza de que él esté aguardando el momento de poder dialogar con ellos. Dos niños con las capacidades cognitivas de dos pequeños animales no atraen a la mayor parte de los hombres.

El notario es un visceral anticomunista. La criada-amiga de su esposa le inspira sentimientos de antipatía por el mero hecho de llamarse Palmira^[4]. Pero la muchacha posee una virtud, que el notario no puede dejar de apreciar puesto que parece resolver uno de los problemas principales de su vida, el terror a las agujas: nadie sabe poner inyecciones tan bien como ella. Es tan hábil que el paciente ni siquiera percibe el momento en el que la aguja penetra bajo la piel. Palmira se convierte en la enfermera del notario, hasta el extremo de que, cuando es ella la que está en cama con la gripe, es él quien acerca su culo hasta su alcoba para que se lo pinche allí, hasta el extremo de que le paga, con tal de que no se aleje, dinero por vacaciones no disfrutadas. A Palmira el dinero no le molesta, de irse de vacaciones no es que tenga muchas ganas, su lugar está, cada día más, cerca de Maria Teresa. Los dos consiguen casi siempre alcanzar un acuerdo.

El hecho de haberse vuelto indispensable para un hombre odioso, tacaño y, por si fuera poco, anticomunista, debe haberle proporcionado una enorme satisfacción, de esas que no tienen precio: y es que, por si fuera poco, Palmira carga a sus espaldas con una vida difícil y viene de una familia desafortunada y perseguida, una de esas familias rojas que convocan a gritos la desventura y que, desde luego, acaban encontrándola. Todo empezó con su bisabuelo, Spartaco, un trabajador agrícola de firme fe socialista, que después de una huelga fracasada, en 1922, la había emprendido a pistoletazos, en el viejo puente romano, con una escuadra fascista. Uno de los fascistas se ganó una bala en el hombro y resbaló por el parapeto del puente para terminar en el agua, precisamente en uno de los pocos días en los que el río llevaba gran cantidad de agua. Al ver que se ahogaba, el bisabuelo de Palmira, que con toda probabilidad era el responsable de la caída, pero que también era un buen hombre, se lanzó al agua y lo puso a salvo. Tras haberlo depositado entre los juncos y haberse asegurado de que la herida no era grave, fue a recuperar su revólver y volvió para asegurarse de que todo iba bien, tal vez incluso para despedirse. El peligro que había corrido un camarada había aplacado los ánimos de los otros fascistas, el conflicto parecía apaciguado, de modo que nadie se aventuró a dar muestras de hostilidad hacia Spartaco. Fue el herido quien le hizo gestos para que se acercara, como si le faltara la voz para darle las gracias: cuando Spartaco se inclinó sobre él, el herido la escupió a la cara, y puso en ello todo el odio y la amargura que llevaba dentro. Pero tanto odio y tanta amargura no podían quedar sin respuesta, Spartaco se puso de pie, casi automáticamente, y le disparó en medio de la cara, causándole la muerte. El resto de los fascistas, quién sabe por qué, no lo mataron y decidieron entregarlo a la justicia: fue condenado a cadena perpetua. Murió al cabo de unos años, no era hombre capaz de soportar la cárcel y en cualquier caso nadie llegó nunca a explicar a sus parientes qué era lo que, a fin de cuentas, había terminado por matarlo. Con este episodio sangriento la familia de Palmira tuvo que cargar durante décadas, como si una parte de la condena hubiera recaído sobre sus familiares: todos la habían expiado de un modo u otro, los hombres no encontraban trabajo, las

mujeres no conseguían más que ir a espigar o limpiar váteres. De forma que Palmira había crecido en un entorno en el que el odio por los señores y los fascistas era palpable, al igual que lo era la compasión por los desamparados.

Palmira nunca había tenido la menor duda acerca de cuál era su facción política y hasta había tratado de hacer política, siendo aún poco más que una adolescente. Desafortunadamente, la historia de su homosexualidad había salido a la luz y la secretaria del partido había reaccionado de acuerdo con la lógica y el sentido común, nos sentimos muy próximos a ti, siempre y cuando te mantengas alejada; confiamos en que votes por nosotros, pero que quede claro que nosotros no vamos a votar nunca por ti. Palmira no montó ningún escándalo, limitándose a no a dar señales de vida y a añadir una ulterior serie de nombres a la lista de personas que odiaba. No tenía diploma de estudios, no tenía trabajo, solo había leído a Marx y Engels, sin entender una palabra; acabó yendo a servir con la primera familia que no le dio con la puerta en las narices. Y no le había ido mal.

La crisis de la familia estalló cuando la niña, Veronica, empezó la escuela primaria, y el chico, Matteo, comenzó a asistir a la guardería. En ese momento Annibale hizo su entrada en liza, con el firme propósito de educar a sus hijos de acuerdo con sus principios, porque los niños eran suyos, como suya era la casa y suyo el dinero necesario para alimentarlos a todos.

Los niños se sorprendieron al principio y luego se asustaron ante la intrusión de aquel hombre en sus vidas, consecuencia lógica e inevitable de que hasta aquel momento prácticamente no se habían percatado de su presencia. Y Annibale consiguió hacerles difícil la existencia, gritando allá donde su mujer susurraba, exigiendo donde ella pedía, mano de hierro en lugar de caricias. Y cuando vio que los niños oponían resistencia, decidió resolver el problema de raíz: montó una escena increíble a Maria Teresa, la acusó de toda clase de fechorías, la tachó de incompetente y de puta, y, al final, la golpeó en plena cara con un robusto revés. Delante de los niños. Delante de Palmira. Con la intención específica de intimidarlos a ellos también.

Hay que apresurarse a decir que no lo consiguió. No es difícil imaginarse la escena. Maria Teresa sentada en el suelo, algo aturdida, con la nariz sangrando. Él, Annibale, de pie frente a ella, con el aire aún amenazante de quien no ha acabado de explicarse. Pero dando la espalda a los tres espectadores. Y contra él se lanza Palmira, que estrella un jarrón de cristal en su cabeza, y los dos niños que hacen lo que pueden, mordiscos y arañazos sobre todo.

Ahora es Annibale el que está sentado en el suelo, un poco aturdido, con la cabeza ensangrentada y el mundo que en parte da vueltas a su alrededor y en parte se le viene encima. Palmira y Maria Teresa están de pie cerniéndose sobre él, los niños están colgados de las faldas de Palmira y, aunque desde luego no deberían, pero qué se le va a hacer, son niños al fin y al cabo, parecen estar disfrutando de la escena como el que más. Palmira permanece en silencio, pero con los ojos llameantes. Y Maria Teresa le dice, más o menos, con una voz tan serena como clara y firme:

—Si quieres acabar en la cárcel, vuelve a intentarlo. Si quieres evitar escándalos, déjanos en paz: tú en el piso principal, nosotros en el segundo piso. Y, si tocas a los niños, te mato.

Por alguna razón —tal vez fuera el tono de su voz, tal vez la expresión de sus ojos—, Annibale la creyó. La noticia de la disputa no llegó a difundirse, las cosas continuaron, en apariencia, como antes, pero en realidad durante todos los años sucesivos y hasta ese fatídico último día, aquel en el que Annibale cumplía sesenta y nueve años y allí se detuvo, la vida continuó tal como Maria Teresa había planeado, cada uno por su cuenta: vida social no llevaban, a misa no iban ninguno de los dos, la

gente se contentaba con decir que eran un poco raros. Los niños se habían convertido en adultos y tenían su propia vida: adoraban a su madre, querían mucho a Palmira y hacían caso omiso de su padre. Palmira seguía poniéndole las inyecciones de insulina. Maria Teresa había alcanzado una especie de serenidad interior. Annibale parecía un carámbano, uno de esos hombres a los que, si les das una puñalada en el estómago, sale un chorro de cemento. Y esto es todo cuanto de relevante hay que saber acerca del notario Ricci Ribaldi. Ahora debemos concentrar nuestra atención en ese último día, que desde luego no fue un día como otro cualquiera.

Como ya he dicho, el notario respetaba escrupulosamente los horarios, de modo que muchos de sus gestos, a fuerza de haber sido repetidos cotidianamente, a la misma hora, durante muchos años, eran automáticos o casi. Por ejemplo, cuando se sentaba tras su escritorio, respetaba una especie de ritual: en verano colocaba un ventilador justo delante de los pies y en invierno estaba siempre envuelto en una gran manta de lana a cuadros que tapaba incluso la silla, de la que no se desprendía nunca, entre otras cosas, porque, fuera quien fuera la persona que entrase en su despacho, él por principio la recibía sentado. Como es natural —recuerdo al lector que nos hallamos en una pequeña ciudad de la Romaña, muy chismosa y bastante maldiciente—, la gente se había inventado extrañas historias acerca de esas costumbres. Se dijo que sufría una rara enfermedad de la piel y que solo el aire del ventilador era capaz de disipar los olores pestilentes que alejarían en caso contrario a los clientes, se dijo que sufría un estreñimiento obstinadísimo, y que necesitaba una manta para tapar el asiento con orinal sobre el que estaba sentado, con las posaderas al aire, por miedo a perder la ocasión propicia y hasta podían encontrar testigos que habían oído un peculiar ruido, digamos que una especie de chasquido en el curso de una estipulación.

Hiciera lo que hiciera, el notario lo apuntaba en un libro de registro que tenía al lado del teléfono y que, por la tarde, las secretarias pasaban a limpio, con el fin de constituir una especie de diario de la jornada. Esa mañana el notario apuntó varias cosas: algunas llamadas telefónicas, cierto número de cartas; compromisos que debían ser resueltos ese mismo día o en días sucesivos. Esa mañana escribió en el registro: llamadas (doctor Sereni, señor Pasquino, señor obispo, señor prefecto, señor subcomisario, hospital tres veces); cartas (documentos del hospital, análisis del hospital, Rossi cliente, Zauli cliente, Magni cliente, Flanini cliente, Zanardi cliente, Morandi cliente).

A las 10 empezaron a llegar los clientes, y las secretarias dejaron de pasarle llamadas telefónicas, limitándose únicamente a tomar nota de los nombres de quienes querían hablar con el señor notario: el subcomisario (dos veces), el hospital (dos veces), varios clientes. A las trece horas y escasos minutos el notario subió a su vivienda, fue directamente al cuarto de baño, se cepilló los dientes, se tomó una pastilla (vitaminas acaso) que se tragó con la ayuda de un poco de agua. A las trece y quince bajó Palmira, quien llamó, entró, le puso rápidamente la habitual inyección de insulina, se marchó despidiéndose de él con un gruñido. Debió de sufrir algún problema personal hacia las trece y treinta, porque las criadas tuvieron la sensación de que de la alcoba salían ruidos bastante inusuales. Después, más o menos a las catorce, murió. Que pudiera haber armado, antes de su muerte, un poco de alboroto, no llegó a aclararse del todo. En cualquier caso, de lo que no cabe duda alguna es de

que murió.

La hora de la muerte pudo establecerse casi con certeza, porque una de las criadas entró en el dormitorio unos minutos después de las catorce, encontró la puerta del baño abierta y pudo captar las que fueron, con toda probabilidad, las últimas señales de vida del infeliz: pequeños movimientos de las extremidades, alguna sacudida del cuerpo, y luego ya nada, solo un cadáver tirado en el suelo entre el baño y el bidé, un cuerpo definitivamente inmóvil. La criada corrió en búsqueda de ayuda y al pobre hombre lo sacaron del baño y lo depositaron en su cama, donde alguien se encargó de vestirlo de punta en blanco. Una de las criadas se percató de que reinaba un gran desorden en el cuarto de baño y se encargó de lavar, limpiar y arreglarlo todo. Después, dos de ellas fueron a avisar a los familiares.

Primo Casadei, apodado familiarmente Terzo, se preguntaba qué se le estaría pasando por la cabeza a Maria, su mujer china, que parecía preocupada por algo, pero sin intención aparente de querer explicar de qué se trataba. Maria se mostraba por lo general como una chica serena y poco caprichosa, sus prioridades eran —y siempre lo habían sido— sus dos gemelas, Beatrice y Berenice, él mismo, Primo, su mejor amigo, Proverbio, y, por qué no, Pavolone, una especie de Gargantúa que vivía con ellos y que hacía de todo además de ejercer como protector, compañero de juegos de las niñas y principal fuente de preocupación para todos ellos por los posibles daños que podía causar si se movía demasiado rápido.

Primo no estaba en condiciones de poder ejercer al máximo las dotes de paciencia, de por sí escasas, con que la naturaleza lo había obsequiado. Estaba, entre otras cosas, enredado en una ridícula disputa con su editor, quien quería eliminar todo un capítulo de su último libro sobre la historia de Roma, sin ser capaz de darle una justificación aceptable para tan dolorosa mutilación; además, Proverbio acababa de ser operado de la próstata, y su recuperación, entre otras cosas a causa de su ya no lozana edad, parecía más difícil de lo esperado.

Las dos gemelas, como ocurría con regularidad cuando percibían señales de turbación en la serenidad de la familia, permanecían en silencio por su cuenta, limitándose a intercambiar algunas miradas burlonas, temerosas de haber sido, de alguna manera, la causa de aquel trastorno.

Maria, la esposa china de Primo, había llegado a Italia a sus veinte años o poco más, con un grupo de inmigrantes ilegales de su tierra, y durante los primeros años de su estancia en Italia la obligaron a trabajar, en la práctica sin un verdadero salario, para quienes la habían ayudado a emigrar. En aquellos años, su vida había sido muy dura y tuvo que soportar vejaciones y humillaciones de todas clases. Mujer de fuerte carácter, nunca se doblegó del todo y aprovechó la primera oportunidad que se le presentó para deshacerse de esas odiosísimas ataduras y poder llevar una vida propia. Cómo llegó a formar Primo parte de su vida y cómo gracias a su ayuda pudo Maria abandonar sus trabajos forzados es una historia larga, complicada y puede que incluso entretenida, pero no puede ser contada aquí. Algunas cosas acerca de Maria, con todo, es necesario que el lector las sepa. Por ejemplo, que en sus primeros años de vida italiana se había esforzado a muerte en aprender nuestro idioma, con el resultado de convertirse en la primera china en el mundo que hablaba con fluidez el dialecto de Romaña. En los últimos años, las largas conversaciones con Proverbio habían modificado en parte su manera de expresarse, pero había expresiones que era incapaz de olvidar, y aún seguía diciendo «*Ét la pré a ca tu?*», cuando las niñas se olvidaban de cerrar una puerta. Desafortunadamente, Maria estaba convencida de que esa frase

significaba simplemente «Por favor, cerrad la puerta», de manera que la empleaba con cualquiera que se olvidase de hacerlo. En realidad, la expresión —de por sí algo brusca y no muy educada— se refería a los tiempos en los que las puertas —especialmente las de los establos— se cerraban gracias a la acción de un ladrillo (el *pré*) colgado de la pared con una cuerda y que ejercía una cierta presión contra la plancha de madera que, al menos en teoría, debía bloquear una parte de los malos olores.

Maria era inteligente, tenaz hasta la testarudez y muy valiente, vivía para su familia, no tenía tratos con la colonia china de su ciudad, no recurría a remedios tradicionales en las pocas ocasiones en las que enfermaba, tenía un pobre concepto de la acupuntura y, lo que no es cosa de poco, era muy religiosa, una *citéna* (una mojigata) de acuerdo con la definición de Proverbio.

Desde hacía unos meses, Maria sufría una especie eccema que se le había extendido por la parte posterior de ambas manos y que el médico de familia había tratado de curar con una crema de cortisona e imponiendo el uso de guantes en las tareas del hogar.

El eccema, en lugar de retroceder, se había extendido también por el vientre, para gran consternación de Maria, preocupada ante todo por la reacción de Primo y temiendo que la desagradable lesión pudiera apartar a su marido de la vida conyugal.

Los mayores temores de Maria habían sido causados involuntariamente por el propio Primo, a quien Maria había preguntado qué especialista se ocupaba de esas enfermedades: Primo le había explicado apresuradamente que eran los dermatólogos, añadiendo, siempre con prisas y de un modo que, para ser honestos, no resultaba del todo claro, que la disciplina adecuada era el tratamiento de la dermopatía sifilítica, especialización relacionada con las enfermedades venéreas y de la piel. Vista la escasa disponibilidad a mayores explicaciones por parte de su marido, Maria había ido a verificar la palabra «venéreo», que a primera vista tenía que ver con las venas, pero, como ella bien sabía, el italiano tenía sus misterios y siempre era difícil discernir dónde se ocultaba una referencia a una palabra latina o griega. Enfermedades de transmisión sexual, le dijo el diccionario, añadiendo no sé qué referencias a una tal Venus-Veneris, probablemente una furcia, a la que se dedicaban los ritos de amor. Ante lo cual Maria perdió un poco la cabeza: por lo que sabía, las enfermedades relacionadas con la vida sexual podían ser graves, mortales incluso, y dejaban a los enfermos en condiciones horribles. Y además, ¿cómo había podido contagiarse? Por supuesto, antes de conocer a Primo, había habido varios hombres, relaciones que se le habían impuesto, o que tuvo que aceptar para poder sobrevivir, pero había sido hacía muchos años... ¿Primo? Era evidente que no era un santo, pero habría debido mostrar él primero esas feas llagas. En resumidas cuentas, un misterio. Pero un misterio tan lleno de implicaciones angustiosas que Maria había pedido que la visitara un, cómo se decía, dermatólogo. Primo se informó con sus amigos médicos y casi todos le señalaron a la misma persona: un antiguo profesor universitario

jubilado que había vuelto hacía tiempo a vivir a la ciudad y que recibía de forma privada, pero solo cuando tenía ganas; el médico que lo había reemplazado en la universidad, y que había sembrado las pequeñas ciudades satélite de ambulatorios, ciertamente no era una gran eminencia, pero tampoco cabía duda de que era un hombre de gran experiencia práctica. Primo se inclinó por esta segunda opción, dado que era más joven y, a decir de todos, bastante experto, y pidió una cita para Maria. La acompañaría él, Maria tenía aún el defecto de fingir que entendía las palabras difíciles y eso podría crear algún problema; justo cuando salían de la casa los llamaron del hospital, Proverbio no se encontraba bien, preguntaba por ellos. Primo hubiera cancelado con mucho gusto la cita con el médico, pero Maria no había querido, iría sola, incluso lo prefería, temiendo lo que saliera a relucir de la visita. De modo que se separaron: Maria fue a ver al dermatólogo, Primo corrió a visitar a Proverbio, para no volver a verse hasta por la noche, ya en casa.

Primo traía buenas noticias, Proverbio se había recuperado, no estaba completamente fuera de peligro, pero sí un poco mejor; los médicos pensaban que saldría de esta, dando muestras de optimismo. Maria estaba más sombría que una tormenta en el mar, se expresaba con monosílabos, se negó a hablar de su visita al doctor, le enseñó a Primo dos hojitas, una con el diagnóstico y la solicitud de algunas pruebas, la segunda con la terapia, continuaba tratándose de un eccema, que había que seguir curando con cortisona. Luego entró en el dormitorio y Primo la oyó sollozar. Era la primera vez, nunca antes se había echado Maria a llorar tan desesperadamente, Primo quedó muy sorprendido. Trató de hablar con el profesor Reggiani, el dermatólogo que acababa de visitarla, pero el ambulatorio estaba cerrado y tuvo que desistir. Se acordó entonces de Veronica, una amiga suya de la infancia, psicóloga de profesión pero feminista por vocación, la única persona (Proverbio aparte) capaz de hacer reír a Maria y con la que a Maria le gustaba charlar. La llamó, se lo explicó todo y al cabo de menos de media hora Veronica Schiassi estaba en su casa y llamaba a la puerta de Maria.

Los personajes de esta historia, como el lector mismo podrá constatar, han de ser inevitablemente muchos; contar vida y milagros de cada uno de ellos podría suponer un auténtico problema editorial. De la doctora Schiassi algo es necesario saber, pues de otro modo resultaría incomprensible el comportamiento de Maria, callada como una muerta con su marido y luego venga a darle al pico contándole todo a una amiga y llorando sobre su hombro. Veronica Schiassi era ante todo una mujer sincera y transparente como agua de manantial; al hablar con ella, te dabas cuenta de que te estaba escuchando, no era de esas que aguarda a que acabes para regodearse en sus propias palabras; le contabas tus líos, y te percatabas de que sufría contigo y por ti, y de que estaba dispuesta a partirse el pecho con tal de ayudarte a resolver tus problemas. De sus estudios de Psicología no recordaba gran cosa, nunca llegaron a parecerle útiles: el bien que hacía a las personas que se dirigían a ella en busca de ayuda era diferente, manaba de su simpatía y de su compasión, de su negativa

constante a otorgar y recibir piedad. «Nos desnudamos ambas», decía de sus encuentros con las mujeres que le pedían ayuda, «así resulta más fácil, no sabrán dónde esconder sus armas». Su verdadera pasión, con todo, era la política: su credo feminista *d'antan*, que le había hecho perder a dos maridos y a un número considerable de compañeros, en parte huidos, en parte abandonados, ninguno digno en realidad de vivir con una mujer, al menos en su opinión.

Un día, muchos años antes, cuando ambos eran jóvenes y, digámoslo así, apasionados, Veronica tomó a Primo de la mano y se lo llevó a la cama, para ver cómo era, le había dicho. La experiencia resultó de lo más sabrosa, para ambos, pero poco después ella había dejado claro que no volvería a repetirse.

—Me gustas, y mucho, la verdad —le dijo—, pero, para una mujer como yo, eres peligroso.

Nunca le explicó por qué, pero Primo percibió que tenía razón y que acabarían haciéndose daño. Así que siguieron siendo amigos.

Primo nunca había sido un hombre políticamente activo y nunca estuvo convencido de la existencia de ningún partido que representara verdaderamente sus ideas. Cuando imaginaba un partido político en el que pudiera encajar, lo construía como una quimera, una asociación de comunistas exiliados del Partido Republicano, sin dirigentes. Le gustaba el comunismo porque era la única ideología capaz de compasión y solidaridad que podía ser aceptable para un ateo; se imaginaba que los comunistas debían de tener todos raíces republicanas, porque de otro modo no habrían sido laicos; consideraba que las bases de los viejos partidos de izquierdas eran cien veces mejores que sus dirigentes. Todo esto se lo guardaba para sus adentros, más por pereza que por precaución, al igual que guardaba para sus adentros su gran simpatía por los movimientos feministas, porque tenía miedo de parecer ridículo, o de tener que oír, como en ocasiones le había ocurrido, que en el fondo él era un policía infiltrado en las Brigadas Rojas. De modo que había seguido con gran preocupación las aventuras de Veronica, siempre a la vanguardia cuando se trata de la lucha por cualquier derecho, el aborto, la píldora, las uniones homosexuales, y había estado a su lado cada vez que alguien había intentado agredirla, la policía, los fascistas, una vez incluso el chulo de una de sus pacientes. Veronica lo sabía y por Primo habría dado un brazo y una pierna, un sacrificio verdaderamente notable, considerando el hecho de que Primo era un hombre.

Veronica permaneció con Maria largo rato mientras Primo fingía estar viendo una película y las gemelas se peleaban entre ellas, hecho tan raro que solo podía justificarse por un grave malestar. Por fin bajó Veronica y se encerró con Primo en una habitación alejada de la sala de estar. No quería que las niñas los oyeran.

—La próxima vez. —Veronica estaba muy seria y considerablemente cabreada—. Pregúntame a mí por nombres de médicos a los que se pueda ir tranquilamente; no es que haya muchos. Y, desde luego, ese de ahí no es uno de ellos. Y lo que más rabia me da es lo difícil que resulta atraparlo, siempre se las apaña para salir limpio, parece

invulnerable. Maria no quiere que lo sucedido se haga público de ninguna manera, no quiere denuncias, hay que hacer como si no pasara nada.

Y después, fumándose un cigarrillo tras otro, se lo contó. Son hechos, dijo, que por desgracia se producen con cierta frecuencia. Una mujer sola en una clínica sin enfermeras, visitada por un médico enfermo mental, que la obliga a desnudarse, aunque no sea necesario, que la somete a controles que no tienen nada que ver con sus problemas, que confunde el horror que petrifica a Maria con el consentimiento y se lanza a caricias y gestos innobles. Y Maria, que lo soporta todo porque está avergonzada, y quisiera huir, pero tiene miedo al escándalo, y además las chicas como ella, con esas historias tristes a sus espaldas, no confían en la justicia, temen siempre que crean a los demás, nunca a ellas. Quieren olvidar, borrar la sensación de vergüenza que sienten.

—Tienes que ayudarla, Primo. Ahora voy a llamarla, pero tienes que actuar como si esto no hubiera sucedido nunca, mañana llévala a ver a otro médico, rompe las recetas de ese cerdo. Nada de recuerdos, nada de venganzas.

Primo estaba de acuerdo en todo, excepto con la última palabra. Era vengativo por naturaleza, arrastraría un nudo en la garganta durante mucho tiempo si hubiera renunciado a desquitarse de alguna manera. Por el momento, recibió a Maria con toda la ternura de la que era capaz y se consoló pensando en lo que diría Proverbio, que la venganza es un plato que se sirve frío, y que, en todo caso, basta con sentarse a la orilla del río, más pronto o más tarde vería pasar por allí el cadáver de Reggiani. Aunque sobre este punto nunca llegaron a ponerse de acuerdo, para Primo lo realmente importante sería arrojarlo al río, y adónde se lo llevara después la corriente le importaba un bledo.

A la mañana siguiente —era el día del cumpleaños, y no solo del cumpleaños, del notario Ricci Ribaldi—, Primo llamó al médico que le habían indicado, el anciano jubilado y que aceptaba escasas y raras visitas. No había secretaria, le respondió él directamente. Parecía muy contento con la llamada, conocía sus libros, le gustaban mucho, visitaría encantado a su esposa. ¿Cuándo?

—Cuando le venga mejor. —La voz del doctor era alegre—. Por las mañanas en cualquier momento. Total, aquí estoy rascándome la barriga; bonito final para un dermatólogo.

A Primo la voz de aquel médico le cayó bien de inmediato, hasta el extremo de que le habló, sin entrar en detalles, de la visita precedente.

—A mi esposa no le gustó, se trata de una cuestión de epidermis...

—Eso ya me lo he dicho. —El médico ahora se estaba riendo—. De no ser así, ¿qué razón tendría para llamarme? Bromas aparte —concluyó—, puedo hacerme una idea de por qué a su esposa no le gustó. Pero, tranquilícese, no será objeto de conversación. Los espero.

La segunda llamada telefónica que hizo Primo fue al subcomisario Macbetto Fusaroli, un viejo amigo, un amigo de verdad, de esos que no es necesario poner a

prueba.

—Verás, hay algo que me ha pasado y que quiero contarte. Necesito un consejo.

Fusaroli le dio una cita a última hora de la mañana, de modo que Primo decidió ir al médico de inmediato: fuera el diente, fuera el dolor.

Maria estaba muy tensa y preocupada cuando entraron en la consulta del profesor Forlivesi, y solo logró calmarse al verlo, ya que el profesor Forlivesi era el mismo al que había visto muchas veces en la televisión, de quien había leído muchos artículos en periódicos de izquierdas, un hombre combativo y alegre que encajaba mal en el ropaje del científico. Adriano Forlivesi solía ser descrito como hombre de pésimo carácter por algunos y como un consuelo ambulante por otros, todo dependía. Primo recordaba también una recopilación suya de poemas en dialecto, por lo general bastante obscenos, esa clase de lírica de intensa inspiración que tanto gusta en la Romaña. Considerando las innumerables cosas que había hecho, Primo se preguntó si habría tenido tiempo de estudiar Medicina. Forlivesi pareció leer sus pensamientos, porque durante media hora larga estuvo bromeando con Maria, explicándole lo ignorantes que eran los dermatólogos, hablando mal de los médicos en general, y de los más conocidos en particular, poniéndose en ridículo incluso a sí mismo. Al final, las sensaciones de Maria eran a la vez de diversión y perplejidad, pero desde luego no estaba preocupada, así que decidió confiar en él.

—Incluso puedo evitar examinarla —dijo el profesor—; sería suficiente, en el fondo, con que usted me describiera su dolencia. Solo necesito saber si se trata de algo seco o de algo húmedo, porque si es seca, sé cómo humidificarla, y si es húmeda sé cómo secarla. El problema es que, si después no se cura, ya no sé qué hacer.

En la siguiente media hora Primo quedó excluido de la conversación, que se consagró principalmente a los deberes de una madre, a su soledad y a las responsabilidades que debe asumir «sobre todo cuando el marido es un intelectual de izquierdas, de esos a los que hoy en día los niños no les gustan ni para comérselos», agregó Forlivesi. Fue así como Primo se enteró de que una de las gemelas tenía ciertos problemas en el colegio, por lo que desde hacía tiempo mojaba la cama y tenía pesadillas. Forlivesi le contó que él también, de niño, se volvió un «meoncete» al descubrir que su madre también quería a su hermana y añadió que su madre, por despecho, había contraído todas las enfermedades cutáneas descritas en el libro de su marido, dermatólogo también, más una, que llevaba precisamente su nombre, dermatosis criptogenética de Mafalda, y de la que nadie había vuelto a ver ningún caso. La cosa acabó con Maria invitando al profesor a cenar, y este le regaló dos libros de cuentos que había escrito en su juventud, su recopilación de poemas dialectales y un tubo de crema que sacó de un cajón. Luego la acompañó a la puerta, le dio un beso en la frente y la envió a casa con sus niñas, no sin rogar a Primo que se quedara un momento, pues quería pedirle un favor.

Cuando estuvieron solos, Primo se dio cuenta de que Forlivesi no era en absoluto el jocoso optimista que había zanjado los trastornos psicossomáticos de Maria sin

ofenderla y ganándosela como amiga. En realidad, era un hombre de pocas palabras, que entendía las cosas al vuelo y a quien no le gustaban las conversaciones ambiguas ni las palabras inciertas.

—¿Qué es lo que le ha hecho? —le preguntó lo primero, cuando se sentaron ante los dos cafés que el profesor había preparado.

—No lo sé —contestó Primo—, no ha querido decírmelo. Mi amiga Schiassi me ha pedido que no insista en el tema. A decir verdad, no sé si hago bien. Me gustaría conocer también su opinión.

—Lo que le recomienda Schiassi conviene hacerlo. —Forlivesi se mostraba pensativo y parecía estar hablando consigo mismo—. No creo que haya mujer más capaz de entender a otras mujeres. No es una psicóloga, es una bruja. Si entendiera a los hombres también, entonces sería temible. Pero solo entiende a las mujeres, y eso me tranquiliza.

Primo estaba perplejo, parecía como si el profesor estuviera confabulando.

—Pero ¿cómo lo sabe usted, cómo es que se ha dado cuenta...?

—Muy fácil —respondió Forlivesi—, en los últimos meses he visto a tres chicas por lo menos que se quejaban de lo mismo, más o menos de lo mismo: una me dijo que había sido manoseada, a una segunda le metió un dedo en el culo, quién sabe por qué. Es difícil de probar, las mujeres no quieren salir en los periódicos.

—¿Usted lo conoce bien?

—Más que bien, es uno de mis alumnos, ocupó mi lugar cuando yo salí de escena. Estúpido pero respetable. En teoría, está casado, tiene una hija, pero no creo que se lleve muy bien con su mujer. Siempre le han gustado las mujeres, pero debe de tenerle mucho miedo a su esposa, a la que me pintan como una mujer de lo más vehemente. Él va a la iglesia, aunque no creo que sea muy religioso, lo hace por conveniencia. Amable con los superiores, maleducado con los inferiores. Hay muchos así, un auténtico desastre. Luego, a sus cincuenta años, en lugar de preocuparse por la próstata, el deseo de construirse una buena serie de recuerdos de su vida sexual prevaleció sobre la prudencia. Hay que reconocerle cierta intuición en la elección de sus víctimas, que hablan de ello pero no lo denuncian. Y lleva así años.

—Pero, dejando a un lado mi caso personal, ¿no hay manera de detenerlo? Es evidente que está causando daño a mucha gente y, además, ¿quién dice que no pueda pasar a cosas peores?

—Voy a darle una vuelta. Deberíamos meterle miedo. Es un individuo extremadamente temeroso. No, no darle una paliza; meterle miedo. ¿Lo ha hablado con Schiassi? Ella es una mujer que hace gala siempre de una sólida y encomiable carencia de principios morales, cuando se trata de castigar a un hombre.

—La verdad es que anoche tenía otras cosas en la cabeza. Hoy, en cambio, tengo la oportunidad de hablar del asunto, de manera no oficial, con el subcomisario; es un buen amigo mío.

—Macbetto —dijo más reflexivo Forlivesi—, lo recuerdo. Uno que volvía loco a

su padre. Se dedicaba a recorrer los compartimentos del tren donde había muchas personas ancianas contando terribles historias acerca de las previsiones de una legendaria (e inexistente) «profetisa Meldola»: en el año que está a punto de comenzar todos los ancianos morirían.

—No se imagina lo mucho que ha cambiado. —La voz de Primo sonó algo titubeante.

—Será difícil —dijo de manera concluyente el profesor—; un hombre que se llama Macbetto no puede dejar de creer en brujas.

Se despidieron como amigos, el profesor se negó desdeñosamente a recibir pago alguno, al tiempo que remachaba la deuda pendiente de una cena preparada por Maria.

—Iré en cuanto me digan que ha sanado del eccema. No vaya a ser que sea realmente un eccema. ¿Y si es contagioso?

Primo ya no entendía cuándo el médico estaba bromeando y cuándo hablaba en serio. Decidió no profundizar en el asunto y se marchó, a toda prisa, ya se le estaba haciendo tarde, para ir a ver a su amigo Macbetto.

Cuando Primo y el subcomisario se encontraron, dedicaron los primeros diez minutos a tomarse el pelo y los siguientes diez a remover el pasado. Después, como siempre, hubo un breve lapso de tiempo dedicado a lo que había sucedido con este y adónde había ido a parar ese otro, a quiénes habían muerto y a quiénes se las habían apañado, y solo después de estos preliminares iban, como se dice, al grano. Aquel día, justo cuando estaban a punto de abordar ese grano, el subcomisario recibió una llamada que, según el telefonista, no podía esperar. Lo único que Primo pudo entender de la conversación telefónica fue, naturalmente, lo que podía escuchar de viva voz al subcomisario. Pero dado que, una vez colgado el teléfono, fue el propio Macbetto quien refirió a Primo lo que no había podido escuchar, podemos reconstruir la conversación de manera más o menos completa. Veamos: la llamada era del notario Annibale Ricci Ribaldi, que le había explicado con toda claridad al telefonista que se trataba de una cuestión de singular relevancia (eso exactamente había dicho), que también podía ser definida como «de vida o de muerte». El telefonista había tomado nota y no estaba seguro de que el notario hubiera dicho exactamente «de vida o de muerte»; también era posible un «de vida y muerte». Su tono era, en todo caso, muy serio, casi dramático, la persona al teléfono era bien conocida, ocurría además que el telefonista estaba al corriente de una amistad entre los dos.

—Y tú eres un imbécil en cualquier caso —le dijo el subcomisario—. Pásamelo de todas formas. Y graba la conversación.

Hubo, como es lógico, algunas rápidas formalidades previas. Y lo que siguió fue esto:

—Sé que me ha llamado por una cuestión importante.

—Si no fuera así, no me hubiera permitido...

—Pues dígame, soy todo oídos. Mejor dicho, si quiere acercarse un momento...

—Prefiero venir mañana por la mañana, muy temprano, si es posible.

—Puedo verlo en cuanto llegue. ¿Pongamos a las ocho?

—A las ocho en punto. Puntualísimo.

—¿No quiere adelantarme algo?

—Solo que mi vida está en peligro. En grave peligro, podría añadir.

—¿De verdad que no quiere adelantarme algo? ¿Quiere que le mande a un agente?

—Me basta con verlo mañana por la mañana. Y le expreso por ahora toda mi gratitud.

—Transmita mis respetos a la señora...

Largo silencio.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana.

—No creo que haya apreciado tus saludos a su esposa —intervino Primo, nada más colgar el subcomisario—. Sé que viven en la misma casa, pero en dos pisos distintos, su mujer y sus dos hijos, por un lado, él y el ama de llaves por otro. Creo que no se dirigen la palabra.

—No hay nada peor. Esos follones familiares crean un sinfín de problemas. Ya verás que quiere hablarme precisamente de eso.

Y después retomaron su conversación, Primo le contó lo que sabía —no mucho— del tal profesor Reggiani, le habló de su charla con el profesor Forlivesi; en realidad no había mucho que contar, en el fondo.

—Son cosas que pasan, por desgracia. Hay delitos, como este o como la pedofilia, que son muy difíciles de llevar ante un tribunal. Y además ese profesor Reggiani, aunque sea un idiota, no deja de ser un profesor universitario, goza de cierta reputación, ¿cómo demonios vamos a hacer? Tú mantente alejado de él, en cualquier caso, que sé cómo eres, y ni se te ocurra mandarle a Pavolone. ¡Piensa en Maria, si la cosa se llegara a saber! A fin de cuentas, lo que te dijo el viejo diablo, lo de encargárselo a Schiassi, me parece lo más sabio. Y, si sabes algo nuevo, llámame. Mira, vamos a hacer una cosa, voy a cenar a tu casa la próxima semana, tengo que presentarte a una persona...

—Ah, no, otra novia no, te las traes para ganarte respetabilidad, y así se van a la cama contigo, y en cuanto bajas de esa cama sales por piernas. Se lo voy a contar también a Schiassi.

—¡Difamador!

—Casanova de tres al cuarto.

Se seguían insultando mientras Macbetto acompañaba a Primo al ascensor. El policía de guardia, alertado por el alboroto, se cercioró de que aquellos dos estaban bromeando y volvió a su cinco vertical: se lo hacen los niños en la cuna, cuatro letras, la segunda era una a, pero no, no podía ser lo que estaba pensando, no en ese periódico.

Cuando Primo salió de la comisaría, decidido a volver a casa, eran casi las dos, minuto más, minuto menos; había aparcado el coche no muy lejos de allí, y para llegar no le harían falta más de veinte minutos. Dobló, caminando rápidamente, la esquina de la calle que llevaba al aparcamiento justo detrás de la vivienda-despacho del notario Ricci Ribaldi. Casi se tropieza con un transeúnte que parecía tener aún más prisa que él. Lo reconoció, era un viejo compañero suyo de colegio, médico, que trabajaba en hospital.

—Menudo peligro público estás hecho. ¿Es que en la ortopedia hacen falta pacientes? —Se le vino a la cabeza la llamada del notario—. ¿Es cuestión de vida o muerte?

El otro lo miró con curiosidad.

—De muerte, al parecer. El notario, de repente. No hace ni un cuarto de hora.

Nacimos en la cresta de una ola...

Pero Primo no pudo terminar la cita, se había quedado con la boca abierta. Mientras el doctor entraba a largas zancadas en el portal, llamó a Macbetto al móvil.

—Definitivamente, parece que ya no hay duda; era más bien una cuestión de muerte.

De modo que eran las catorce y veinte, más o menos, cuando el médico de cabecera, llamado a toda prisa, constató el fallecimiento del notario Ricci Ribaldi. El médico no es que conociera demasiado al notario, quien era su paciente desde hacía muy poco tiempo, pero no había razón para sospechar que aquella muerte repentina no fuera natural. Lo habían visto entrar en su habitación y allí se había puesto su habitual inyección de insulina semilenta; poco después fue hallado, en el cuarto de baño de su dormitorio, muerto como un pajarito, y la criada que se lo había encontrado no tenía desde luego el aspecto de alguien que se inventa las cosas. En la casa no había más personas, aparte de los miembros de la familia, que almorzaban en la planta superior. El doctor pudo constatar que el notario estaba efectivamente muerto, extendió el certificado y se marchó, después de expresar sus condolencias a todo aquel con quien se topaba.

La familia —su esposa e hijos— se preocuparon de informar de la noticia al personal administrativo y también se avisó a un notario, amigo suyo, para que procediera a hacerse cargo de la oficina, de acuerdo con lo establecido por la ley. Más parientes, aparte de los que vivían en la casa, el notario no tenía. La cuestión era cómo dar la noticia a la ciudad, si inmediatamente o después del sepelio; con la publicación de una esquila fúnebre en el periódico local o recurriendo a la pegada de pequeños carteles recordatorios anunciando el óbito y colgados en distintos puntos de la localidad, costumbre muy popular en las ciudades pequeñas, en las que todo el mundo quiere saberlo todo acerca de todo el mundo y no todo el mundo lee el periódico.

En ese momento, el médico de cabecera regresó, bastante confundido, evidentemente preocupado. Le dijo a la viuda que el certificado de defunción había sido extendido de manera correcta, que sin duda todo iría del mejor modo posible, pero ya que, a fin de cuentas se trataba de un fallecimiento ocurrido sin que hubiera sido posible facilitar ninguna clase de socorro, él se había olvidado de añadir que, en su opinión, resultaría oportuno realizar un examen de comprobación diagnóstica y trasladar al pobre notario a un lugar adecuado para la necesaria verificación. No, qué habían entendido, nada de autopsia judicial, una sencillísima necropsia. El médico recogió el certificado, lo modificó, y dio las disposiciones necesarias para que ese acto formal trivial, esa verificación necroscópica pudiera efectuarse sin demora. ¿Se produciría una demora en cualquier caso? Tal vez, un breve retraso, nada más. Pues eso, ya lo había dicho todo. Lo que no había dicho era que un oficial de policía lo había interceptado en el camino de vuelta al hospital, le había echado un rapapolvo y lo había mandado de regreso, casi a patadas en el culo, para que enmendara su error. Porque considerar natural la muerte de alguien que, poco antes de morir, le dice

personalmente al subcomisario (¡al subcomisario!) que su vida estaba amenazada solo podía ser considerado un error.

Para aquellos que no sean expertos en la materia (si es que hay alguien que pueda definirse experto en un tema tan complejo y desagradable), será oportuno aclarar algunos puntos clave relacionados con este dichoso certificado de muerte. En la práctica, las cosas funcionan así: si se llama al médico de cabecera para que verifique la muerte de uno de sus pacientes, una vez que este se asegura de que, en efecto, se trata de un caso de muerte, puede limitarse a certificar el fallecimiento —escribiendo, por ejemplo, que no es posible determinar la causa de la muerte—, solicitar un examen de diagnóstico —en cuyo caso será el médico que realiza la necropsia quien aplicará el procedimiento descrito en el caso de muerte sin asistencia, efectuando eventualmente un auténtico examen de diagnóstico, es decir, la autopsia— o poner el cuerpo a disposición de las autoridades judiciales, lo que activa un procedimiento bastante complejo, que es el de la autopsia judicial. Esta última prevé, entre otras cosas, plazos técnicos bastante largos: el juez debe designar un perito, que debe llevar a cabo una serie de actos —fijar la fecha, efectuar la autopsia, llevar a cabo una serie de indagaciones complementarias—, y solo al final de los cuales podrá presentar un informe escrito. Esta vez, el subcomisario simplemente estaba adoptando todas las precauciones posibles; este tenía toda la pinta de uno de esos casos en los que los errores son castigados con severidad.

De hecho, ¿qué demonios tenía en sus manos el subcomisario? La grabación de una llamada telefónica, que después de quedar registrada ya no podía ignorarse, en la que un prominente ciudadano le solicita un encuentro privado, anticipándole que el tema de la conversación —por lo menos esa le parecía la interpretación más sencilla— se refería a una amenaza de muerte que había recibido. Nada más. Un ciudadano en edad senil —el subcomisario no se acordaba bien de la edad del notario, pero se imaginaba que no sería inferior a setenta y cinco años— puede sufrir alucinaciones, padecer complejo de persecución, malinterpretar una carta anónima, acaso escrita en broma, o con un propósito de chantaje. En la ciudad, por otra parte, se habían multiplicado en los últimos tiempos los intentos —por desgracia a menudo con éxito— de arrancar dinero a las personas mayores, recurriendo a técnicas imaginativas y originales. Sobre una base así no podía montarse un escándalo. Por otro lado, esa llamada telefónica no podía ser ignorada por completo. Pongamos que uno de la familia se confiase a alguien, diciendo que lo ha matado, o se arrepintiera; el subcomisario quedaría a la altura del betún. El de la necropsia, por lo tanto, era el camino de en medio; pueden buscarse y encontrarse pruebas de un crimen sin necesidad de autopsia judicial y, una vez establecida la existencia de una sospecha razonable, el recurso al magistrado sigue siendo factible. Todo eso pensaba el pobre Macbetto, ya muy convencido de lo inteligente y prudente que era, hasta el momento en el que recibió, separadas por veinte minutos nada más, sendas llamadas telefónicas del prefecto y del obispo, que habían recibido del notario la misma petición para

hablar y las mismas vagas quejas. Ahora no cabía la posibilidad de hacer caso omiso, se hacía necesario, como se dice en la jerga de los policías, activarse. Y Macbetto se activó personalmente y se fue a la casa de los Ricci Ribaldi para hablar con los miembros de la familia. Por pura casualidad se dispuso a entrar en el mismo momento en el que el notario salía para acudir a su cita con el sepulturero.

Más o menos en ese mismo momento, el viejo Proverbio estaba medio alorado en su cama de hospital, afanándose en recuperar algo de bienestar, después de que los urólogos le hubieran quitado la próstata, un trocito de vejiga y la fe en el porvenir. Proverbio, en los momentos en que se sentía más lúcido, experimentaba una fuerte aversión (¿odio?) hacia los médicos, que le habían planteado una intervención que tenía mucho de paseo, con generosas enfermeras que le manipulaban la pilula y el único inconveniente de tener que soportar un catéter durante unos cuantos días, lo que no era del todo desagradable si se consideraban los grandes esfuerzos a los que se había visto sometido en los últimos años por un acto generalmente tan natural como hacer pis. La operación había sido más compleja de lo esperado, porque resultó que se trataba de un tumor maligno, algo que todos los exámenes hechos hasta entonces excluían. El idiota que le había contado esa desagradable historia, tan pronto como estuvo en condiciones de entender, incluso parecía divertirse.

—Lo que es cierto, mi querido amigo, es que usted no se va a morir de cáncer de próstata; a lo que debe resignarse es a la pérdida de su funcionalidad sexual; la operación la ha perjudicado en gran medida. Pero seamos honestos: no creo que el sexo, a su edad, siga siendo uno de sus intereses primarios.

Ojalá te estallara el hígado, dijo para sus adentros Proverbio. Eso será asunto privado mío, so cornudo subnormal. En realidad, Proverbio, que hacía tiempo que había superado los ochenta, ciertos deseos, alguna erección, incluso alguna fantasía no dejaba de experimentar aún, hasta el punto de que una vez al mes se veía con una chica de sesenta años, viuda, por supuesto, para un intercambio de favores sexuales, cosas pequeñas, pero de recíproca satisfacción. La idea de la operación se le había ocurrido precisamente porque cada vez con mayor frecuencia, después de esos encuentros, sentía fuertes dolores, que se irradiaban desde el ano hacia todas partes y que le llevaba aproximadamente un mes olvidar. Justo un mes, hasta el momento de una nueva cita. Y ahora este idiota le decía, entre risitas, que, en la práctica, lo habían castrado. Proverbio pronunció para sus adentros una de las más solemnes maldiciones romañolas de las que tenía noticia, y siguió pensando en los médicos. La primera complicación después de la operación fue una flebitis («Nos ha salido una flebitis», le había dicho el cirujano, con esas palabras, «Nos ha salido»).

Cuando la flebitis parecía resuelta («Tiene usted suerte, podría haber sido mucho peor», comentó el cirujano), había llegado la embolia. Esta vez Proverbio no pudo aguantar más y, jadeando, le dijo al cirujano:

—Sea lo que sea eso que nos ha salido, espero que de los dos sea usted el que se muera.

El cirujano había fingido que le hacía gracia, pero Primo, que estaba presente, se

cabreó mucho y exigió el traslado de Proverbio a otro servicio. De este modo, la embolia se la curaron en cuidados intensivos y desde allí a Proverbio lo trasladaron al ala de pago, en una pequeña habitación de dos camas individuales, con una enfermera externa fija a los pies de su cama y la segunda cama ocupada a menudo por Primo, quien prácticamente llegó a hospitalizarse también.

Proverbio apreció gratamente el cambio; en el antiguo servicio de urología había un terrible olor a orina y a calcetines viejos que lo molestaba sobremanera. Por otro lado, esa era solo la segunda operación de su vida. También la primera estuvo motivada por un problema muy íntimo; de aquella intervención por hemorroides conservaba un pestilente recuerdo, no solo por el dolor de la primera defecación, sino también y por encima de todo debido a una broma de la que fue objeto por parte de un amigo enfermero suyo, quien se había inventado la historia de una exploración rectal que supuestamente se le practicó cuando todavía estaba dormido, una historia que había circulado por las barras de todos los bares y que lo había humillado de manera profunda. Más tarde, pudo vengarse de aquel enfermero, pero el sentimiento de humillación —un compañero de copas que te mete un dedo por el culo aprovechándose de tu indefensión— no lo había olvidado nunca.

Proverbio era un hombre de mundo, había desempeñado toda clase de oficios en muchos países diferentes —podría decirse que en todos los continentes—, pero no había dejado nunca de ser, en lo más hondo de su alma, un romañol susceptible, siempre dispuesto a gastar bromas, pero nunca dispuesto a sufrirlas. Con todo, respecto a esta última broma que le habían gastado los cirujanos sabía que no tenía sentido tomársela a mal: era necesario esperar y ver, y mientras tanto había empezado a hacer averiguaciones acerca de las pastillas azules y las prostaglandinas, con las debidas cruciales cautelas, puesto que lo que demolería de forma definitiva su dignidad sería la propagación de la noticia entre su círculo habitual de jugadores de *maraffone*^[5], todos ellos ancianos y todos fanfarrones, que lo colmarían de falsa compasión, disfrutando como chiquillos.

Aquella tarde Proverbio fingía dormir, pues su enfermera de día —no le gustaba en absoluto que la llamaran «cuidadora»— era una terrible charlatana, convencida de que una buena dosis de chismes era capaz de hacer sanar incluso de las enfermedades más perniciosas, y que hablaba siempre a los pacientes en coma porque había leído en alguna parte que una conversación amable y cariñosa —es decir, una conversación como la suya— podía tener éxito allá donde fracasaban los mejores neurólogos. Con los ojos cerrados, Proverbio recapacitaba sobre esos últimos días, sobre lo cerca que había estado de irse para siempre, sobre cómo Primo y él lo habían hablado sin pesadumbre, ninguno de los dos tenía realmente miedo a la muerte.

Lo que Proverbio temía, ahora que no tenía ya certeza alguna respecto al mañana, era el hecho de no poder impedir que los médicos siguieran manipulando su cuerpo incluso después de que él lo hubiera abandonado, cuando ya no lo habitara, como decía Primo, que sobre esas cosas tenían las ideas muy claras. Y es que, con él dentro,

su cuerpo había sido manipulado, a menudo con una cierta brutalidad, desde luego con un desagradable desinterés hacia sus sentimientos y, sobre todo, hacia su dignidad. Precisamente en esos días, los periódicos habían entrado en una espiral de desenfreno, inventándose todo y lo contrario de todo acerca de una chica que llevaba en coma casi veinte años: su padre exigía que se la dejara morir en paz, el poderosísimo mundo católico se oponía con una determinación digna de mejor causa, afirmando que en ningún caso, en ninguno, un ciudadano puede ser privado del sostén vital, y en los periódicos y en la televisión retumbaban estas dos palabras, con un tono casi amenazador, «pan y agua, pan y agua».

Proverbio, que no creía en la otra vida, y que estaba convencido de que un embrión se convierte en persona con todos sus atributos solo después de haberse afiliado al Partido Comunista, no era un verdadero anticlerical; conocía a demasiados católicos muy buenos jugando a *maraffone* para dejarse arrastrar a juicios excesivamente críticos acerca de sus creencias, esas que sin duda tenían derecho de expresar lejos de la mesa de juego. Le parecía, con todo, difícil de entender el gran interés que todos los católicos parecían manifestar sobre el principio y el final de la vida; personalmente le hubiera gustado una mayor atención hacia el periodo —entre otras cosas, demasiado largo— que discurría entre esos dos extremos, el único que en realidad le había interesado. Pero lo que podía con él era ese estrépito sordo, «pan y agua, pan y agua», que lo molestaba y lo irritaba: el pan y el agua, pensaba para sus adentros con los ojos cerrados, es lo que siempre se les ha concedido a los presos, a los condenados a cadena perpetua, a los desgraciados encerrados entre cuatro muros infranqueables, despojados de todo, excepto de sufrimiento. Para ellos, el pan y el agua no eran más que un instrumento para seguir sufriendo, a menudo sin esperanza, el símbolo del abuso de poder, de la violencia disfrazada de piedad. Nada más lejos del «reconocimiento del otro como persona», ¡cuántas patrañas! Una violencia despojada de sentido, además, con fin en sí misma, ejercida únicamente como demostración del poder del que era expresión. Pero entonces a Proverbio se le llegaba a escapar una sonrisa, imaginándose a sus buenos amigos católicos reunidos alrededor de su cuerpo inconsciente para celebrar los ritos mágicos en torno a las funciones biológicas de cuanto de él había sobrevivido, los intestinos que aún hacían algo de ruido, la barba que seguía creciendo; un auténtico ritual pagano, se mofaba Proverbio.

En momentos como ese, las enfermeras del ala que tenían un momento de libertad se acercaban a ver a su cuidadora para charlar un rato, y Proverbio —que odiaba los susurros— se veía obligado a soportarlos; de haberse rebelado habría revelado su condición de hombre despierto y capaz de relaciones humanas, es decir, de intercambio de chismes y de futilidades.

La noticia de la muerte del notario, como es lógico, había llegado al hospital, y la enfermera de Proverbio estaba hablando del asunto con otra mujer, con un tono de voz tan bajo que al paciente le llegaba tan solo la mitad de las palabras. En última

instancia, lo que Proverbio alcanzó a entender era que la muerte del notario debía de haber alegrado a una persona por lo menos, a su esposa; que también los niños tenían motivos para alegrarse (pero las razones de esa alegría fueron susurradas en tono tan bajo que se perdieron); que la buena señora, tan impecable aparentemente, era en realidad una buena pieza. A partir de ahí, Proverbio solo pudo oír unas pocas palabras: «Parece que la Fedora los vio», «dicen que es un médico del hospital», «se portaron bien», «durante muchos años», «ya veremos», esta última frase repetida varias veces. A Proverbio le parecía comprender, en definitiva, que su enfermera tenía conocimiento de una relación extraconyugal de la esposa, ahora viuda, del notario y que el amante, supuestamente, era un médico del hospital. Admitiendo que la enfermera fuera creíble —si la ciudad era chismosa, el hospital podía ser considerado el padre de todos los chismes—, parecía que se trataba de una relación prolongada durante muchos años y hábilmente oculta por los dos amantes. En ese momento, Proverbio se quedó dormido de verdad; su último pensamiento fue para Primo, quién sabe si se habría enterado de esos chismorreos; en cualquier caso, ya lo informaría él.

Pavolone estaba enamorado. Y se preguntará el lector, ¿qué hay de extraño en que un chico de poco más de veinte años se enamore? Bueno, si alguien me hace esa pregunta, eso significa que no conoce aún a Pavolone y será conveniente que se lo presente.

Quienes tenían la suerte de ver a Pavolone aunque fuera una sola vez ya no lo olvidaban nunca, y conservaban en la memoria, y para siempre, el recuerdo del hombre más gigantesco del mundo. Pavolone pesó al nacer seis kilos exactamente y para venir a este mundo estuvo a punto de matar a su madre y les dio, desde luego, un susto de muerte a los médicos, que nunca habían visto un bebé tan grande. Su nacimiento se complicó enormemente por el hecho de que hasta el diámetro más reducido de su cabeza no parecía tener intención de esforzarse en la, pese a todo, amplia pelvis materna (a la madre de Pavolone siempre la habían llamado la Bastianaza^[6] y se contaba que en su familia nunca hubo nadie que pesara menos de un quintal). De modo que, en ausencia del anestesista —que había tenido un accidente de coche y había debido ser hospitalizado también— y no siendo posible recurrir a una incisión cesárea, se había utilizado el fórceps en una operación difícilísima destinada a causar daños a ambos, tanto a la madre como al hijo. Como resultado de esta intervención, la Bastianaza no pudo volver a tener hijos y Pavolone, pobrecillo, nunca llegó a ser intelectualmente lo que se dice un águila, y todas las energías de las que podía disponer las empleó únicamente en el crecimiento del cuerpo, que no tardó en volverse desmesurado, a niveles que solo podían verse en los tebeos. Al crecer, el chico se dio cuenta —no era completamente estúpido— de que le estaba vedada toda carrera intelectual y, siguiendo su propio instinto, se dedicó por completo al culturismo. A los dieciocho años se miró en el espejo: lo que vio le dejó muy perplejo, y con razón, porque tenía, desde luego, un tronco formidable y piernas hercúleas, pero, entre estos dos ejemplos perfectos de cómo la naturaleza y el ejercicio diario pueden dar forma a un cuerpo, había un considerable culazo que había resistido sin perder un gramo de grasa a todos los ejercicios de gimnasia, a los innumerables masajes, e incluso a algún exorcismo. A pesar de ello, se lanzó Pavolone a una primera incursión en el mundo del culturismo profesional y fracasó. Hizo que lo operara un cirujano plástico «para gente pobre» y se encontró con dos grandes alforjas vacías en lugar de nalgas, un espectáculo deplorable. Desde entonces evitaba quitarse los pantalones y buscó un trabajo que le permitiera sobrevivir. De los varios oficios que abordó, en el que permaneció más tiempo fue el de gorila en los salones de baile de las playas de Romaña, un trabajo que duró hasta el momento en que todos se dieron cuenta —dueños y clientes— de que Pavolone solo reaccionaba

si se veía personalmente involucrado, pero si se le pedía que echara a la calle a un borracho acababa poniéndose del lado de aquel desgraciado, por quien tendía a sentir una peligrosa compasión. Hubo —es cierto— otros episodios críticos, pero se trató, al menos según Pavolone, de cosas de poca importancia. La conclusión fue que el muchacho empezaba a ir a la deriva cuando conoció a Primo, quien lo ayudó al principio sin una verdadera razón, pero acabó tomándole cariño y se lo llevó a su casa, para cuidar de las niñas, hacer alguna pequeña chapuza doméstica y trabajar en el jardín, o escuchar las historias de Proverbio.

Eso sí, cuando digo que Pavolone nunca se había enamorado, me refiero al amor verdadero, ese que implica sentimientos, pasión, ternura, planes para el futuro. Pavolone conocía otro amor, el de los sentidos, el que apaga las llamas que abrasan a un muchacho de veinte años desde su interior. Pavolone estaba convencido —por algunas lecturas que había hecho, por algunas cosas que había escuchado— de que la masturbación impedía el desarrollo regular del cuerpo, era causa de enfermedades en los huesos y volvía a algunos hombres torcidos y jorobados: como verá el lector, había decidido, con razón, no dar crédito a los rumores que insinuaban que cualquier persona que se masturba tiende también a volverse un estúpido. Por creer en las demás mandangas, el muchacho siempre se había contenido y había evitado dejarse llevar. Pero durante eso que los ancianos definían, sonriendo maliciosamente, como *i ann dla manon*, los años de la manaza, Pavolone tuvo varias ocasiones de «dar curso libre a la riada de sus sentimientos» y, cuando estuvo en condiciones de hacerlo sin dañar a otros, había aprovechado. El periodo más dichoso fue aquel en el que trabajaba en clubes nocturnos, en verano, un mundo agusanado en el que los buenos chicos, que habrían podido desarrollar músculos fuertes y ágiles, se dejaban corromper por el alcohol y las drogas. Una de sus tareas acabó siendo la de llevar a sus casas, con el coche del director, a chicos y chicas que prácticamente acababan en coma y que, por sí solos, nunca hubieran podido llegar. Con los chicos había poco que improvisar, pero con las chicas, qué caramba, incluso aquellas que no dejaban de vomitar... Pavolone aparcaba el coche en un lugar tranquilo, se trasladaba a los asientos traseros, les quitaba la falda y las bragas a las pobrecillas y dale que te pego, dos o tres veces seguidas, en la práctica, sin detenerse siquiera para recobrar el aliento. A continuación, volvía a vestirlas y las llevaba a sus casas, donde los padres le daban las gracias y en algunas ocasiones incluso una propina. Las chicas se despertaban a la mañana siguiente con dolor de cabeza, algunos recuerdos confusos —aparcados de inmediato— y algunas molestias extra, al darse cuenta de que llevaban las braguitas puestas del revés.

Primo, que estas historias nunca llegó a saberlas —y, en cualquier caso, nunca hubiera sido capaz de convencer a Pavolone de que ciertas cosas no se hacen—, era un hombre de mundo, conocía bien ciertas exigencias, y cada sábado por la noche, puntualmente, empujaba a Pavolone por el camino del pecado, después de haberlo instruido debidamente: nada de transexuales, uso obligatorio del condón, dinero al

contado por dos servicios, nada de enamorarse.

Esta última recomendación Pavolone no llegó nunca a entenderla bien; a decir verdad estaba convencido de que enamorarse quería decir meter la pilila en el chichi de una chica voluntariosa, hasta determinado momento en el que los dos decían oh, oh, oh, qué bueno qué bueno. Y luego el amor terminaba ahí. Hasta que llegó el día en el que Pavolone descubrió el verdadero amor.

Ese día —ese día especial e inesperado— Pavolone se encontró de repente frente a una Venus celestial, la personificación misma de la belleza, una joven mujer que había escapado misteriosamente de las asechanzas de los estudios de Hollywood. En definitiva, que Pavolone se halló frente al amor, y se lo tragó enterito, igual que un pez con un apetitoso cebo. Pavolone no lo sabía, pero a partir de ese momento, y durante mucho tiempo aún, se comportaría como un personaje de libros para señoritas. Como el típico chico perdidamente enamorado. Requeteperdido. Recocado.

La muchacha se llamaba Maite, era argentina y tenía poco más de veinte años. Era alegre, mona —no, nada más que mona—, siempre disponible, en un sentido amplio. Maria la había buscado para que la ayudara en casa y Maite venía todos los días, de lunes a sábado, de nueve a tres, con un contrato regular, un salario adecuado, no faltaría más. De que había provocado aquel terremoto de sentimientos en Pavolone no se dio cuenta en absoluto: para ella Pavolone era un gigante algo alelado, que nunca contestaba a las preguntas de inmediato, pero que siempre se mostraba educado y servicial; en el fondo la idea que ella tenía de un caballero, tal vez una idea un poco estrafalaria, pero es que ella con auténticos caballeros nunca se había topado. Que albergara determinadas intenciones en relación con su persona ni se le pasaba por la cabeza; por lo general los chicos que tenían algún proyecto que la involucraba se lo decían, y ella respondía invariablemente que sí, no le parecía hacer nada malo, interpretaba el sexo como una gimnasia más divertida y menos cansada. Pavolone, aparte de algunas sonrisas francas, no le lanzaba nunca mensajes que pudieran ser interpretados en tal sentido. El caso es que Pavolone no tenía la menor intención de practicar el sexo con ella; esta vez estaba enamorado y, por más que no pareciera tener las ideas demasiado claras, estaba convencido de que el amor no podía tener nada que ver con pililas y chichis, y para intuir ciertas cosas no hace falta saber quién era Platón o haber leído a Petrarca. La única persona que se había percatado de esos sentimientos —encomiables y de lo más respetables, dichos sentimientos— era Maria, quien tenía por costumbre no inmiscuirse en los asuntos ajenos y generalmente hablaba poco. Tal vez se hubiera percatado Proverbio, pero coincidió con el periodo en el que no se sentía bien y no tenía ni tiempo ni ganas de mirar a su alrededor. Era una situación sin aparente solución; solo era necesario esperar a que Pavolone se desenamorase, algo que tardaba en suceder.

Llegados a este punto es legítimo que algún lector se interrogue acerca de las razones que me han inducido a relatar esta historia de Pavolone, que aparentemente nada tiene que ver con las historias precedentes y parece llevarnos a un callejón sin

salida. Pero resulta que este es un libro basado en las concomitancias, en la casualidad de los acontecimientos, en las coincidencias estadísticamente improbables: es necesario tener paciencia. Lo único que me siento en condiciones de decir al lector en este momento es que los hechos de los que estoy hablando no superan el llamado límite de probabilidad universal, que si no ando errado atañe a eventos estocásticos cuya probabilidad de realización es inferior a 10 elevado a menos 150, y que por lo tanto no estamos obligados a imaginar que esta complicada historia tenga su origen en una causa no causada. Entretanto, solo para dar una idea al lector, le diré que desde hacía tiempo Maite había comenzado a sufrir una molesta enfermedad de la piel.

El subcomisario había decidido acudir personalmente a casa de los Ricci Ribaldi, el asunto era tan delicado que carecía de sentido delegarlo en nadie, podía estallar un escándalo. Su llegada había sido anunciada por una llamada telefónica a doña Maria Teresa y una segunda a la secretaria, la señora Egle. A ambas se les había pedido que impidieran que nadie de cuantos vivían o trabajaran en la casa la abandonaran antes de haber hablado con el subcomisario.

Sí, con él en persona, con el subcomisario. No, mejor hablar cara a cara. Descuide, estaba a punto de llegar.

El subcomisario, acompañado por dos de sus agentes más veteranos y eficientes, entró en el hogar de los Ricci Ribaldi a las diecisiete horas; el tiempo perdido se empleó en la búsqueda, entre los documentos y los registros policiales, de información acerca de las personas con las que iba a reunirse para interrogarlas.

Era muy poco lo que había salido a la luz; daba la impresión de que sobre la familia Ricci Ribaldi, por más que fuera objeto de tantos chismorreos, había muy pocos hechos concretos.

El primer encuentro del subcomisario con doña Maria Teresa resultó bastante difícil. La viuda estaba a la defensiva, contestaba con monosílabos, en determinado momento sondeó incluso la posibilidad de llamar a un abogado que la asistiera, y esto a pesar de que el subcomisario hiciera gala de todo el tacto del que era capaz. Sus dos hijos, Veronica y Matteo, estaban de pie detrás de ella, complacidos y evidentemente solidarios, más preocupados por la presencia de todos aquellos extraños que compungidos por la muerte de su padre. Además, se hallaba presente también un abogado, no en condición de abogado, sino en la de prometido de la hija: Antero Silvestrini, no más de treinta años, investigador en el departamento de Derecho Penal de una universidad de las inmediaciones, que no soltó en ningún momento la mano de su prometida y observó con evidente desagrado al subcomisario, responsable de tanta pesadumbre.

La conversación no duró mucho: Macbetto explicó que quería reconstruir las últimas horas —o incluso solo el último minuto— del pobre notario. Doña Maria Teresa puso sus cartas sobre la mesa. Le explicó que ella y el notario vivían como buenos vecinos, pero sin verse nunca, o casi nunca; que el notario vivía —es decir, comía, dormía y se ocupaba de todos sus demás asuntos— en la planta baja y que de las personas que el subcomisario había reunido en esa habitación solo una, Palmira, bajaba con frecuencia a la vivienda del notario, para presentarle las cuentas de la casa, recoger los cheques necesarios para las rutinas familiares, sondear las eventuales necesidades de los dos hijos, ponerle las inyecciones de insulina al notario (¿cómo, no sabía que era diabético?) y, por último, siguiendo una costumbre ya

arraigada, charlar con Zaira, el ama de llaves.

En todo caso, Palmira era, para todos ellos, una persona de la familia, y por tal razón se le confiaban cometidos tan delicados. En cuanto a los hijos, hacía muchos años que solo veían a su padre con ocasión de fechas señaladas, cumpleaños, felicitaciones navideñas, cosas por el estilo: por lo demás, pasaban la mayor parte del tiempo en una ciudad cercana, donde estaban cursando sus estudios universitarios.

Doña Maria Teresa se mostró concisa, muy segura sí misma y, obviamente, bastante reacia a proseguir con una conversación que consideraba inútil; el subcomisario le dio las gracias y dijo que, por el momento, era suficiente — recalcando con énfasis «por el momento»—. Entonces, casi de pasada, hizo la pregunta más importante:

—En resumidas cuentas —dijo—, si no lo he entendido mal, hoy no ha bajado nadie a la planta inferior y nadie se ha visto con el notario, ¿excepto —y clavó su mirada con decisión en los ojos de Palmira— usted?

Es difícil referir con fidelidad las conversaciones que mantienen personas que cultivan una desconfianza mutua, sobre todo en momentos delicados como este, si no se cuenta al menos con ciertas pistas —las que pueden obtenerse de un intento de descripción, pese a lo sumario que pueda resultar— de cómo se presentan dichas personas, de qué aspecto tienen, de a quién nos recuerdan. Una frase llena de altivez y arrogancia no puede ser pronunciada por una campesina que parece a punto de salir a espigar, y razonamientos cautos y reflexivos suenan mal en boca de un larguirucho desgarrado, huraño y de barba larga que habla como si se hubiera tragado unas espinas. Pues bien, no es que yo sea muy hábil describiendo a las personas, mis retratos no se despegan del examen objetivo escrito por el médico de guardia, pero lo intentaré. Se ruega al lector que ponga por su parte algo de fantasía.

Sobre el subcomisario no tengo mucho que decir. Hombre de mediana edad, de aspecto agradable, acento fuertemente romañol, el aire de alguien que, pese a todo, es retraído y no actúa con impulsos espontáneos e inmediatos, sino que lo filtra todo por el tamiz de la precaución. Lo que ya sabemos de él es la pura verdad, fue un sinvergüenza de joven: un viejo asunto, ya olvidado, que su padre tuvo ocasión de corregir a correazos, algo que hoy en día —¿puedo decir por desgracia?— ya no es posible. Lo que lo unía a Primo era más que una amistad, era un sentimiento que abarcaba estima y confianza, hasta el extremo de que, de forma automática, cuando se veía metido en algún lío, el subcomisario lo nombraba asesor no oficial.

De doña Maria Teresa ya he dado una descripción, que, sin embargo, se refiere a sus veinte años. Pues bien, no es que haya cambiado mucho, lo único que ha perdido es la dulzura, desaparecida, zas, de repente, en el mismo momento en el que descubrió la verdadera identidad de su marido. Guarda secretos en sus ojos, secretos que no quiere revelar a nadie. Y si el lector confía en un viejo admirador de las mujeres, en alguien que las ha estudiado, apreciado y amado desde que era un niño, deje que le diga una cosa: doña Maria Teresa tiene algo en su aspecto, en su poco

frecuente sonrisa, en sus carnes blandas pero satisfechas, en la ternura de sus gestos, que pertenece solo a mujeres que disfrutaban de una vida sexual plena. El futuro, por supuesto, se ocupará de aclarar este punto, pero por ahora me parece que la viuda del notario no es exactamente lo que quiere aparentar.

Pero la persona más interesante de entre los presentes en la habitación, muy preocupados por tener que responder a las insidiosas preguntas del subcomisario, es sin lugar a dudas Palmira. ¿Recuerda el lector lo que he contado acerca de ella? No creo que pueda decirse en modo alguno que se trata de un chica sin carácter; tenía mucho ya, tal vez demasiado, hace veinte años; ese jarrón en la cabeza del notario así lo demuestra. Si la observamos atentamente, sin embargo, debemos reconocer que desde entonces ha cambiado, ha cambiado mucho. Ha envejecido peor que Maria Teresa, no cabe duda, pero lo más sorprendente es la tensión que puede leerse en la cara, como si estuviera alerta, como si aguardara la llegada de un enemigo peligroso y malvado, y ella fuera el centinela, aquel que está obligado a divisar al enemigo en primer lugar, que debe dar la voz de alarma y erigirse en baluarte de los demás, de los indefensos, cuya seguridad ha sido confiada a su valor y a su prudencia. Creo que la cuestión es precisamente esa: Palmira se ha convertido en el centinela de la familia, o de una parte de la familia al menos. Ella sí que tiene las carnes duras y rígidas, no hay suavidad en sus gestos, es probable que haya sacrificado todo a su papel, incluso una vida propia. A menos que..., a menos que durante todo este tiempo haya estado enamorada de Maria Teresa —Palmira es homosexual a ciencia cierta, no hace falta mucho esfuerzo para darse cuenta—, en cuyo caso no cabe duda de que debe de haber sufrido y le tocará seguir sufriendo. Ahora, al contestar al subcomisario, le dice que sí, que bajó a la planta inferior, más o menos a la hora de comer, para charlar con Zaira, para ponerle la inyección al notario, pero volvió a subir en cuanto este la despidió. ¿Cómo estaba el notario? Bien, perfectamente, por lo que ella pudo apreciar. ¿Algún indicio que pudiera ser premonitorio de la tragedia? Ni por asomo, él era el de siempre, de la inyección ni siquiera se enteró, ni se le ocurrió darle las gracias, por todos los cielos, era impensable.

Pero ¿será esa la verdad? ¿No le parece también al lector que hay algo que no encaja en esta historia? ¿Estamos seguros de que las inyecciones de insulina son la única razón de su visita a la planta inferior? ¿Se imagina el lector a una mujer como ella charlando y chismorreando con las otras criadas?

Veronica es la prueba viviente de que la genética juega un papel importante, en especial cuando se trata de determinar la apariencia física de las personas. Tal vez sea cierto que somos mucho más hijos de nuestra educación (y de los amigos, y del azar, y de nuestras lecturas, y de nuestros errores) que hijos de los genes que hemos recibido en herencia, pero esto atañe al gusto, al carácter, a la inteligencia. La diminuta y elegante nariz de Veronica, con todo, es exactamente igual a la de su madre, del mismo modo que son idénticos a los de la madre su sonrisa y su largo pelo rubio. En conjunto y a fin de cuentas, Veronica es una chica agraciada, pero mucho

menos que su madre; la suya es un gracia sin encanto, una belleza incompleta. Veronica lo sabe, no cabe duda, pero quiere demasiado a su madre para estar celosa, al menos de manera consciente. En todo caso, ha crecido con la desagradable conciencia de tener un padre desagradable, muy probablemente malvado, que desde luego no la quería, y ello no ha sido beneficioso para la formación de su carácter. Es reservada, recelosa, poco proclive a aceptar a los demás: el hecho de que ahora se haya echado un novio no quiere decir que se haya producido en ella ninguna clase de cambio; solo significa que ha encontrado un hombre lo bastante enamorado para no renunciar a ella, incluso cuando su batalla parecía perdida, lo que sin duda debió de pensar al iniciarse su relación. Un hombre, por lo tanto, muy enamorado. O bien... En realidad, hay quien piensa que, en su ascenso hacia una clase social superior a la suya, el buen Antero no ha podido dejar de tener muy en cuenta la considerable herencia que, tarde o temprano, su prometida habría de recibir y ha decidido no permitir quedarse al margen de ninguna manera. ¿Cuál es la verdad? En realidad, no lo sé, personalmente tiendo hacia esta última hipótesis, o por lo menos considero que esta es la verdad más plausible, por más que no pueda afirmarlo con seguridad. Porque la verdad, cuando se trata de hombres y de mujeres, nadie la sabe.

Matteo, el hijo varón, la persona en quien recaerá la responsabilidad de transmitir el apellido familiar, es el resultado de una larga serie de errores cometidos por sus educadores. De haber crecido en un entorno diferente, un entorno menos considerado, donde lo hubieran querido un poco menos, mimado un poco menos, consentido un poco menos, se habría convertido en un hombre totalmente diferente, con mayor sentido de la responsabilidad, mayor capacidad de compromiso, más alto sentido moral. En cambio, Palmira lo había criado —ella, mucho más que Maria Teresa— como un principito, sin negarle nunca nada, sin haberle hecho comprender nunca que fuera de allí había otros niños, al menos tan importantes como él, y tal vez igual de guapos y con toda probabilidad más inteligentes. Matteo descubrió que existía un mundo muy diferente al que él conocía, fuera de su casa, muy tarde, aunque no tan tarde como para no poder encontrar cierta manera de adaptarse. La conclusión fue que Matteo estaba destinado a vivir un doble papel: el de monarca en su familia, el de gregario en el mundo exterior; un papel este último que le consentía el apañárselas a su manera, es decir, sin tener que decidir, elegir, luchar para conseguir aquello a lo que aspiraba. Trataba de pasar el menor tiempo posible fuera de la casa: no se había mudado a la ciudad universitaria y asistía a las clases de forma esporádica. Tenía pocos amigos, salía con chicas mayores que él y era idolatrado por las amigas de su madre. Nadie, ni siquiera las personas que lo querían, podía predecir para él un destino feliz, por lo que puedan valer ciertas previsiones. Ah, sí: físicamente no se asemejaba a nadie, absolutamente a nadie, parecía el resultado de un cambio en la cuna.

De una pasta muy diferente estaba hecho el joven abogado Antero Silvestrini, hijo de Edmeo Silvestrini, mediador inmobiliario, nieto de Anchise Silvestrini, capataz

agrícola, gran jugador de naipes, compañero habitual de *maraffone* —es bueno saberlo— de Proverbio. En Antero toda la familia había invertido, y no poco: la inversión, quede claro, no atañía de forma genérica a un título en Derecho y a un empleo en un bufete profesional bien establecido, sino más bien a una carrera universitaria que le pudiera conducir a la cúspide de la enseñanza, algo que su padre y su abuelo consideraban necesario para que la familia pudiera dar un importante paso hacia adelante en la pirámide de las jerarquías sociales.

Sobre Antero no había mucho que decir, era un hombre tan serio que muy a menudo resultaba sombrío, a quien pocos habían visto sonreír, incapaz de contar un solo chiste, carente por completo de sentido del humor, que se comprometía a muerte incluso en cosas de aparente futilidad por la sencilla razón de que no sabía distinguirlas de las importantes. Se decía que estaba enamorado, de Veronica, por supuesto, y que tenía ya planificada, en su interior, toda su vida familiar, incluyendo las profesiones de sus hijos. Quien no lo estimaba no creía en ese amor y lo definía como un bastardo hijo de puta, cuya única intención era ascender lo más rápidamente posible en la escala social. Si yo tuviera que apostar por una de las dos teorías, me jugaría una pequeña suma por la segunda.

Ahora, creo que sabemos lo suficiente.

—En realidad —intervino Palmira—, lo cierto es que yo bajé al piso de abajo hacia la hora del almuerzo, como hago a menudo, para charlar un rato con Zaira; somos viejas amigas. El notario, verá, el notario no había subido todavía, aunque él es... era tan puntual... Cuando lo vi llegar, lo seguí, entré con él en el dormitorio. Él se metió en el baño antes que yo, yo entré unos minutos después para preparar la inyección. Cuando volví a la habitación ya estaba acostado, como siempre, con los pantalones ligeramente bajados, y la cara apoyada en la almohada; detestaba mirar, lo impresionaba incluso la vista de la jeringuilla. Yo lo hacía todo de forma que no la viera. Le puse la inyección, como siempre, y me marché después de despedirme. Él, en realidad, no respondía nunca a mi saludo, hacía un ruido, una especie de gruñido, eso era todo. Y nada más, volví arriba para seguir con mis tareas. Oí que el ascensor subía y regresé por las escaleras. A él no le gusta... no le gustaba que Zaira perdiera el tiempo en charloteos.

—Y —el subcomisario estaba intrigado—, ¿y Zaira y usted permanecieron juntas todo el rato?

—Más o menos; Zaira arreglaba la casa, acababa de poner la mesa...

—¿Y qué se contaban...?

—Tonterías, señor subcomisario, las tonterías de siempre, ni siquiera me acuerdo.

—Pero habrán hablado del señor Ricci, qué sé yo, de su salud, de su estado de ánimo...

—No, no es nuestra costumbre, tenemos nuestras propias vidas...

—Me gustaría mucho que entregara a los inspectores la jeringuilla de la inyección —añadió el subcomisario, manteniendo un tono lo suficientemente ligero.

—Tal vez sea mejor que se las lleven todas —fue la respuesta de la mujer, que lo dejó helado—, porque después de hervirla la puse con las demás, bien empaquetada y lista para la esterilización en seco. No creo que pueda reconocerla.

Más de eso era imposible sonsacarle a Palmira. Pero el subcomisario estaba enojado y quiso provocarla:

—Y el feminismo, Palmira, qué ha sido de sus viejos ideales. En otros tiempos usted...

—¿Quién le ha dicho eso? —replicó Palmira, con cierta brusquedad, sonrojándose—. Y además son cosas viejas, ya sabe usted, estupideces de juventud...

—Gracias —concluyó el subcomisario—, ya los he entretenido demasiado. Por ahora, al menos.

Uno de los agentes le susurró al oído que todas las demás personas a las que quería ver estaban reunidas en el despacho; era mejor ir directamente allí, la inspección en el primer piso podía esperar, la harían al final.

De modo que bajaron, usando las escaleras y no el ascensor interior, pues el subcomisario, si le era posible, prefería evitar los ascensores; no es que fuera claustrofóbico, solo que no tenía confianza en las máquinas.

En el despacho del notario Ricci Ribaldi —amplio, repleto de espléndidos muebles antiguos, librerías en todas las paredes, de elegancia sobria y refinada—, aguardaban el personal administrativo y las tres empleadas domésticas. A diferencia del anterior encuentro, que había tenido lugar marcado por la tensión, aquí parecía prevalecer la curiosidad, asociada, al menos para algunas personas, al malestar provocado por la conciencia de haber perdido un buen puesto de trabajo o, si no exactamente un «buen» puesto de trabajo, un puesto de trabajo seguro.

A algunas de estas personas ya las he presentado en páginas anteriores, a otras no, pero no estableceré diferencias: diré de todas ellas lo que me parece necesario e imprescindible.

En las dependencias de la notaría, pese a la inmensa mole de trabajo por despachar, solo había tres empleados fijos; la mayor parte de las tareas rutinarias se confiaba a personal externo, que trabajaba en una de esas oficinas que otros tiempos recibía el nombre de equipo de mecanógrafas y que hoy agrupa exclusivamente a expertos en tareas informáticas.

La persona menos importante del despacho —si se evalúa la importancia de una persona tomando en cuenta únicamente el salario que lleva a casa al final del mes— era Domenico, el señor Domenico para todo el mundo, que estuvo a punto de llegar a notario y al final tropezó de manera miserable en un par de errores, acaso no particularmente graves, pero sí lo suficiente como para descartar en él toda veleidad de progreso social.

Era una vieja historia, el señor Domenico tenía la misma edad del notario, casi setenta años, y los hechos se remontaban a cuando tenía veinticuatro o veinticinco. En aquellos tiempos, los dos trabajaban, para adquirir rodaje, en el despacho de un profesional bien conocido: Ricci Ribaldi acababa de licenciarse en leyes; el señor Domenico afirmaba haberse licenciado también, pero en realidad había fingido aprobar los últimos exámenes y había invitado a sus amigos y familiares a un convite para celebrar una licenciatura que nunca llegó a obtener. La causa de aquel enredo había que rastrearla en la vida amorosa del señor Domenico: se había comprometido —eso exactamente, comprometido de modo oficial, con anillo y pedida de mano de la muchacha— con la hija de un hombre muy rico, un terrateniente, especulador, enchufado con medio mundo, muy orgulloso por ser un hombre «hecho a sí mismo», y por haber alcanzado, por sí mismo también, las rentas más elevadas de toda la provincia. Este señor, a quien llamaré el señor X, tenía un hijo, y como es natural incubaba en relación con ella toda las justas ambiciones que un padre tiene derecho a alimentar. Por otra parte, sentía a aquella hija suya como algo de su propiedad —no es casualidad si he empleado términos como incubar y alimentar— y la consideraba

como su billete para una posible entrada en una sociedad que lo temía, acaso lo admiraba, sin duda lo envidiaba, pero se guardaba mucho de abrirle las puertas de sus casas. El joven Domenico era hijo de buena familia, desde luego no era rico — aspecto de escasa importancia; del dinero ya se hacía cargo él—, pero parecía encauzado hacia una carrera muy prometedora, que le garantizaría una posición social sólida y una profesión de lo más rentable. Así, cuando el señor X vio que el joven señor Domenico rondaba alrededor de su hija, a quien llamaré señorita Y, decidió animar a los chicos y llegó a apremiar a su hija para que le diera señales visibles de aprobación, tras lo cual, inevitablemente, las cosas se movieron por sí solas.

La señorita Y era una muchacha muy mona, no demasiado inteligente, perezosa hasta lo inverosímil, acostumbrada a pensar —no se es en vano hija de un padre así— que todo en esta vida puede comprarse. Personalmente, no estoy seguro de que todas las hijas de los hombres que se han hecho a sí mismos sean de la misma pasta; me inclino a pensar que habrá excepciones, tal vez no tan numerosas como algunos piensan, pero desde luego consistentes en número. Para la señorita Y, en cambio, esa era la realidad de la vida, y se imaginó un futuro, plasmado de acuerdo a sus deseos, y ese futuro incluía un marido rico y laborioso, una hermosa y acogedora casa, pocos niños, muchas llaves, y toda la buena sociedad ciudadana girando a su alrededor.

Con tanta responsabilidad sobre sus hombros, el señor Domenico empezó a cometer sus primeros errores. Su prometida le robaba un montón de tiempo, que sustraía al estudio: en el primer examen que le fue mal, se inventó un 24 de lo más tímido. Los exámenes sucesivos no pudo prepararlos y las notas se las anotó él directamente en la libreta^[7]. Llegó de forma inexorable el día en el que la señorita Y —no muy inteligente, pero tampoco estúpida— le hizo notar que, a esas alturas, ya debía haber completado exámenes a la fuerza, y empezó a inquirir por qué razón posponía la ceremonia de licenciatura. De modo que el señor Domenico se graduó (y de los litros de sangre que tuvo que sudar para mantener a familiares y admiradores lejos del aula magna, donde supuestamente tuvo lugar la ceremonia, solo él pudo llevar la cuenta) y comenzó a pasar noches insomne porque no hallaba remedio para el lío en el que se había metido.

Un día se enteró, de manera absolutamente casual, de que en la universidad había un par de personas que resolvían problemas similares a aquel en el que se había entrampado; era necesario pagar, por supuesto, y luego ellos corregían, alteraban, completaban. Parecía ser la única vía de escape y decidió ponerse en contacto con esos potenciales salvadores. Se le exigió, sin emoción aparente, una cifra espantosa: su contacto se mostró incluso tan cínico y divertido por la mortificación que podía leerle en el rostro que le recordó que «París bien vale una misa». Dado que el señor Domenico esa misa no podía pagársela, trató de encontrar dinero a través de sus conocidos. No lo consiguió. Engañó a uno de los clientes del despacho haciendo que

le diera dinero para una inversión que no existía y lo utilizó como pago inicial. Pero entonces todo su montaje se vino abajo: los falsificadores de la universidad llevaban meses vigilados por la policía, de modo que cuando fueron arrestados salió también a relucir el nombre del señor Domenico. El cliente estafado lo denunció y logró que lo condenaran, una pena modesta, pero suficiente para arruinarle la vida. De aspirante a notario y novio de una rica heredera, el señor Domenico se vio reducido al papel de miserable deshonesto, abandonado por todos, novia incluida. El señor X amenazó con hacer que le dieran una paliza, no está claro a manos de quién. Y la señorita Y se comprometió —y acabó casándose— con un notario de verdad. El pobre señor Domenico encontró consuelo, al final de una larga búsqueda, únicamente en su viejo compañero de estudios, «nuestro» Annibale Ricci Ribaldi, quien lo contrató, con un salario de hambre, y lo humilló durante toda su vida, haciéndole trabajar como una mula sin pagarle jamás por ello de forma adecuada. Pero, como es costumbre escribir en las novelas folletinescas, al señor Domenico «se le había roto algo por dentro», hasta el punto de que ya no veía las cosas con claridad y carecía de ganas de reaccionar y luchar. La solución que le ofreció el notario Ricci Ribaldi le parecía generosa y redentora, y nunca discutió con su empleador ni el salario ni la acumulación de pesadas tareas que le eran impuestas. ¿Sería posible que, dentro de él, bajo ese notable montón de cenizas, se incubara el fuego del hastío y el deseo de revancha? Claro, es posible, por qué no, pero las fuentes del odio son tan misteriosas como lo fueron durante mucho tiempo las del Nilo, con la diferencia de que no creo yo que haya hombres como Stanley y Livingstone dispuestos a arriesgar sus vidas para buscarlas.

La señorita Carla hacía tiempo que había pasado de los setenta, y de hecho el notario había pensado a menudo en sustituirla por una chica más joven, pero al final siempre optaba por posponer la jubilación porque comprendía que habría sido difícil encontrar a una persona con una memoria tan formidable y una entrega al trabajo tan rotunda. De modo que la señorita Carla había seguido dedicando toda su vida al despacho notarial: la juventud se le había escapado de encima casi sin que se diera cuenta, dejándole recuerdos dolorosos y amarguras sin fin, pero ella, una vez que entraba en la oficina, siempre tenía la impresión de que el mundo exterior dejaba de existir, esas paredes la defendían y al mismo tiempo le permitían hacer caso omiso de todo lo que la esperaba una vez fuera de allí. De haber sido por ella, hubiera ido también a trabajar los domingos, y, en cualquier caso, era siempre la primera en llegar y la última en marcharse; la parte odiosa de su vida era la que la aguardaba fuera.

La señorita Carla no era romana, sino originaria de una ciudad toscana, hija única de una familia de clase media que la había criado sin amarla demasiado, y vislumbrando en ella con creciente recelo, desde que era una tierna criatura, el posible germen de una infinita sucesión de problemas. Porque Carla fue una niña vivaz, una jovencita vivacísima y una muchacha explosiva, en agudo contraste con una madre beata e hipócrita y un padre mortificado por frecuentes crisis místicas. A

los dieciocho años, Carla se sacó el diploma de contabilidad, y su padre no tardó en encontrarle trabajo en una institución de beneficencia controlada por la diócesis local. A Carla, que albergaba esperanzas bien distintas, aquel empleo no le gustaba, de modo que empezó de inmediato a buscarse otro por su cuenta. Pero no hubo oportunidad, pues los acontecimientos se precipitaron: Carla se encontró trabajando, durante unos días, codo a codo con un joven sacerdote que tenía todas las aparentes cualidades de una estrella de Hollywood, era guapo, simpático, culto y siempre estaba de buen humor. Sin que les diera casi tiempo para percatarse, la instantánea corriente de simpatía que se había creado de inmediato entre ellos se convirtió en algo mucho menos cerebral y espiritual. Al cabo de menos de una semana de tal comunión de vida y trabajo, el sacerdote la besó. Después de una semana de besos robados, incluso en las condiciones de mayor riesgo, detrás de una puerta o metidos en el ascensor, Carla tuvo la primera relación sexual de su vida, de pie en el interior del trastero donde las señoras de la limpieza guardaban trapos y escobas. No le pareció gran cosa, no se sintió bien, sangró un poco. Los encuentros se repitieron, todas las veces que les resultó posible, y Carla descubrió que a ella le gustaba más hablar con aquel hombre que hacer el amor. Tampoco le dio tiempo para lidiar con aquel sentimiento —todo parecía moverse con extraordinaria rapidez— porque supo a ciencia cierta que estaba embarazada.

Para Carla, este descubrimiento no fue, al menos de modo inicial, particularmente penoso: se imaginó las consecuencias, que parecían inevitables, y no le disgustaron. Su amante tendría que colgar los hábitos, eso había que cargarlo obligatoriamente en la cuenta. Tendrían que buscar ambos trabajo, tal vez en otra ciudad. Claro, todo ello supondría grandes cambios pero, cuando dos se quieren, ya se sabe...

El sacerdote, sin embargo, no reaccionó de la misma manera cuando ella le puso al corriente; todo lo contrario, se volvió muy serio, casi gélido. No le hizo ninguna promesa, no habló del futuro, solicitó algo de tiempo. Al día siguiente se presentó ante su obispo y le confesó su pecado. El obispo se aseguró de su arrepentimiento, cómo no nos es dado saberlo, pero el caso es que lo hizo; imagine el lector qué obispo sería si no supiera hacer frente a ciertos problemas. En un abrir y cerrar de ojos el joven sacerdote se vio catapultado a una parroquia lejanísima, con apenas tiempo para abandonar a su amante, un adiós desgarrador aunque, Dios sea misericordioso, rapidísimo. Los padres de Carla fueron llamados a la curia, tuvieron una larga discusión con un viejo prelado, quien les pidió que demostraran compasión y que se mostraran capaces de ceder al perdón. Lo que demostraron, en cambio, fue que eran implacables: la muchacha tuvo que abandonar su casa, había dejado de ser hija suya, el desventurado retoño que nacería de aquella horrible culpa nunca sería su nieto. Carla, confundida, resignada, pasó todo el periodo del embarazo en un hogar para madres solteras, administrado por monjas aparentemente muy piadosas, en realidad de escasísima cortesía. Cuando empezaron las contracciones, la acompañaron a la maternidad y la hospitalizaron en un ala especial —en la enorme

entrada de cristal campeaba el rótulo «Unidad de Ocultas», escrito así, con mayúscula y mayúscula—, donde daban a luz las chicas como ella. Solo cuando lo tomó entre sus brazos por primera vez —un varón, de hermoso aspecto, muy parecido a su padre—, pudo darse cuenta Carla de lo que todos esperaban de ella: que optara por que «su nombre no saliera a la luz», que pusiera al niño a disposición de alguna pareja infértil que lo adoptara. Cuando lo comprendió todo, se vistió, firmó el expediente médico, tomó al pequeño y fue en persona a inscribirlo al Registro Civil. Luego, con algo de dinero que recibió en préstamo de sus amigas, se subió a un tren cualquiera y abandonó la ciudad, sin la menor idea de dónde se detendría. El hecho de que llegara a nuestra ciudad se debió a la casualidad, procuró que el viaje no fuera excesivamente largo, debido al coste del billete. El trabajo en la notaría también lo encontró por casualidad, no pedía demasiado, se conformaba con poco, y eso al notario le vino al pelo. Al principio pensaba que no permanecería mucho allí, en esa ciudad, y en ese despacho. Después empezó a sentirse bien, y las ganas de marcharse se le pasaron. Crio a su hijo como pudo y como supo, es decir, bastante mal. Sin embargo, se las apañó para hacer que estudiara y lo mantuvo hasta que cumplió los veinte años. Después el muchacho se fue al servicio militar y le escribió un par de veces desde lugares diversos y lejanos. En su última carta aludía a un viaje muy largo, pensaba en emigrar, quizá a Australia. No volvió a escribirle más. Ah, sí, un día, por casualidad, tuvo noticias del padre del niño: había colgado los hábitos, había formado una familia, llevaba —según le dijeron— una vida serena.

Esta es la historia de Carla. También es conveniente saber que había decidido desde hacía mucho tiempo que abriría la espita del gas el día que perdiera su trabajo.

Si Carla estaba enamorada de su trabajo, no cabía duda de que Egle, la mujer que ocupaba el puesto de jefa de personal, estaba enamorada del notario. No, no hay ningún error, no «estuvo», «estaba» enamorada del notario, hasta el punto de ser la única que sufría por su muerte. En los tiempos en los que Annibale Ricci Ribaldi era aún un buen chico, amante de la familia, que de vez en cuando llevaba a casa a sus ocasionales novias para hacérselas conocer a su madre, Egle había alimentado ciertas esperanzas de ver correspondida su propia pasión, porque de una auténtica pasión se trataba. Egle estaba entonces en la universidad, con el compromiso de licenciarse rápidamente en Derecho, encontrar un trabajo tan pronto como fuera posible y consentir a su madre —viuda desde hacía años, que la había criado con grandes esfuerzos y muchos sacrificios— que respirase tranquila. El porqué llegó a enamorarse de Annibale, que en su juventud se parecía más que nada a una araña de tebeo, es difícil de decir; el amor es otro de los muchos misterios que estoy enumerando, sin pretenderlo, en este libro. Pero así es como fueron las cosas, se enamoró y, en la práctica, lo sedujo. Annibale no era un hombre de gustos sexuales «normales», así que, una vez seducido, al darse cuenta del amor que la muchacha sentía por él, abusó de ella en todas las variedades que su mente, más imaginativa que perversa, pudo elucubrar, haciendo que ella se sintiera, al abandonar aquel lecho,

sucia y culpable, y cuanto más sucia y culpable se sentía más se enamoraba: lo que se dice una pareja ideal. Al final Annibale se cansó y le dijo, de manera bastante brutal, que aquello se había acabado, pero que la amistad, bueno, esa podían seguir cultivándola. Ella se aferró a aquella amistad como la hiedra al tronco, mendigando de vez en cuando algo más, pequeñas muestras de cariño cada vez más enrarecidas con el pasar del tiempo. Se licenció y pidió poder trabajar para él, y Annibale aceptó contratarla, solo después de haber advertido que se contentaría con un salario modesto. Se convirtió, poco a poco, en su confidente exclusiva, la única que tenía acceso a todos sus papeles, que estaba al corriente de sus asuntos privados, que podía subir al apartamento del segundo piso cada vez que quisiera. Cuando su madre murió, experimentó una sensación de alivio, siempre había cultivado la esperanza de poder recibir a Annibale en su casa, no dejaba de imaginárselo mientras abría la puerta con la llave que le había dejado bien a la vista en el escritorio, y luego... Él nunca apareció por allí; probablemente ni siquiera se percatara de la llave, pese a las muchas veces que a ella le pareció oír aquel ruido, pero sin embargo... Con el paso del tiempo ese sueño había comenzado a desvanecerse, hasta la completa resignación, que coincidió con la llegada de la menopausia. Ella sabía perfectamente lo que el notario pensaba del climaterio de las mujeres: ciruelas secas las llamaba, inútiles y molestas. Solo en los primeros años, cuando aún era muy joven, pudo disfrutar del privilegio de arrodillarse a sus pies, detrás del amplio escritorio, para practicarle una felación, pero incluso ese derecho le fue arrebatado pronto; él tuvo otras aventuras y más tarde se casó. Aun así, Egle nunca llegó a renunciar realmente y había seguido considerando las confianzas y los delicados encargos que le eran asignados como una señal del persistente interés de él. Ahora, mientras aguardaba a que el subcomisario bajara al despacho, se sentía destrozada por el dolor, aunque fuera capaz de contenerse; nunca se humillaría delante del personal de oficina y de los sirvientes: el primero en lamentarlo habría sido el pobre notario, quien, de alguna manera, al morir, le había confiado ese último y delicadísimo encargo, salvaguardar su dignidad.

Las personas que se encargaban de la vivienda del notario, en realidad, eran cuatro, pero una de ellas estaba en la cama con una fuerte gripe y hacía días que no se dejaba ver. Quienes sí bajaron, en cambio, fueron las dos hermanas, la Anna y la Paola, dos muchachas jóvenes, feúchas, a las que la muerte del notario no importaba gran cosa, tenían ya otras ofertas y estaban ya resueltas, en cualquier caso, a cambiar de trabajo con el nuevo año. La persona más relevante, con todo, era el ama de llaves, Zaira, una mujerona de poco más de cuarenta años, que trabaja para el notario desde hacía casi tres lustros y que con el notario siempre se había encontrado muy bien, realmente bien. La Zaira fue de joven una mujer de bandera, alta y robusta, pero mucho, lo que se dice mucho, y en las salas de baile, en la aldea rural en la que había nacido, había causado estragos. Hija de agricultores, conocía bien el duro trabajo y los sacrificios de los campos, las muchas renunciaciones a las que obliga el dedicarse a

labrar la tierra, por lo que —como muchas de su amigas— había decidido que jamás se casaría con un agricultor. Allá donde vivía, eso suponía un problema de lo más grave: los jóvenes campesinos ya no encontraban muchachas que quisieran casarse con ellos; ninguna parecía dispuesta a aceptar una vida que empezaba a las cinco de la mañana y concluía a la hora en la que se acuestan las gallinas, nada de cine, nada de bailes, solo fatiga. El pueblo estaba ya en la lista de un par de casamenteros que organizaban «la caravana del amor» para traer, desde Sicilia y Calabria, a chicas a las que en sus lugares de origen ya nadie quería, por ser demasiado viejas o andar en boca de todos, y desposarlas con la bendición de los dos párrocos, el romañol y el sureño, con los solterones del pueblo. Zaira sabía lo que significaba ser una chica «de pies rojos», como se les llama en Romaña a las que se quedan para vestir santos, ser objeto de burlas, sufrir humillaciones como la de la *fasulera*, volver a casa y descubrir que en el umbral te han derramado medio quintal de judías secas. Y mujeres de pies rojos conocía a muchas, chicas que habían perseguido a un marido durante años para verse al final, una hermosa noche, con los pies tan rojos como las gallinas más viejas, o como las mujeres ancianas cuando han bailado demasiado. Así, dale que te pego, por fin había conocido Zaira a un buen hombre, un obrero que iba a bailar a los locales de los pueblos, ya que se decía que allí siempre había mercancía buena que llevarse a la boca. Ella echó el lazo al hombre adecuado recurriendo a esa porción de astucia femenina, producida a lo largo de los siglos por muchas mujeres diferentes, que había absorbido sin darse cuenta y que, tal vez, también había heredado, así como se heredan los memes, sin tener que molestar a Mendel, y que se reveló decisivo: concedió al hombre —atraído de manera categórica por sus bien logradas y rotundas formas—, en una progresión sabiamente calculada, cierta cantidad de favores, pero siempre le negó el último, que era al que el hombre en realidad aspiraba. Cuando la observaba mientras volvía a vestirse, después de pasar un par de horas en la cama con ella, en completa desnudez, sin haber sido capaz de hacerle abrir las piernas, teniendo que conformarse con una sexualidad menor, llamémosla así, periférica y superficial, la odiaba cordialmente. Pero tan pronto como ella salía de la habitación, después de haberlo besado con un gran estallido de sus labios, ya empezaba a desear que volviera a estar allí, con él, dispuesto incluso a aceptar tan solo las migajas de un banquete que intuía —más bien estaba seguro— opíparo. De modo que al final se casó con ella y se la llevó a vivir a la ciudad, para descubrir que la vida de una familia de obreros no era muy diferente a la de una familia de campesinos.

Alceo, el marido de Zaira, era un buen hombre, que con el tiempo fue revelándose cada vez más enamorado y cada vez más celoso. Al cabo de unos años descubrieron que no podían tener hijos, y Zaira empezó a aburrirse y decidió —haciendo caso omiso de las protestas de su marido— buscar un empleo. Alguien la llevó a ver al notario, que buscaba por aquellos días un ama de llaves para reemplazar a la suya, que acababa de casarse. El notario se entusiasmó al ver toda aquella carne y le ofreció

un salario mucho más alto de lo que era razonable esperar, pero él era así. Zaira aceptó, pero puso sus condiciones. Si el trabajo requería que ella viviera en la casa del amo al menos algunos días a la semana, pasaría en su casa la noche del viernes y tendría el fin de semana libre. Enredado en una crisis de inusual magnanimidad (en realidad, cada vez más impresionado por todas aquellas carnes), el notario aceptó. A Zaira el notario le gustaba, le caía bien, pese a las evidentes ganas de tirársela que se le podían leer en la mirada; también el trabajo le parecía muy bien, dos mujeres que trabajan para ella, un solo hombre al que atender —*parcudì*, era la expresión que utilizaba Zaira, en dialecto— y una paga más alta que la de su marido. Sabía que las cosas no siempre irían como la seda, pero se impuso ser paciente y razonable. El problema estalló una mañana, cuando ella se disponía a hacer la cama, él estaba en el cuarto de baño y las chicas trabajando en otro sitio. Él se le acercó en silencio por detrás, ella sintió sus manos cuando ya le había levantado la falda. Zaira decidió no oponerse y no se movió. Él le bajó las bragas y la poseyó, hay que reconocerlo, con cierta habilidad; cómo y por dónde Zaira nunca se lo contó a nadie. Esperó pacientemente a que terminara de gruñir, entró en el cuarto de baño, se arregló y, tras volver a la habitación, se plantó frente al notario, con las piernas algo separadas, los puños en las caderas, y le dijo: «Señor amo, yo tengo un marido enorme y celoso, que si le cuento lo que ha pasado, a usted lo mata, a mí no sé lo que me hará. Lo que ha pasado ha pasado, y qué le vamos a hacer. Pero yo no tengo necesidad de usted, con mi marido me sobra y, si yo quisiera ser una puta, sería una puta, hay muchas maneras de trabajar de puta. Tengo que reconocer que aquí estoy bien. Tengo que reconocer que usted me paga bien. Admito también que a fuerza de vivir bajo el mismo techo pueda venir algún antojo. Voy a hacerle una propuesta: si le entran antojos, de acuerdo, quiero decir, de vez en cuando, me lo dice y ya veré qué se puede hacer. Pero mi culo y mi chichi son de mi marido». Zaira estaba hecha así, y así veía las cosas, el notario lo entendió y aceptó esas reglas. Cuando se daba el caso —en raras ocasiones, conforme a lo solicitado por ella— de que el notario se despertase por la mañana con una erección, más propia de próstata hinchada que de fantasías sexuales, y de que Zaira entrara en ese momento con el desayuno, él apartaba las sábanas y ella dejaba la bandeja sobre la cómoda. Así ocurrían las cosas en aquella casa.

Ahora Zaira era la única que lloraba, no porque fuera de lágrima fácil, ni porque le tuviera excesivo cariño a su amo, ni mucho menos porque añorara esos desayunos: simplemente se estaba preguntando dónde podría encontrar otro trabajo tan bien remunerado. A esas alturas, ella y su marido se habían acostumbrado a ese dinero.

—Bueno —dijo el subcomisario, después de que todos los presentes se hubieran presentado, nombre y cargo, como en el ejército—, quiero decirles lo primero que esta no es una reunión oficial, nada de lo que digamos aquí...

Estoy seguro de que recordará el lector a Maite, esa muchacha argentina tan mona de la que Pavolone estaba —está— perdidamente enamorado. Bueno, espero con sinceridad que el lector no acabé por imaginar que he recogido en este libro solo a personas sexualmente atípicas, exasperadas, salidas, alienadas, todas ellas necesitadas de tratamiento psiquiátrico. Le aseguro que no es así. Por estas tierras, de sexo se habla mucho, sobre todo porque se trata de una actividad muy popular. No hace falta más que entrar en un bar, oír de qué hablan los chicos que juegan al billar, escuchar lo que cuentan. O colarse, sin que se den cuenta, entre un grupo de chicas y escuchar sus conversaciones. ¿Habría que pensar que todo son mentiras? ¿O creer que los naturales de la Romaña son una pandilla de mentirosos? Albergo grandes esperanzas de que no sea esa la opinión del lector y, en todo caso, no es de la vida sexual de un romañol de la que voy a hablar sino de la de una agraciada chica argentina.

Pues bien, Maite —muchacha que, como el lector habrá adivinado, llevaba una vida privada que no puede calificarse de austera— mantenía una relación muy especial con un hombre de mediana edad, un asesor fiscal con un despacho que iba como la seda, en pleno centro, una casa llena de niños en un elegante barrio de las afueras y un picadero en un caserón de la zona obrera de la ciudad. Este buen hombre, años atrás, cuando todavía no estaba casado y no había abierto aún su importante despacho profesional, se concedía cada año unas vacaciones en Buenos Aires, donde se encontraba muy a gusto y había acumulado recuerdos para un año rotario completo. Una vez casado, o tal vez sea más correcto decir «al menos un año después de su matrimonio», su inquietud emocional había vuelto a dar señales de vida, no porque su esposa ya no le gustara, no, pero los niños, la casa, las amigas, la habían cambiado, en efecto, la habían vuelto menos disponible, más distraída. Y un hombre tiene sus necesidades, no es cuestión de sentimientos. Así que nuestro asesor fiscal había encontrado ese pequeño apartamento, en una zona muy reservada donde nadie lo conocía, por más que algunos de los vecinos con los que se cruzaba en el ascensor parecieran mirarlo con aire de reproche.

Y más tarde —quién sabe en qué mesa juega, de vez en cuando, la suerte—, visto que él ya no podía ir a la Argentina, la Argentina había venido a verlo a él, una Argentina disfrazada de Maite, una fuerza de la naturaleza; cada vez que se veían era como si el fuego le consumiera un metro de vida (¿cómo era esa historia del ovillo?).

Nuestro asesor fiscal y Maite celebraban su congreso carnal todas las semanas, a primera hora de la tarde, sin perderse jamás una cita. Maite tomaba la píldora anticonceptiva desde que era una cría, y menstruaba —poco y solo durante dos días— siempre los domingos, para no tener problemas los jueves.

Sus citas no duraban nunca más de tres horas —no podían durar más, la oficina,

ya se sabe, la familia...— y concluían con una especie de rito, él que le regalaba algo, pequeños objetos de oro, cosas así. Dinero, nunca, Maite no era una prostituta. En raras ocasiones podía ocurrir que ella le pidiese algún préstamo, pequeños adelantos para pagar sus plazos del coche, o una multa que le habían puesto por exceso de velocidad, justo cuando iba a su encuentro. Pequeñas sumas que ella olvidaba devolver de manera sistemática, mejor así, habría resultado embarazoso. Desde hacía tiempo, además, él había empezado a darle a entender la posibilidad de colocarla en un pequeño apartamento todo para ella, con todos los gastos a su cargo como es natural, lo más parecido al matrimonio que podía proponer un hombre ya felizmente casado. Maite lo había creído, y se había vuelto, si era posible, aún más generosa de sí misma, convencida de estar ya muy cerca de colocarse para siempre. En pocas palabras, el asesor fiscal se sentía —y tal vez lo fuera— un hombre afortunado.

Todos tenemos alguna pesadumbre personal, algo a lo que tememos de forma irracional: unos a que les parta un rayo, otros a volar, los de más allá a su primera esposa. El asesor tenía miedo a las enfermedades, lo que se dice un miedo tremendo. Cuando sus hijos se ponían malos, de las enfermedades exantemáticas habituales, él, durante el tiempo que fuera necesario y acaso una semana de más por pura precaución, se iba a dormir a casa de su madre. Esta vez, por desgracia, sus patológicas obsesiones le estropearon completamente la cita: Maite, justo en el punto en el que el glúteo se une al muslo, en una extensión lo suficientemente amplia como para no poder ser abarcada por una mano, tenía un zona de enrojecimiento cubierta por ampollitas blancas.

—¿Te duele? —preguntó el asesor, procurando disimular el asco y el miedo en la voz.

—Pues claro que me duele, y además parece como si lo hicieras a propósito, me lo restriegas siempre con la mano; ten cuidado.

Maite no parecía demasiado preocupada (menuda inconsciente). «Me lo restriegas siempre con la mano», le había dicho. ¿Con qué mano? El asesor se levantó con rapidez de la cama, ya había perdido la erección y el condón se le cayó solo.

—Hoy no me siento bien yo tampoco —dijo en voz realmente preocupada—. Es mejor que lo dejemos para otro día.

A esas alturas ya se había metido en el baño y estaba desinfectándose las manos con colonia; el armario estaba lleno de medicamentos, pero no había ni rastro de alcohol: una eventualidad tan dramática nunca se le había pasado por la cabeza. Ahora, pensó con el corazón lleno de oscuros presentimientos, solo le quedaba esperar, pasivamente, que su destino se cumpliera. Quién sabe en cuántos sitios se habría tocado con esa mano, estaba convencido de que no tardaría en convertirse en una pústula andante. Había que tomar medidas, drásticas e inmediatas.

—Lo mejor será que nos vea un médico a los dos. Yo acudiré al mío para confirmar si este dolor de cabeza es una condena definitiva. Tú deberías visitar a un dermatólogo.

Volvió a la habitación donde la muchacha estaba haciendo una serie de peligrosas contorsiones para poder enmarcar la parte enferma en un diminuto espejo: ahora se la veía preocupada a ella también.

—He conocido a un médico en el Círculo, un especialista. Un personaje simpático. Voy a llamarlo y pedirte una cita. Le diré que eres clienta mía.

Habló con su secretaria, consiguió una cita para Maite, pidió información sobre los honorarios. «Mañana a las seis. Te apunto aquí la dirección y te meto la nota en el bolso. Te dejo también el dinero para pagarle. Y un poco más, nunca se sabe; si tiene secretaria, dale algo. Explícale que estás comprometida, que te cuente si hay algún riesgo... Vamos, que te lo explique todo bien. ¡Mierda, anda que no es caro!».

Después de lo cual, evitando cuidadosamente tocarla incluso con un solo dedo, volvió a vestirse para ir a la oficina.

Estoy acompañando al lector en un paseo por la pequeña ciudad de Romaña, dejándome guiar principalmente por la casualidad, con la intención —o acaso tan solo con la esperanza— de darle una idea del ambiente, de dejarle apreciar la atmósfera, de provocar su curiosidad. Pues bien, esta vez el azar pone ante nosotros una ocasión de lo más golosa; ya hemos oído a nuestro asesor aludir a una cita con un médico especialista en Dermatología, hemos oído mencionar también el lugar en el que los dos se han conocido, «el Círculo», lo ha llamado. Pero no es el encuentro entre esos dos representantes de profesiones liberales, ni mucho menos el lugar en el que se conocieron, lo que representa un momento de auténtico interés para nuestro viaje por la ciudad, sino la circunstancia, el motivo que los indujo a estar presentes, ambos, al mismo tiempo, en un lugar que ambos desdeñaban de manera habitual. Supondría un craso error evitar hablar de ello.

En todas las ciudades de Romaña hay numerosos Círculos, algunos de los cuales fueron fundados incluso antes de la unificación de Italia, supervivientes a muchas intemperies y a grandes cambios. Los Círculos tienen parroquianos muy variados, hay Círculos para las familias nobles (pocos), los hay de especialidades profesionales, comerciantes, periodistas, y muchos otros Círculos. La mayor parte de los Círculos acarrea la indicación de su referencia específica, el Círculo de aquí, el Círculo de allá; «el Círculo» por antonomasia, en cambio, es aquel frecuentado por las personas que cuentan, la burguesía más rica e influyente, esos poderes que nunca envejecen y nunca se dan por vencidos. En los Círculos la gente juega, se reúne, celebra cenas, a veces incluso baila. En alguna rara ocasión sirven de marco a un acto cultural, aún más raramente acogen a ilustres personajes, auténticos faros que iluminan de forma alternativa las conciencias o los bolsillos de los ciudadanos, y en esos casos el Círculo se supera a sí mismo, todos los miembros se citan allí, para beber en las

fuentes de la verdad y rendirles homenaje. En una circunstancia así, es decir, cuando nuestros dos profesionales de talento se conocieron, el Círculo había apuntado muy alto, invitando al propio obispo de la ciudad para dar una conferencia sobre el «Significado de la familia en la ética católica». El alto prelado, hombre de edad bastante avanzada, nuevo en la ciudad, más tendente por vocación a la teología que a la política, había aceptado sin vacilar. No creo que pueda considerarse ofensivo para él ni para la Iglesia afirmar que se sentía muy feliz por aquella oportunidad para conversar acerca de un asunto «alto y noble» con personas ciertamente cultas y que esperaba un consenso general por parte del clero y de los fieles. No fue así.

Nada más publicarse la noticia del encuentro en un periódico local, el secretario del obispo le anunció la visita del padre Pierino, un anciano párroco, que tenía urgente necesidad de hablar con él.

—¿Quién es? —preguntó el obispo al secretario, que era del lugar y sabía muchas cosas de muchas personas.

—Es un problema —dijo el secretario en voz muy baja—. Es el párroco de Santa María de los Siete Dolores, la parroquia más grande de la ciudad. Sus feligreses lo consideran un santo, pero muchos lo odian y muchos lo temen. De carácter pésimo. Muy piadoso. Dice siempre el rosario, como los sacerdotes de las comedias de Diego Fabbri^[8]. En cualquier caso, esa historia de que es un santo, con la credulidad popular que reina por ahí fuera, empieza a suponer un problema.

—Pero usted. —El obispo empezaba a estar impresionado—. Usted, que es hombre de sentido común, usted, digo, ¿qué opina al respecto?

—Que es un santo —dijo con cierta brusquedad el secretario, quien apretó a continuación el timbre que alertaba al ujier para que dejara pasar al visitante.

El padre Pierino no tenía desde luego el aspecto de un Savonarola: era un hombrecillo flaco, con un hábito descosido, una nariz grande y un polvoriento aspecto de conjunto. Tenía sin embargo una voz poderosa que, a pesar de su acento robustamente romañol y la carencia de todo tono hierático, no dejaba de causar cierta impresión, dando a entender de inmediato que tras aquel hombrecillo se celaba, y no muy disimuladamente, un fuerte carácter.

Fue directo al grano:

—He leído que iré a hablar sobre la familia y la fe al Círculo. ¿Es así?

—No veo... —comenzó el obispo.

—Pues ahora lo va a ver —lo interrumpió el padre Pierino. Y estuvo hablando casi una hora entera, sin chismes, sin secretos conocidos en el confesionario, de nombres y apellidos, hechos, informes, incestos, adulterios. Cuando el padre Pierino se marchó, el obispo estaba muy pálido y ya no tan convencido de querer ir a dar su conferencia al Círculo.

En cambio, acabó yendo. Ofreció poquísima cuerda a las formalidades; nada de aperitivos, él no bebía; no quiso que le presentaran a nadie, tan solo su secretario diría dos palabras. Después habló, y (¿a ver si van a existir de verdad los milagros?) su voz

era muy, pero que muy parecida a la del padre Pierino, hasta el extremo de parecer el mismo. Planteó con garbo sus razones, expuso con firmeza lo que había de hacerse y lo que no había de hacerse, siempre con la cabeza alta, mirando a la gente a los ojos. Y al final, para evitar malentendidos, puso un ejemplo de esos con los que no caben malas interpretaciones:

—Ustedes saben —dijo— que con la aparición del hombre, Darwin o no Darwin, nos hallamos frente a una diferencia de orden ontológico, diría incluso que ante un salto ontológico. Entre los seres humanos y los animales hay una diferencia radical, que es no solo de grado, sino también de naturaleza: el hombre no es un animal superior, mucho más sencillamente, no es un animal, porque es el centro y el fin de toda la creación. —Hizo una pausa durante unos segundos, sin dejar de mirarlos con aire desafiante—. Procuren entender lo que he dicho, al menos en lo que tiene que ver con sus propias vidas, con su comportamiento, con su forma de interpretar la vida familiar. Verán, estimados señores: el hombre se construye una familia con el matrimonio, que es un sacramento. Los animales se aparean. A ustedes la elección.

Incluso el secretario se había puesto pálido, los aplausos fueron tibios y apagados. Entre los que aplaudieron más se hallaban nuestros dos buenos profesionales, que no habían prestado al discurso del obispo la menor atención, absortos por completo en otros intereses: habían estado charlando en voz baja, fundamentalmente de mujeres, durante toda la conferencia y al final se intercambiaron sus tarjetas de visita. Por qué habían acudido ambos a una conferencia que no les interesa lo más mínimo nadie lo sabe: por lo demás, hay quien piensa que otra cosa no somos más que marionetas y que nuestros hilos están en manos del azar. Algunas de las personas que han tenido conocimiento de estos hechos siguen convencidos de que ese encuentro fue del todo casual, otros —en verdad, una minoría— están convencidos de que no falta, por debajo, alguna diablura, acaso el título de la conferencia había despertado en ellos cierta absurda sensación de miedo, nunca lo sabremos porque los dos profesionales del pecado no lo admitirán jamás. Sea cual sea la opinión del lector, no tendrá más remedio que aceptar el hecho de que, debido a esa serie de circunstancias casuales, al día siguiente, al final de la tarde, como consecuencia directa de un acto aparentemente volitivo, Maite acudió a su cita con el profesor Reggiani.

Ahora que estaba un poco mejor, había comenzado Proverbio a analizar los largos días de su enfermedad, una suerte de lenta agonía, con un final feliz. Cuando se sentía tan mal y tenía la impresión de que la muerte ya había entrado en su habitación y estaba jugando con él, entreteniéndose en retrasar el momento de su gélido abrazo, afloraron de entre sus recuerdos más antiguos todas las historias que su madre le había contado sobre los moribundos e incluso se había preguntado —pero son bromas que te gasta la fiebre— si en alguna de esas historias no podría haber algo de verdad. Durante la agonía de su abuelo, después de una enfermedad que no parecía tener fin,

su madre estaba convencida de que la muerte se demoraba en llegar y lo dejaba bajo la custodia del sufrimiento porque él había «quitado un mojón», había retirado una señal del límite de la finca del amo y ese era su castigo por su falta. Ni siquiera los santos óleos sirvieron para poner fin a los sufrimientos del abuelo y su familia. A escondidas del sacerdote, había colocado un ladrillo debajo de la cama del viejo y había quitado una teja del tejado; el abuelo murió esa misma noche y las mujeres de la casa vieron confirmada su antigua creencia de que Dios existe, y es misericordioso, pero no es el único que manda.

Al igual que muchos habitantes de Romaña, Proverbio era supersticioso, pero se avergonzaba de serlo y lo hubiera negado ante cualquiera. No lo era tanto como para imaginarse que le había faltado a la muerte o al amo —entre otras cosas, nunca había tenido en realidad un amo—, pero algunas cuestiones lo intrigaban sobremanera y las mantenía en el limbo de lo no juzgado, donde su cabeza nunca hacía acto de presencia. Por ejemplo, el hecho de que Primo hubiera pasado tanto tiempo al lado de su cama, sosteniendo su mano, como dos viejos pederastas —aunque también dos viejos pederastas pueden quererse mucho—, sobre todo en los peores momentos de su enfermedad le hizo imaginar que a través de ese contacto una parte de la salud y una parte de las fuerzas de Primo habían pasado a su cuerpo, y que Primo estaba encantado de habérselas cedido. ¿Fantasías? Tal vez, pero había tantas historias, relatos, personas que habían visto... Todo el mundo sabía, por ejemplo, que si un viejo —pero sobre todo una vieja— se mete en la cama a un niño para que duerma con él, durante una noche entera, le chupa la energía, y que al despertarse el viejo había adquirido salud y el niño estaba más débil y más pálido. Su abuela estaba convencida de que uno de los hijos pequeños de sus vecinos había muerto así y que por esa razón su bisabuela había vivido casi hasta los noventa años, y el sacerdote no le había querido administrar los santos óleos cuando por fin se decidió a irse. Cuánto había de verdad en esas historias era muy difícil de decir, pero todas falsas no, eso no podía ser. Y, en cualquier caso, Proverbio sentía que su amistad con Primo se había reforzado aún más, tal vez hubiera llegado el momento de pasarle las alforjas, como hacían los padres con los hijos cuando sentían que habían llegado al final del viaje, antes de recitarles la patraña de la investidura: «He aquí, hijo mío, que te hago regidor de la casa, sé digno de este honor. Cuando vayas a la ciudad, si en las alforjas queda espacio para algo para mí, me alegraré, y si no...». Me alegraré, *ai avrò cheara...* Pero él ya se alegraba, en las alforjas siempre habría algo para él.

Sea como fuere, todos estos pensamientos acerca de la muerte no le habían arrebatado el buen humor a Proverbio, convencido ahora de haber salido airoso una vez más, y Primo lo encontró alegre y charlatán: ahora, además, no había quien lo parara, el viejo había empezado a darle clases de dialecto y no parecía tener la menor intención de guardar silencio.

—En los últimos días, lo que me apetecía hacer era sobre todo *acapanêm* y *apalughêm*, ahora me siento *arcarvê*. Traduce.

—*Acapanêss* quiere decir recoger las alas y *apalughêss* adormecerse, se dice en referencia a los viejos y a los enfermos. *Arcarvê* no lo entiendo, siempre lo he asociado a la imposición del nombre de un hombre muerto a un niño (¿qué tiene que ver eso aquí?).

—Claro que tiene que ver, quiere decir resucitar, que es lo que le ocurre a un difunto si le da su nombre a un niño, pobrecillo.

La enfermera se asomó a echar un vistazo, había oído las risas. Puso una sonrisa tonta y volvió a marcharse.

—Juicio en el mundo solo hay una onza, y la mitad la tienen las ocas. —Fue el juicio, muy crítico, de Proverbio—. Pero, como propagadora de chismorreos es insuperable, basta con fingir que uno está dormido y ella susurra en tono tan alto que la oigo hasta yo. ¿Sabías que la viuda del pobre notario Ricci Ribaldi tiene un amante?

Primo no lo sabía y, a decir verdad, no es que le importara gran cosa. Pero, dado que Proverbio era a su vez una fuente seria de información, hizo un intento.

—¿Qué sabes de un cierto profesor Reggiani? ¿Lo conoces? ¿Qué se dice de él? ¿Es bueno?

—Beltramelli lo conoce, su hija trabaja de enfermera con él. Ellos estaban acostumbrados a vivir mejor, Forlivesi era una bala de mosquete. Qué extraño, la misma carrera, el mismo papel, el mismo oficio, y en cambio de dos hombres tan diferentes.

—¿Eso es todo?

—No, no es todo, pero el resto son chismorreos. Se dice que es más ignorante que una rama de abeto, que ni siquiera sabe hablar italiano, y que como médico es un vaciacamas, un incompetente. Y además se dice que de vez en cuando merodea en torno a las chicas, molesta a sus pacientes, algunas se han quejado.

—¿Y son solo rumores?

—Ya sabes lo que se dice, *s'u n'è lov l'è la su pedga*: si no es el lobo, es su huella. Sucede a menudo que tras los chismorreos hay algo de verdad.

Había llegado la cena, poco más de un caldito que Proverbio recibió con un triste: «Si quieres llevar una vida sana, agua, enemas y jersey de lana». Primo estaba ahora mucho más tranquilo, así que pensó que era el momento de hacer frente a una conversación que tenía pendiente con Forlivesi y lo llamó por teléfono.

—¿Es cierto —le preguntó— que su antiguo alumno es un ignorante?

—Igual que muchos otros. Nuestras relaciones acabaron por estropearse el año pasado, yo era presidente de una sesión de un congreso en la que él participaba. Cuando dijo, después de una serie de meteduras de pata, «Desafortunadamente, me he quedado poco tiempo para terminar», perdí la paciencia y le dije que usara ese poco tiempo para releerse la gramática italiana. Por supuesto, como ya sabrá usted, me acusan de tener mal carácter.

—¿Y por qué razón me dijo que le consultara a Veronica?

—¿No ha hablado aún con ella?

—No, todavía no; lo haré inmediatamente después de hablar con usted.

—Entonces pregúntele por el sistema de vigilancia que tenían organizado en esa clínica. Era para una investigación, un estudio de los psicólogos que atañía al lenguaje no verbal de los médicos, a la mímica, ya sabe usted. Dicen «este colega mío es muy bueno» y al mismo tiempo ponen una mueca de asco. No estoy seguro, pero estaba prevista una segunda fase, es posible que el sistema siga todavía allí, aunque es probable que no esté activo.

Primo le dio las gracias calurosamente, le parecía ver algo de luz. Llamó a Veronica Schiassi, le preguntó si tenía tiempo para hablar con él; se acercó a verla.

—Escucha, Forlivesi me ha dicho...

—Forlivesi se está haciendo el sueco: quién sabe, tal vez, es posible... Y una noche, me llamó por teléfono antes de hablar contigo y sabe a la perfección que el sistema de grabación sigue todavía allí.

—O sea que...

—Se puede activar, mañana, si quieres. Pero tenemos que ponernos de acuerdo en una cosa. Si grabamos algún abuso, antes que nada hablamos con la mujer que ha sido víctima de él, y solo si ella da su consentimiento lo usamos.

—Correcto.

—Correcto.

—¿Cuándo tiene Reggiani sus próximas visitas?

—En esta época viene casi todos los días, incluso aunque tenga una sola paciente, no desdeña ni un céntimo. Pero si el aparato funciona, puede reactivarse en un santiamén.

—Estupendo.

—Estupendo.

Los destinos están empezando a entrecruzarse, la causalidad funcionaba a pleno rendimiento.

El profesor Forlivesi no estaba tan alejado del mundo ni tan desatento a las cosas de la vida como la gente pensaba y como a veces él mismo fingía: por ejemplo, en relación con su antiguo alumno Reggiani nutría un resentimiento real, un rencor que había surgido tan pronto como se dio cuenta de lo perversa y venenosa que era la serpiente que durante muchos años había criado en su seno. Lo que más lo disgustaba de su antiguo alumno era difícil de entender, acaso el hecho de que lo había descubierto confabulando con sus peores enemigos, acaso su desinterés hacia él, que había arrancado inmediatamente después de su pérdida de poder académico. El caso es que, a Forlivesi, de vez en cuando, le gusta imaginarse una serie de maneras a través de las que podría haber obtenido su venganza, nunca una sola, sino muchas, siempre con la esperanza de poder aplicarlas todas, por más que las probabilidades de

poder utilizar en la realidad aunque no fuera más que una eran realmente mínimas.

El viejo profesor Forlivesi era viudo, no tenía hijos y sus escasos parientes vivían en Nápoles, la ciudad de la que, a pesar de ese apellido que olía a Romaña, había venido su familia. Uno de sus antepasados se había venido a vivir a una ciudad cercana a principios del siglo que acababa de terminar, se había casado, había vivido una vida plena y feliz, pero no había tenido hijos: de este modo, antes de volverse demasiado viejo, había adoptado a uno sacándolo de un orfanato, un niño que había resultado ser el abuelo de nuestro dermatólogo. De esta forma, Forlivesi tenía un apellido romañol, una familia napolitana y cromosomas de nuevo romañol; era susceptible y vengativo, distraído y desinteresado, simpático solo con las personas que le gustaban, odioso con las demás. Ahora le había caído simpático Primo y estaba tratando de matar dos pájaros de un tiro.

—Así pues —insistió el subcomisario, alguien lo había interrumpido para preguntarle si quería una silla—, como iba diciendo, esta es una reunión informal, y si están ustedes aquí para responder a mis preguntas es porque son ciudadanos responsables y de buena voluntad y no porque estén obligados a hacerlo. ¿Queda claro?

—Queda claro. —Fue una única voz la que respondió, un auténtico coro.

El subcomisario volvió a repetir la perorata que había recitada por la mañana, quién había visto por última vez al notario, si alguien había subido por casualidad al piso de arriba...

—Yo —dijo la señora Egle—, yo, como tengo por costumbre, subí inmediatamente después de él. A decir verdad, por la mañana subí más de una vez, por indicación del notario, para recoger documentos, papeles.

—Lo que me interesa —continuó el subcomisario— es la última vez, la de alrededor de la una. ¿Se encontró con alguien? ¿Vio al notario? ¿Hay algo que quiera decirme?

—No vi al notario, ya había entrado en su habitación y allí, como de costumbre, yo no entraba nunca. Vi a Palmira, en el comedor. Pero ella siempre está ahí a esas horas, por lo de la inyección. Vi a Zaira, pero solo por un momento.

—¿Palmira estaba sola, entonces?

—Sola, durante el breve lapso que permanecí yo allí.

—¿Se dijeron algo?

—Nos saludamos.

—¿Alguien más quiere añadir algo?

Hubo un largo silencio.

—Vayamos al resto de la mañana, a lo que hizo el notario en el despacho. ¿Hay un registro, qué sé yo, de sus llamadas telefónicas? ¿Dónde está el correo de hoy? ¿Ha pasado algo especial, algo que pueda haberlo afectado?

Nadie dijo nada. La señora Egle se acercó al subcomisario y le entregó una especie de libracó, al que todos llamaban «el registro».

—Aquí encontrará, me imagino, al menos parte de las cosas que busca.

Ya sabemos lo que estaba escrito en el libro de registro. Una serie de llamadas telefónicas (al subcomisario, al prefecto, al obispo, varias veces al hospital, a distintos clientes del despacho); una lista de cartas recibidas (del hospital, más de una carta; de diversos clientes).

—¿Alguien sabe por qué el abogado tenía contactos tan frecuentes con el hospital? —dijo el comisionado.

Nadie contestó nada.

—¿Dónde diablos están las cartas que se han recibido hoy? —El subcomisario

empezaba a hartarse.

Le señalaron un cestito metálico, sobre la mesa del notario. Había cartas de clientes, correo ordinario, ninguna carta del hospital.

—¿Y dónde diablos...?

Pero la señora Egle ya se había acercado a él, con aspecto muy decidido. Llevaba un fajo de papeles en la mano.

—Las cartas están aquí, preferí entregárselas directamente a él, es un asunto delicado.

El subcomisario gruñó, recogió las cartas, que ya habían sido registradas y numeradas en orden correlativo. Las dejó sobre la mesa y examinó las dos primeras, es decir, las marcadas con los números uno y dos. La primera carta era en realidad un examen de laboratorio efectuado al señor Annibale Ricci Ribaldi: un mapa cromosómico sobre una muestra de sangre realizado alrededor de un mes antes. Solo aparecían escritos el resultado (47-XXY) y un diagnóstico (síndrome de Klinefelter). La segunda carta, también del hospital, venía de la dirección sanitaria. El hospital protestaba por su solicitud para obtener una copia de dos historias clínicas, petición atendida con diligencia hacía ya más de dos meses. No habiendo recibido acuse de recibo de la recepción del documento, la dirección sanitaria había enviado una carta solicitando las oportunas aclaraciones a la titular de las dos historias clínicas, la señora Maria Teresa Ricci Ribaldi, y había recibido una respuesta indignada, en la que la señora, la única a la que correspondía el derecho de solicitar copias de sus viejas historias clínicas, declaraba no estar al corriente de que una solicitud semejante hubiera sido presentada por su marido. Ahora bien...

El subcomisario tuvo que interrumpir su lectura, uno de los agentes le tiraba del brazo y le señalaba a un recién llegado, un hombre alto y elegante que había entrado en silencio y ahora le estaba sonriendo, con una sonrisa maliciosa y burlona que no gustó en absoluto al subcomisario.

—¿Se acuerda de mí? —dijo el caballero alto, moreno y sonriente—. Pues debería, soy el abogado Rossi, Vanni Rossi, ya nos conocemos. Represento a doña Maria Teresa y a sus hijos. En realidad, estamos todos bastante desconcertados por su presencia aquí en un día de luto como hoy. No ha dejado usted de someter a interrogatorio, haciendo preguntas capciosas, aludiendo a hechos absolutamente privados, a cuestiones personales. Conociendo su habitual cautela, debo decir que estoy sorprendido. Espero no ofenderlo si le pregunto con qué derecho está haciendo todo esto.

El subcomisario susurró algo a uno de los agentes, quien a su vez le susurró algo al abogado, después de lo cual el subcomisario, el abogado y el agente se encaminaron por un instante en tres direcciones diferentes, se detuvieron, se miraron con aire interrogativo, hicieron un nuevo amago de tomar direcciones divergentes. El subcomisario mostró entonces su irritación, hizo un gesto brusco como diciendo síanme y los condujo a una salita lateral que en ese momento estaba completamente

desierta. Y allí tomó la palabra.

—Tiene usted razón, abogado, yo mismo me cuestiono a menudo los derechos de los investigadores y los derechos del investigado. Aunque, a decir verdad, he venido aquí de manera extraoficial, yo diría casi que como un amigo, como ya he repetido varias veces. Por el contrario, su presencia es todo menos amigable, en el sentido de que cambia necesariamente las normas que yo había establecido y estaba, de manera fatigosa, tratando de seguir: usted es abogado, y pretende, con toda razón, ser informado de los motivos, pretende obtener respuestas. Preferiría no dárselas, en realidad, siempre queda tiempo para hacer de dominio público las cosas desagradables. Como podrá suponer, me limitaré a lo esencial. El marido de su clienta, fallecido hoy en circunstancias aún no completamente esclarecidas, había telefoneado esta misma mañana a algunas personas, a mí entre ellas, declarando que su vida se hallaba en peligro, aunque sin querer aclarar el origen de la amenaza. La señora Egle, quien parece la responsable del despacho, acaba de hacerme entrega de algunos documentos que habrán de ser cuidadosamente estudiados por los peritos y que me inducen a considerar que el notario no sufría alucinaciones. Razón por la cual me dispongo a presentarme ante el juez a referir los hechos.

La sonrisa se le había borrado por completo de la cara al abogado Rossi, quien se limitó, por todo comentario, a soltar un largo suspiro.

El subcomisario estaba en ese momento sentado delante del juez, un napolitano todavía muy joven que se había trasladado a la ciudad hacía pocos meses y que aún no había entendido mucho acerca de cómo es la gente en Romaña. Nada más llegar, había tenido la sensación de poder hacer propios algunos de esos lugares comunes que describen a los romañoles como los sureños del norte, una definición con la que no quedaba claro a quién se pretendía ofender, si a los romañoles o a los napolitanos. Pasados esos primeros meses, ya no estaba tan seguro de que la definición diera en el clavo, y lo único que creía haber entendido era que, en cualquier caso, era necesario moverse con cautela, pues si había algo seguro acerca de esa gente era el hecho de que todos se mostraban igual de susceptibles y dispuestos a hacer cualquier cosa para devolver las ofensas. La consecuencia de ese razonamiento era que había que evitar las indagaciones excesivamente complejas y confusas, en especial si involucraban a personas de cierta notoriedad. Y esta que se le estaba viniendo encima parecía hecha a propósito para quedarse olvidada en un cajón.

—¿Está seguro —le preguntó el juez al subcomisario— de que es necesario abrir un expediente? Porque si después...

—Júzguelo usted mismo, júzguelo usted mismo. Estamos hablando de un hombre en excelentes condiciones de salud, tanto corporal como mentalmente. Vive en la misma casa que su esposa y sus hijos, pero está por completo separado de ellos, carecen de cualquier clase de contacto. Una mañana llama a un cierto número de personas —a cuántas, exactamente, por ahora nos es ignoto—, incluyendo al prefecto, al obispo y a mí, y les dice a todos lo mismo: mi vida corre peligro, lo sé con absoluta certeza, quiero una cita para hablar con usted. No dice más. El obispo le dijo incluso, ¡pero hijo mío, véngase enseguida! Pero él no quiso, iré a verlo mañana, podemos esperar hasta mañana.

»Más tarde, a la hora de costumbre, sin ningún signo de malestar, sube a su piso, entra como siempre en el baño, supongo que para lavarse las manos, se pone su habitual inyección de insulina, la que lleva poniéndose desde que era un niño, despide a la enfermera y casi de inmediato muere. Son las trece horas y poco. En el baño no hay restos que presenten interés, entre otras cosas porque una de las criadas, entre paréntesis la más fea y la más idiota, después del hallazgo del cuerpo lo limpia todo meticulosamente, tira el contenido del vaso en el que el notario solía beber un poco de agua, lava con cuidado el cristal, deja que se le caiga de las manos, recoge los trozos y los tira, e incluso tiene la desfachatez de no recordar dónde; afirma haber actuado bajo *shock* todo el rato. Hay por lo menos otras dos personas que en ese momento deambulan cerca del baño, la señora Egle, de quien se dice que fue en el pasado amante —o una de las amantes— del notario, y Palmira, a la que la voz del

pueblo identifica también como posible amante —o examante, eso queda por ver— de la esposa del notario, doña Maria Teresa. Esa Palmira es, además, la mujer encargada desde tiempos inmemoriales de ponerle las inyecciones al notario, quien, patológicamente temeroso de las agujas, solo consentía que se las pusiera ella. Con todo, el médico forense, con quien he tenido una larga conversación telefónica, acaba de decirme que debemos descartar una sobredosis de insulina, que hubiera necesitado mucho más tiempo para causarle la muerte. En cualquier caso, la jeringuilla ha sido lavada, hervida, embalada y confundida con otras veinte, todas en espera de su esterilización en seco de acuerdo con una práctica, mucho me temo, consolidada.

»Hasta este momento, cualquier objeción puede ser considerada válida, y la esposa del notario, ofendida por el hecho de haberme visto allí, me envía a un abogado enfurruñado para ponerme en mi sitio explicándome que estoy metiendo las narices en asuntos privados y que no tengo derecho a entrometerme. Vaya. Sí, su señoría, aquí hay unos cuantos “vayas” que nos fastidian, vayas corpulentos y voluminosos. Porque cuando bajo al despacho me encuentro con que la vieja cacatúa de la secretaria del notario —la llamo secretaria, pero qué papel interpreta, a decir verdad, todavía no lo he entendido muy bien— me ha ocultado dos documentos que habían llegado esa misma mañana y a los que el notario (¿y quién sabe quién más?) había tenido acceso. El primero es un informe de un mapa cromosómico extraído de la sangre del notario, que certifica que el notario es un hombre estéril, es decir, que no puede tener hijos, y no es estéril por haber recibido un pelotazo en determinadas partes de su cuerpo o por tener ya setenta años; es estéril porque padece una enfermedad genética, que se llama síndrome de algo con K, lo que significa que siempre ha sido estéril. Pero el notario tiene dos hijos, nacidos en el seno del matrimonio. ¿Son sus hijos fruto de una donación de esperma, realizada con su pleno consentimiento? Los primeros datos que he podido obtener, pero que han de ser confirmados, señalan que no, inseminación, en efecto, hubo, pero con el semen del legítimo cónyuge. No, no utilice esa palabra, ya me he ganado una reprimenda por parte del forense: homólogo significa entre animales de la misma especie, diga semen del marido. Y otros datos, estos clasificables como meros chismes y poco más, nos hacen imaginar que el notario probablemente no sabía nada acerca de su esterilidad, tanto es así que se le atribuyó el embarazo de una chica que al final optó por abortar, como se lo había confiado a sus amigos, sin duda alguna pocos, pero desde luego ciertamente de confianza.

»Así pues, primer asunto delicado, que hay que manejar con pinzas, con pinzas muy largas: ¿quién demonios es el padre de los dos chicos? ¿Qué saben ellos? ¿Qué les ha dicho su madre? ¿Quién más está al corriente del asunto?

»El segundo documento, para ser honestos, no es propiamente un documento, es una carta del hospital, que le escribe al notario reprochándole que haya solicitado el envío a su domicilio de una copia de los informes médicos de los dos partos de su mujer, sin haber pedido a la misma, la única detentora del derecho, permiso legal para

hacerlo y sin haberla informado. La secretaria está buscando copias de esas historias, también es posible enviar a nuestros agentes especializados a retirarlas incluso mañana mismo del hospital, pero entretanto lo que se pone de manifiesto es que, al menos como primera hipótesis, nos hallamos frente a un marido cornudo que obtiene pruebas de la infidelidad de su esposa —probablemente haciendo o solicitando un análisis de su grupo sanguíneo, del de su esposa y del de sus hijos— y que en ese momento ha buscado y obtenido la prueba de las pruebas, la que certifica su propia esterilidad genética. Ahora podemos echar cuentas del número de preguntas que esperan una respuesta: ¿quién es el padre?, o, como alternativa, ¿quiénes son los padres?, ¿quién insinuó la duda en el ánimo del notario?, notario que más tarde ¿murió de un síncope o lo ayudaron a morir?, y en este segundo caso, ¿quién?

El subcomisario había hablado de un tirón y el juez lo había escuchado con la cabeza baja, impregnado por un fuerte deseo de no estar allí. Incluso los jueces pueden sufrir breves crisis histéricas.

Proverbio, destrozado por el cansancio después de haber dado sus primeros pasos sin ningún tipo de apoyo, se estaba haciendo ya a la idea de poder quedarse tranquilamente dormido —contaba con una siestecita de una hora o así— cuando su enfermera personal lo avisó de que había un amigo suyo, un tal Anchise, que quería verlo. Quedó sorprendido porque, antes de operarse, había expresado muy claramente a sus amigos y conocidos su profunda antipatía por las visitas en el hospital, un sentimiento que, como recordará el lector, tenía raíces antiguas y bastante sólidas. A Anchise, además, no lo veía desde hacía tiempo; tras la muerte su mujer prácticamente se había encerrado en su casa, resultaba bastante raro verlo aparecer ahora, justo en el momento en el que él prefería no ver a nadie. Excepto a Primo, por supuesto.

En este instante de la historia, me veo obligado a volver al problema del carácter supersticioso de Proverbio, algo que a él, lo sé a ciencia cierta, lo molestaría muchísimo que llegara a saberse, sobre todo en los círculos que acostumbraba frecuentar, así que me gustaría dejar claro a todo el mundo que soy muy amigo de Proverbio, somos casi de la misma edad, jugamos juntos de críos, y lo último que quisiera es causarle un disgusto. Pero ha llegado el momento de explicarle al lector que no es solo que Proverbio sea supersticioso, sino que es uno de los hombres más supersticiosos que deambulan por Romaña, una región en la que siempre han abundado los hombres supersticiosos. La diferencia con los demás estriba en el hecho de que Proverbio se avergonzaba profundamente de ello y se veía obligado a hacer lo imposible para que nadie se diera cuenta. En toda su vida, solo por poner un ejemplo, nunca había dejado el sombrero sobre la cama y nunca había matado a una culebra; desde que estaba hospitalizado, repetía todas las noches la medicación de la enfermera, esforzándose al máximo por desplazar un imaginario copo de algodón desde el centro de la sutura quirúrgica hacia la periferia y lo más lejos de los bordes de su vientre, para protegerse de la enfermedad. Parte de su optimismo se debía al hecho de no haber oído nunca, por la noche, antes de quedarse dormido, una voz que lo llamara, señal de que aún no había llegado su última hora. La lista de supersticiones en las que Proverbio creía firmemente podían escribirse, con letra muy apretada, en una sábana, pero lo que más le preocupaba, por encima de cualquier otra cosa, era tropezarse con algún portador de desventuras y Anchise, el pobre Anchise, era, entre todos los portadores de desventuras, tal vez el más cualificado.

Proverbio no era hombre propenso a creer en habladurías populares cuando no había la menor prueba, pero en el caso de Anchise, por desgracia, pruebas vaya si las había, y eran de esas que no pueden ignorarse. A Anchise lo habían visto mientras hacía la *pèdga tajèda* a un agricultor que lo había acusado de no se sabe qué

malversación de fondos y con el que había tenido una sonora bronca. Ahora bien, la *pèdga tajèda*, la huella del pie cortada, no era uno de esos embrujos que pueden hacerse con la certeza de que nadie te ve: se trata de seguir a la víctima y de raspar un poco de tierra removida por sus huellas en sus cien primeros pasos, de recoger todo el mantillo en una bolsa y... Pero qué hago contándoselo al lector, cosas como estas son familiares para todo el mundo, igual que es perfectamente conocido el terrible uso que puede hacerse de la tierra de esa bolsa. La consecuencia de tales brujerías fue, todo el mundo lo sabía, que el pobre campesino enfermó de una terrible dolencia que se lo llevó a la tumba en un par de semanas, una enfermedad sin remedio, lo dijo incluso el médico cuando se enteró de que las golondrinas habían abandonado su hogar (igual que cuando se propaga el cólera, comentó el docto profesional). Y ahora, Anchise estaba justo allí, delante de él.

Proverbio se había dejado sorprender con la guardia bajada, la perra gorda con joroba (recibida en herencia de su padre) estaba, junto con las dos castañas secas, en el bolsillo de los pantalones, quién sabe dónde, encontrar un poco de hierba de la envidia por ahí, ni soñarlo; Proverbio, ateo ortodoxo pero no estúpido en absoluto, se hizo la señal de la cruz con la mano cansada, la mala, sobre el ombligo, deslizó su mano «derecha» bajo el pijama y se la puso en los genitales. Hay que ver lo pequeños que se me han quedado, pensó, me pregunto si todavía servirán de algo. La referencia, por supuesto, atañía al mal de ojo.

En realidad, Anchise no estaba allí por él, había venido porque no se atrevía a enfrentarse directamente con Primo, de manera que...

Anchise, como el lector recordará, era el abuelo del joven abogado que se había prometido con Veronica, la hija del pobre notario. Había visto a su nieto llegar a casa muy nervioso por lo que le estaba ocurriendo a la familia de su novia. Le había pedido que le contara con detalle los hechos y había asociado inmediatamente el nombre del subcomisario con el de Primo, ya se sabía que eran grandes amigos, y además estaba esa vieja historia de cuando se pusieron a jugar a Sherlock Holmes y al doctor Watson, y en aquella ocasión el papel de Watson lo interpretó Macbetto. ¿Y quién era el mejor amigo de Primo? Sin duda alguna, Proverbio, de modo que corrió hacia el hospital para decirle lo que sabía, para que él, a su vez...

Y Proverbio, que, a pesar de todo, era un hombre solícito con todos sus amigos, pero que esta vez se sentía especialmente preocupado por la idea de no mostrarse lo bastante útil ante aquel peligroso individuo, pese a ser consciente de que a Primo esa historia lo traía completamente al fresco, se dispuso a escuchar.

El buen Anchise, desde que su nieto acabó la carrera, había dejado de hablar en dialecto, para tratar de adaptarse y para que su nieto no tuviera que avergonzarse de él. Desde luego, su italiano no era gran cosa, de vez en cuando encallaba en alguna palabra, y no le consentía hacer gala de la misma *barlòca*..., cómo se dice..., ah sí, de la misma labia que cuando deambulaba por los campos para hacer su trabajo. Con todo, a pesar de alguna metedura de pata, se las apañaba.

—Por lo que yo he podido entender —le contó a Proverbio—, en la familia de la novia de mi sobrino siempre ha habido un poco de follones, de desorden, nada de extraordinario, ¿quién no tiene sus broncas en familia? En este caso las broncas se centraban en la relación entre la madre y los dos niños, y el notario, una relación inexistente. La única que tenía trato constante con el dueño de la casa es una tal Palmira, algo más que una criada y algo menos que una pariente pobre, que subía y bajaba de una vivienda a otra y estaba a cargo de las dos administraciones separadas. El notario corría con todos los gastos de alojamiento y manutención de la familia, que pagaba directamente, y además le daba a su mujer lo necesario para cubrir también los gastos de sus dos hijos, cinco mil euros al mes, diez mil por Navidad, ingresando el dinero en la cuenta bancaria de su esposa. Y ahí está el primer embrollo: cinco mil euros sin tener que preocuparse por los gastos de manutención y alojamiento y con el personal de servicio ya pagado no son pocos, deberían bastar para llevar una vida sin preocupaciones. Pues no, parece que no les bastaban en absoluto, a pesar de que todos fueran muy parcos, de modo que nunca había dinero para un vestido nuevo o para unas vacaciones sin grandes alardes, y la chica no veía la hora de contraer matrimonio y abandonar su hogar porque todas aquellas estrecheces se le habían vuelto insoportables.

Y además estaba Palmira, quien era indudable que no tenía la cabeza completamente en su sitio; su nieto la había visto hablar sola, montar escenas a doña Maria Teresa que parecían las de un amante celoso, y un momento después prodigarse en abrazos y besos y melindres, un día estaba de lo más parlanchina, otro día muy solitaria. Pero por un lado era estimada y por otro era temida por todos, sin una buena razón ni para estimarla, ni para temerla. Ahora además, la repentina muerte del notario parecía haberlo puesto patas arriba todo, incluso más de lo que era lógico suponer. En el fondo, ni la madre ni los hijos sentían afecto por aquel hombre. Y por si fuera poco, la sospecha de que no se trata de una muerte natural, y además los chismorreos de la gente acerca de que el notario había descubierto cosas poco agradables, ya se sabe cómo es la gente de aquí, ahora ya parece indudable que las mujeres se prostituían y que el hijo era un terrorista.

—A mi chico no le llega la camisa al cuerpo, no sabe cómo sacar a su novia de allí. Me pide que te diga que no cabe duda de que hay un problema de dinero que ha de ser aclarado y que alguien, en esa casa, oculta algo que haría bien en hacer de dominio público. Le gustaría hablar del asunto con Primo, pero no lo conoce.

Pues eso, lo había soltado todo, menuda sudada. Proverbio no podía hacer, a esas alturas, más que una cosa: tomó de la mesilla de noche el teléfono móvil que Primo le había impuesto y cuando oyó la voz de su amigo gritó al aparato algo así como «Tenemos que hablar». Al otro lado podían oírse las carcajadas de Primo: «No hace falta que hables tan alto aunque el teléfono sea pequeño», le contestó. Pero le aseguró que se daría toda la prisa del mundo en llegar al hospital en cuanto hubiera resuelto cierto asunto.

El asunto que Primo estaba tratando de resolver —con muchas muchas dificultades— seguía teniendo que ver con Maria y su aventura con el guarro del médico. La reunión con Forlivesi había tranquilizado a la muchacha, que ya había dejado de verse a sí misma como una leprosa, pero después la ira había vuelto poco a poco a reavivarse y ahora Maria ya no estaba tan segura de querer guardarse el secreto para sí misma. Había hablado de ello con su confesor, recibiendo a cambio un interminable bla bla bla de charloteo inútil, las palabras más empleadas habían sido perdón y caridad cristiana y al salir del confesionario su irritación era notablemente superior a la que sentía al entrar, hasta el extremo de que una vez más había pensado en cambiar de religión, valdenses y testigos de Jehová iban empatados en las apuestas.

—No se puede cambiar de religión solo porque tu sacerdote te parezca antipático, y además, iglesias protestantes no hay por aquí cerca. Piensa en las niñas, imagínate qué lío. Pensarían que la Virgen ha dejado de serlo porque el padre Lucio es odioso. Menuda historia. Si acaso, una célula de ateos... No, no, es broma, no te enfades, Dios existe. Todo lo contrario, dado que él no los toma en consideración, son los ateos los que no existen.

Conversaciones como esas las tenían Primo y Maria dos veces por semana, había que buscar una solución, cambiar de parroquia, lograr que destituyeran al padre Lucio por sus escasos conocimientos de latín... Entretanto, el problema que urgía resolver era el de una posible denuncia a los carabineros: el día tal y cual, a la hora tal y cual, un conocido y prestigioso profesor universitario, cuyo nombre me gustaría omitir, se encarnizó con el cuerpo de mi esposa Maria a través de una serie de actos obscenos, la naturaleza exacta de los cuales, sin embargo, no estoy en condiciones de explicitar en cuanto mi antedicha esposa no quiere hablar del asunto. Un éxito garantizado.

Maria, por su parte, era una mujer de alma sencilla que desconfiaba de la justicia de los hombres —y en particular de la de los italianos— al tiempo que experimentaba una fuerte propensión al desquite personal, ese que las personas que nunca han sufrido agravios llaman con desprecio «venganza». Aquel hombre terrible y vulgar le había hecho cosas horribles, no veía cómo era posible negar el hecho, se las había hecho a ella y ella no tenía por costumbre mentir. Entrar en detalles no solo era innecesario, sino también repugnante, y en todo caso era asunto suyo. Sea como fuere, aquel hombre se merecía un castigo y un castigo ejemplar, no entendía por qué había que andarse con tantas discusiones.

Primo comprendió que o la trampa de las grabaciones funcionaba, o se vería metido en serios problemas. La trampa, siempre admitiendo que funcionara, debía saltar esa misma tarde. Primo enumeró en su interior todas las posibles causas de fracaso: solo pacientes hombres, solo pacientes feas, una fuerte caída del deseo, por cansancio o por mal humor. Lo cierto era que estaba en las manos de la casualidad. De modo que se encaminó, resignado, a ver qué demonios quería Proverbio de él,

admitiendo que quisiera efectivamente algo y no lo hubiera llamado solo para darle clases de romañol antiguo.

Por segunda vez me veo obligado a introducir en el relato a un personaje que debería desaparecer del mismo con rapidez, solo unas cuantas horas de vida, como Violetta en el último acto de *La Traviata*. Este personaje, al igual que el del notario, tiene a sus espaldas una existencia relativamente larga, no exactamente inmaculada. No estoy diciendo que las personas que tengan un pasado no del todo limpio hayan de considerarse en constante expectativa de castigo, o merecer, en todo caso, que el destino —o algo más concreto— ponga fin a sus días; personalmente no siento, en el fondo, una especial antipatía hacia los pecadores y, en todo caso, siempre hay barruntos de amnistía por ahí (se dice, por ejemplo, que el infierno está a punto de ser declarado anticonstitucional). Por otra parte, la aplicación de reglas rígidas, orientadas a castigar por sistema a aquellos que cometan alguna fechoría, aunque no sea demasiado grave, que ofenda a la ética además de a la ley, implicaría la adscripción obligatoria de todos los cuarentones a algún centro penitenciario, porque ¿cuántos de nosotros, a los cuarenta años, no somos reos de alguna fechoría? Que si una mentira, que si un par de recomendaciones, que si un pequeño chanchullo... Se trata sin duda alguna de una elección adecuada en teoría, pero irrealizable en la práctica. ¿Dónde están, aunque fuera limitando la reclusión a un par de meses, las cárceles que puedan contenernos a todos? ¿Cómo podría confinarse a millones de personas bajo arresto domiciliario sin obstruir las comunidades vecinales? Lo mejor es dejarlo correr.

La persona en cuestión era una mujer, de unos sesenta años, cuyo aspecto desconocía cualquier clase de belleza, de gracia y de elegancia. Su nombre era Rosa Stepponi, vivía sola en una pequeña casita con un minúsculo jardín, rodeado por campos ordenadamente cultivados, justo saliendo de las afueras de la ciudad, donde comenzaron a prevalecer las fincas de aparcería. Doña Rosa vivía en una especie de casa de muñecas, que ella llamaba su bombonera, tenía pocos amigos y cierto número de vicios, todos por lo general cultivados de manera sistemática. Doña Rosa recordaba a regañadientes su infancia, una madre que trabajaba como criada, un padre casi siempre borracho, que oscilaba irregularmente entre gestos afectuosos y tremendos golpes, infligidos sin razón a todos sus familiares.

En la historia de doña Rosa había también una tragedia, un drama vivido por sus abuelos paternos en tiempos muy lejanos, más o menos a principios del siglo pasado. En aquellos tiempos, sus abuelos eran agricultores y trabajaron como aparceros en las propiedades de un terrateniente, un hombre muy rico y muy prepotente que tendía a tomarse —también entonces era posible— la justicia por su mano. Aquel sujeto se había enamorado —por así decirlo— de la abuela de doña Rosa y había decidido darse un capricho y, cuando decidía algo, se requerían muchos pero que muchos

bueyes para disuadirlo y hacerle cambiar de idea; la fuerza de atracción de un cabello de mujer solía ser por lo general mayor. Para abreviar, convocó en sus oficinas de la ciudad al marido, una falsa llamada cuya única finalidad era quitárselo de en medio; fue a la casa de la mujer, que estaba sola con el niño, entonces apenas un niño. La violó. Le dio una fuerte suma de dinero para acallarla. Pero la mujer no permaneció callada: a su regreso, su marido se la encontró llorando y desesperada, y los dos, que se amaban mucho, lloraron largo rato uno en los brazos del otro. Fueron juntos a la casa del amo y gritaron su nombre hasta que tuvo que bajar a la fuerza, acompañado por un par de empleados que había llamado para que lo defendieran. Pero no era él el que estaba en peligro. Cuando los dos desventurados se lo vieron delante, representaron hasta el final su tragedia: primero el marido, con una hoz muy afilada, le cortó la garganta a su mujer, que murió en escasos instantes; luego con la misma hoz se desgarró el vientre y se abrió los intestinos que se desparramaban, mezclando gritos de dolor y delirantes maldiciones contra el hombre que permanecía allí de pie, inmóvil y pálido, contemplando aquella terrible escena. Nadie movió un dedo para detenerlos, nadie acudió a su rescate, los dos cuerpos se los llevaron mucho más tarde, después de que hubiera llegado la «fuerza pública» para realizar sus comprobaciones. El «amo», según lo que se cuenta, quedó muy trastornado por las maldiciones que habían caído sobre él y que lo habían asustado sobremanera: se dice que desde aquel día vivió en completo retiro, sin salir de casa nunca, hasta su muerte por alcoholismo que lo sorprendió cuando todavía era muy joven. El hijo de la pareja, el padre de doña Rosa, se crio en un orfanato y se volvió un hombre inestable, violento, oprimido por numerosas pesadillas. La historia de aquella tragedia terminó expuesta en los carteles de los cuentacuentos, contó con sus buenas «cantatas» y se convirtió durante cierto tiempo en el símbolo del amor y la dignidad pisoteada, de la rebelión ante las injusticias, cosas así.

A doña Rosa no le gustaba recrear en su cabeza las muchas humillaciones recibidas, volver a los días en los que padecía hambre, a las cosas que tuvo que hacer para ganarse el derecho a unos cuantos años de estudio. Más tarde consiguió sacarse un diploma de matrona, fue contratada en el hospital, y también de aquellos días recordaba en particular las cosas negativas, muchos hombres, médicos groseros, arrogantes, especialmente con ella, que nunca destacó por su hermosura. Al final se le presentó su oportunidad, y fue tan sagaz como para no dejarla escapar. Después todo cambió, pudo permitirse muchas de las cosas que formaban parte, eso había pensado siempre ella, de los sueños prohibidos. Se compró aquella casa y la había amueblado como un salón de bodas, muebles modernos, tapicerías de color rosa, con todas las cosas que a ella le gustaban más, y a tomar viento el buen gusto: las únicas cosas de buen gusto son aquellas de las que disfrutamos. Los vicios de Rosa no eran, a decir verdad, tan horribles en el fondo. Le gustaban los dulces y no escatimaba su

ingestión, sabiendo que tarde o temprano se volvería diabética, la enfermedad de la familia. Le gustaban los objetos preciosos, especialmente el oro, y compraba sobre todo bisutería, que guardaba bien protegida en la caja fuerte y que sacaba cada mes para relimpiarla y palparla con sus manos regordetas, experimentando un placer muy próximo a lo sexual. No más de dos veces a la semana se concedía un poco de cocaína, tenía un proveedor de confianza, pero sabía contenerse; el coste era alto, el peligro real. Durante algún tiempo se pagó también un poco de sexo, pero desde hacía algunos años había prescindido de ello sin añoranza alguna. Era de férreas costumbres, que las pocas personas que la conocían debían recordar siempre. Entre las cuatro y las cinco de la tarde tomaba un baño muy caliente, con sales de baño perfumadas, algo de música, un cigarrillo. Durante esa hora no le abriría la puerta ni siquiera al Todopoderoso. A las cinco y media, una fabuloso té con galletas de mantequilla y bombones de avellana. Una vida como esa, sin tener que trabajar, sin preocupaciones, era un auténtico gustazo. Y todo ello solo por haber sido capaz de aprovechar una oportunidad.

Hacía poco que habían dado las cuatro de la tarde, Rosa estaba disfrutando de toda la calidez de su enorme bañera, el olor de las sales de baño perfumadas le parecía del todo irresistible, la música, ah, aquello no tenía precio... De pronto tuvo la sensación de que alguien estaba trajinando en la puerta de fuera, silenció la música, se puso a escuchar. Alguien había entrado en la casa, era verdad, lo oyó moverse en el salón, hasta había encendido el televisor. Se preguntó cómo diablos habría conseguido entrar, solo unas pocas personas sabían dónde guardaba la llave de la puerta durante el día, en la maceta... La puerta del baño no estaba cerrada con llave, por supuesto, ¿para qué? Se abrió lentamente, hasta quedar de par en par; el desconocido por fin había entrado.

Rosa dejó escapar un suspiro de alivio.

—Ya sabes que a estas horas no recibo visitas, pero contigo haré una excepción con mucho gusto. Después de tantos meses..., me alegro de verte...

Con todo aquello, el calor del agua, el alcohol, el bendito polvo blanco, se sentía entumecida, le costaba razonar. Y, sin embargo, notaba que había algo que no iba bien.

Maite no llevaba sentada en la pequeña sala de espera más de diez minutos. Delante de ella había una sola persona, que ya había entrado para revisar algunas pruebas con el profesor, le había dicho que era cuestión de pocos minutos y, en efecto, ya estaba en la puerta, a punto de marcharse e intercambiaba las últimas palabras con el médico.

—Hoy, en realidad, no visita —había añadido la otra paciente—, sé a ciencia cierta que debe regresar a la universidad a toda prisa; esta noche debe dar una conferencia. En la práctica, usted es la primera y la última por hoy.

Ahora le tocaba a ella, el profesor se había quedado en la puerta del estudio y le sonreía, un hombre más bien alto, de unos cincuenta años de edad, con un extraño mechón de pelo. Una sonrisa algo falsa, estereotipada. Maite tenía cierta familiaridad con los hombres, los pillaba al vuelo; aquel doctor le estaba mirando las tetas.

Se sentaron, él a un lado de su escritorio, ella en el otro. El médico empezó a hacerle preguntas, de qué se trataba, cuándo había empezado, qué molestias tenía, era la primera vez, cosas así. Al contrario de otros médicos que había conocido, no tomaba notas, no escribía nada. Al final, le señaló los vestuarios, le pidió que se quitara la ropa, sí, por supuesto, toda la ropa, no, sin batín, después de desnudarse tendría que tumbarse en la camilla, sí, esa de ahí. Maite hizo escrupulosamente todo lo que se le pidió, cada vez más con la firme convicción de que al médico lo que le interesaban especialmente eran sus tetas. Salió del vestuario del todo desnuda y se dirigió hacia la camilla, sintiéndose algo avergonzada: no es que fuera tímida, desde luego, pero caminar sin ropa frente a un hombre que te mira las tetas no era fácil. Tampoco subirse a la camilla resultó nada cómodo, no había escalera de ninguna clase y no podía encaramarse de un salto; luego el médico le pidió que adoptara diferentes posturas, algunas no especialmente decorosas, la enfermedad estaba en un lugar muy particular. Él lo miró, lo tocó, lo examinó con una lupa siempre hablando en voz alta y respondiendo a las preguntas que ella le planteaba de vez en cuando. Sí, es un herpes, un herpes zóster. Por lo general, suele doler más, o bien ella tenía una gran tolerancia al dolor. No, no era contagioso. Sí, por supuesto que podía curarse, pero son afecciones que luego vuelven casi siempre. Se alejó un poco de ella, observándola, ahora le miraba las tetas, directamente, descaradamente. Ella se puso en guardia.

—¿Hace mucho tiempo que no se hace una revisión del seno? —le preguntó.

—No sé, no lo creo, nunca pensé que...

La había pillado por sorpresa, no se esperaba una referencia tan directa, aquel doctor era un auténtico cerdo. Él le pidió que se levantara, que se pusiera de pie al lado de la camilla y que se apoyara sobre ella con los codos: ahora sus pechos —unos

hermosos pechos naturales y rotundos— colgaban con los pezones muy cerca del colchoncito. Él se acercó hasta apoyarse contra su cuerpo y ella, un instante antes de que las manos extendidas del médico llegaran a manosearle las tetas, oyó el inconfundible sonido de una cremallera que se abría e inmediatamente después algo que la tocaba por detrás... Se volvió enfurecida, y lo apartó de un empujón con tanta rapidez que él no tuvo tiempo para recomponerse. «*Hijo de puta*». —El italiano se le había alejado por un momento de la cabeza—. «*La puta de tu madre, so cabronazo*». Y después de esta elocuente declaración, señaló con el dedo los pantalones todavía desabrochados y la pequeña cosa amarilla que él aún no había logrado devolver a su sitio. «¿Con esa pollita, además?». El italiano había vuelto, junto con el buen humor. Mezcló los idiomas: «*Vaya ridiculez, hombre*». Y se echó a reír con ganas; aquel sujeto era realmente divertido, tanto follón cuando bastaba con pedirlo, menudo imbécil. Se vistió y se marchó; él se había esfumado, literalmente. A fin de cuentas, la cosa no había salido tan mal: tenía su diagnóstico, sabía que podía curarse, no había pagado ni un céntimo. Había un enorme dispositivo automático para medir la presión en la mesa del doctor, Maite se lo guardó en el bolso. La cámara grabó eso también.

Ahora que tenía la cinta con la grabación, Primo no estaba tan seguro de querer conocer lo que contenía, ni siquiera de querer hacer uso alguno de ella, eran cosas que enlodaban por mera contigüidad. La doctora Schiassi no podía reunirse con él, tenía un compromiso.

—Llévatela a casa —le dijo—, ya la veremos mañana. Y consigue bromuro; no quiero bromas, los hombres sois muy impresionables.

No valía la pena contestar, y además Primo estaba acostumbrado a las ocurrencias de Veronica, que siempre le tomaba el pelo por sus manifestaciones públicas a favor del feminismo. «Te pareces», le decía, «a una de esas granjeras que dan de comer a las gallinas. Pitas, pitas, pitas... Y después, a la primera que se acerca le retuercen el pescuezo».

En casa, Primo se encontró con una nota de Maria: había ido a llevar a las niñas a una fiesta de cumpleaños, volvería un poco más tarde de lo habitual. Así que pensó en aprovechar para ir a ver a Proverbio, que lo había llamado.

Primo dejó el vídeo sobre su mesa de trabajo, cerca del comedor. Entonces se le ocurrió que las niñas eran grandes consumidoras de vídeos misteriosos, y que Maria y él habían tenido que extender a las películas la regla que valía para todos los artículos domésticos: si tenían un redondel rojo pegado, no debían tocarlos. Pegó pues un punto rojo en la cinta de vídeo y se marchó, el hospital no quedaba demasiado lejos. Como suele suceder en las comedias de enredo y con la misma frecuencia en la vida cotidiana, Primo acababa de salir cuando pocos minutos después entró en casa Pavolone. ¿Lo recuerda el lector? Pavolone el enamorado, con la cabeza constantemente en las nubes, como en otro mundo, en busca de algo que hacer y con

la esperanza de toparse con Maite. Pavolone vagaba por la casa, buscando mensajes; era normal que Primo los escribiera y después se los olvidara sobre la mesa. Pero sobre la mesa de Primo solo había una cinta de vídeo con un punto rojo encima. Pavolone le daba vueltas entre las manos. Sabía lo que significaba esa señal, no le importaría echar un vistazo a su contenido, pero las niñas estaban a punto de volver, no quedaba tiempo. Entonces se acordó de que las gemelas iban a acudir a una fiesta de cumpleaños y de que Maria lo había avisado de que llegarían tarde. Claro, podría presentarse Primo, pero Primo era tolerante con ciertas cosas. De modo que Pavolone se llevó la cinta a su habitación, la introdujo en su televisor personal —un regalo reciente de Proverbio— y se puso a ver la película.

Al cabo de unos veinte minutos, con la cabeza en llamas, Pavolone decidió salir a tomar el aire, sí, tenía una absoluta necesidad de tomar un poco el aire. Y, como es natural —este es un libro basado en las circunstancias casuales—, en la puerta de casa se topó con Maite, que estaba de regreso, sin una verdadera razón, solo porque casualmente pasaba por ahí. Pavolone era más bueno que el pan, incapaz de hacer nada que pudiera lastimar a Maite, nada y por ninguna razón en el mundo. Pero Maite estaba alegre y sonriente y Pavolone decidió que contestar a un par de preguntas no podía lastimarla en exceso.

—Así que has estado en el médico —le dijo.

Maite no recordaba haberle dicho nada, pero supuso que se trataba de una pregunta, además directa e inocente. Así que le contestó:

—Sí, uno de esos sabiondos, se llama Reggiani, Via Volturmo, en la clínica. Un poco raro. Pero ya sé el nombre de la enfermedad. Además no me ha costado un céntimo.

Lo cierto es que toda la segunda parte de esta conversación fue en vano, porque en cuanto supo el nombre del médico y la dirección de la clínica, Pavolone puso en sus manos una cinta de vídeo y salió disparado, hecho una furia. «¡Qué chico tan particular!», pensó Maite. Entonces se preguntó si no sería conveniente, en aras de su calidad de vida, revisar todas sus opiniones sobre los hombres. Porque daba la impresión —este pensamiento le costó cierto esfuerzo a Maite—, cómo expresarlo, de que habían empeorado.

El doctor Reggiani se había entretenido en la clínica más de lo debido, en primer lugar para evitar encontrarse con aquel pedazo de ramera que tan profundamente había herido su orgullo, y además porque había decidido ir directamente a la sala donde iba a celebrarse la conferencia sin necesidad de pasar por casa. Justo cuando estaba a punto de salir se había acordado de que su famoso aparato para la presión —reciente regalo de su fiel jefa de sala— se había quedado sobre la mesa del despacho. No era lo más prudente, lo sabía, por lo que decidió ir a recogerlo, sería cuestión de unos pocos minutos.

Se suponía que la clínica debería estar vacía, aquella maldita española se había largado como una flecha, no se esperaba más visitas. Pero en cambio, no. Dentro de

la clínica había algo semejante a un elefante, podía calcularse que su altura era de dos metros y diez por lo menos, una especie de bestia, que estaba mirando el techo con un aire de curiosidad.

—¿Dónde ha puesto...? —le increpó al gigante cuando se fijó en él. Luego, con una mirada de sorpresa, el gigante lo observó, sujetándolo por los hombros como para encuadrarlo mejor.

—¿Qué demonios...? —trató de decirle al médico—. ¿Es usted ese pedazo de gilipollas del doctor Reggiani? —le preguntó el gigante, con todo rastro de cortesía definitivamente desaparecido de su voz.

Y esas palabras fueron, de hecho, la últimas que el doctor Reggiani pudo recordar en lo que respecta a aquel encuentro. Un encuentro que le parecía casi eterno pero que, echando las debidas cuentas, no pudo haber durado más de diez minutos.

Los funcionarios de la comisaría actuaron con efectividad y al subcomisario, desde primera hora de la mañana, lo aguardaban sobre la mesa los informes médicos relativos a los dos partos de doña Maria Teresa. Puesto que no tenía gran familiaridad con esa clase de documentos, escritos casi totalmente a mano por gente apresurada, todos llenos de acrónimos, siglas y abreviaturas poco comprensibles, a Macbetto le resultaba difícil orientarse, no sabía bien lo que buscar, no sabía dónde buscarlo. Había convocado en su oficina a uno de los dos médicos forenses del hospital, que parecía bastante asustado por temor a comprometerse sugiriendo soluciones que pudieran resultar, en un análisis posterior, aventuradas o extravagantes. El subcomisario, sin embargo, empezaba a irritarse y estaba ansioso por obtener respuestas precisas.

—¿Cómo se obtiene la impugnación de la paternidad sin posibilidad de error?, ¿qué dichosos exámenes han de hacerse? No le estoy pidiendo la luna.

—La verdad es que la única respuesta correcta es hacer un análisis del ADN. Lo que no cuadra es que hace veinte años era imposible analizar el ADN.

—Pero estará usted de acuerdo conmigo en que ha habido impugnaciones de paternidad durante décadas antes de que se supiera qué demonios era el ADN. ¿Cómo demonios lo hacían?

—Supongo que estudiando los grupos sanguíneos, pero me habla usted de análisis que no dejan margen para el error; el análisis de los grupos sanguíneos no es infalible.

—Ármese de paciencia y explíqueme a un pobre ignorante como yo cómo demonios salir de este lío.

—Lo intentaré, pero si quiere estar en condiciones de entenderlo debe dejarme que hipersimplifique un poco por lo menos. Veamos, ya sabe usted que existen cuatro grupos diferentes, A, B, AB y 0. Dejemos a un lado el RH, que es factor un diferente y que solo añadiría más confusión. De modo que supongamos que el grupo sanguíneo es como cualquier otro rasgo inducido genéticamente. En principio, debemos considerarlo como el resultado del cotejo entre dos alelos, cada gen está formado por un alelo materno y uno paterno, que pueden ser dominantes o recesivos. Si los alelos son idénticos, se dice que el individuo es homocigótico en cuanto a ese rasgo, si son diferentes se dice que es heterocigótico. Un individuo con el grupo A —que es dominante respecto a 0— puede tener una configuración genética AA o A0, y el 0 también puede ser transmitido a sus hijos. El grupo 0 se halla solamente si ambos alelos son 0, en cuyo caso seguramente no existe ni un alelo A ni un alelo B. Ahora vayamos a los informes clínicos. En primer lugar, me parece una estupidez que los médicos escriban en ellos también el grupo del padre, solo sirve para armar jaleo. En

segundo lugar, a partir de los datos recogidos en el informe, se concluye que ambos padres son del grupo 0 y que ambos hijos son del grupo A. Es difícil de imaginar que se haya producido una mutación, lo descartaría sin más. Es posible en cambio pensar en un error de transcripción, son cosas que suceden. Pero, si no hubo error, entonces los dos grupos A de los niños no sé realmente cómo explicármelo.

—¿No son hijos del padre legítimo?

—Bueno, si no hay errores de transcripción...

—Está bien, si no hay errores, no son hijos del padre legítimo. ¿No podía llegar de inmediato a esa conclusión?

El subcomisario estaba de mal humor, de muy mal humor. Estaba siendo además un día repleto de problemas: un accidente de tráfico causado por un chico borracho, una mujer que se había ahogado en la bañera, una pelea entre nuevos ciudadanos. «¿Quién demonios se habrá inventado esa historia de los nuevos ciudadanos...?», estaba realmente de muy mal humor.

Llamó a un funcionario, y le dio los informes médicos.

—Estrújelos todo lo que pueda. A ver si hay algo más por descubrir. Meta en el ordenador todos los nombres que aparecen en ellos, los médicos y las enfermeras, transeúntes y visitantes.

Había otro engorro; la mañana desde luego, se estaba torciendo.

—Hay un tal profesor Reggiani. —Quién sabe por qué, tuvo la impresión de que el agente, hombre de extrema seriedad por lo general, sonreía con sorna—. Da clases en la universidad, es un médico de esos de la piel. Lo han encontrado en el despacho en el que trabaja aquí en la ciudad; le han dado una paliza de muerte. Él dice que no ha visto nada, que no pudo reconocer a nadie, que le atacaron por la espalda. A mí me parece que no está diciendo todo lo que sabe. —El agente parecía vagamente divertido—. El tal doctor, a decir verdad, no debe de ser del agrado de mucha gente; recientemente han llegado cartas anónimas que lo pintan como un maniaco sexual, parece que le gusta meter los dedos donde no debe. Cartas anónimas, que habíamos optado por no investigar. Me pregunto si ahora...

A Macbetto no le gustaban los médicos, sentía una fuerte aversión hacia los maniacos sexuales, y siempre se veía obligado a lidiar con la escasez de personal.

—Vea lo que prefiere hacer él, pregúntele si quiere presentar una denuncia formal. Yo creo que ni querrá hablar del asunto. Abra un expediente y escriba «agresor desconocido», ya veremos después. Y, por favor, no hable de esto con nadie; estas cosas son maná para los periodistas.

Le hubiera gustado añadir algún comentario malicioso sobre los médicos, pero fue interrumpido por el agente al que había confiado los informes médicos.

—No sé qué importancia pueda tener, es probable que no quiera decir nada. Pero cuando he metido en el ordenador el nombre de la comadrona que asistió a uno de los partos, al segundo, si no me equivoco, me ha salido una noticia de agencia: esta mañana han encontrado a esa mujer ahogada en su bañera.

La noticia de la desventura con la que se había topado el doctor Reggiani se había extendido rápidamente por la ciudad, y cada uno, como es natural, lo había interpretado a su manera. Maria, que tenía una desmesurada fe en la capacidad de su marido para resolver hasta las situaciones más complicadas, regresó a su casa después de haber acompañado a las niñas al colegio, se acercó a Primo, le estampó un sonoro beso en la mejilla y le susurró un afectuoso «Gracias» al oído. Después, muy satisfecha, se fue a la cocina a preparar la comida. Primo, que no estaba de especial buen humor, no entendía en absoluto las razones por las que Maria le daba las gracias, pero le había parecido de buena educación corresponder al beso y decir «De nada», con un invisible toque de irritación. La causa de su mal humor era el hecho de que no encontraba la cinta de vídeo, y que por un momento se le había pasado por la cabeza, horrible fantasía, la imagen de las niñas que se divertían como locas viendo al médico dedicado a quién sabe qué obscenidades.

Maite estaba entrando en la casa justo en ese momento, tarde, como siempre, y como siempre inconsciente de llegar tarde. Parecía estar de excelente humor, así que Primo se atrevió a plantearle la fatal pregunta.

—¿No sabrás dónde ha ido a parar una cinta de vídeo con una pegatina roja adherida?

—Sí, seguro, claro que sé dónde está la *sinta*. —Maite tropezaba a veces con las ces.

—¿Y dónde está? —Primo no podía disimular el ansia.

Maite no se acordaba bien de cómo había llegado a sus manos. Pero recordaba exactamente dónde la había dejado, tal vez siguiera aún en el mismo sitio.

—En el cajón más alto del armario, con las llaves.

—¿La has visto?

Esa pregunta confirmó lo que Maite pensaba de los italianos, buena gente, pero algo alelados. Si había pasado por sus manos, aunque fuera por unos pocos minutos, ¿cómo no iba a verla?

—Por supuesto que sí.

—¿Y quién más puede haberla visto?

Quién sabe por qué este hombre está tan nervioso, se preguntó Maite. Trató de tranquilizarlo, parecía muy ansioso por que se le dijera que la cinta no la había visto solo ella.

—Pues creo que un montón de gente. Sí, sí, seguro.

Primo empezaba a darse cuenta de que entre Maite y él se interponía una fase de intensa incompreensión.

Trató de encauzar de nuevo la conversación.

—Por ejemplo, ¿las niñas la han visto?

—No creo, supongo que no.

—¿Y Maria?

—No creo, supongo que no.

—¿Y quién la ha visto, entonces?

—Yo —Maite estaba empezando a hartarse—, a la fuerza, yo desde luego.

—¿Y qué contiene?, ¿qué has visto?

—No lo sé, creía que lo sabrías tú. —Ahora estaba realmente hasta el moño, y con la rabia le volvía poco a poco la memoria—. Tal vez tendrías que preguntárselo a Pavolone, fue él quien me la dio.

Ahora las cosas ya estaban más claras. Pavolone, la fuerza de la naturaleza. Pero por qué, entonces...

—Escucha, Maite, no será que entre Pavolone y tú...

—No —contestó Maite, algo sorprendida por el repentino cambio de tema—. Aunque siempre me está mirando. Como un borrego.

Y sin hacerle más caso, Maite se fue a la cocina, a buscar a Maria. Tenía muchas cosas de las que hablarle: del herpes, que era una enfermedad que viene y va y que dolía mucho. Del médico, que la había examinado y al final había perdido la cabeza, eran cosas que le pasaban a menudo, pero ella sabía siempre cómo poner en su sitio a esos fanáticos. De Pavolone, que se comportaba como un borrego. No cabía duda, su vida era como una novela que iba escribiéndose por sí sola, días tras día.

Maria se había superado en la cocina, *tagliatelle* al ragú de liebre, carne asada en leche justo un pelín requemada, como le gustaba a Macbetto, bizcocho de crema, un vino Sangiovese muy de moda y un licor de vainilla como digestivo, todo para chuparse los dedos. Ahora había dejado a los dos hombres charlando y se había llevado a las niñas a la cama porque estaban muertas de sueño.

Los dos hombres tenían muchas cosas que contarse, incluyendo algunos secretos que revelarse y algunos favores que pedirse. Primo explicó a su amigo lo que realmente le había sucedido al pobre Reggiani, una larga conversación con Pavolone había resultado bastante esclarecedora, lo importante era saber si lo sucedido tendría consecuencias.

—No, que yo sepa —dijo el subcomisario—. El doctor está fuera de peligro, no sufre daños permanentes y no tiene la menor intención de denunciar a sus agresores, cinco por lo menos, de acuerdo con su declaración inicial. No hay daños a la propiedad, no se ha robado nada. La cinta que me has mandado la he guardado en la caja fuerte, para mayor seguridad. Pavolone no es precisamente uno que se vaya de la lengua, y la chica argentina, esa tal Maite, está convencida de haber salido ganando. Encárgate tú de explicarle a Schiassi qué demonios ha pasado, creo que quedará satisfecha ella también. Con Forlivesi, por razones estrictamente privadas, ya hablaré yo. Como ves, la justicia existe, incluso cuando no se puede estar orgulloso de sus conocidos.

Empezaron a intercambiar información sobre el caso del notario Ricci Ribaldi. Primo le contó lo poco que sabía.

—He hablado con el abuelo de ese abogaducho, Silvestrini, Antero Silvestrini. Quién sabe de dónde saca la gente ciertos nombres.

—Hubo un papa —intervino Macbetto, campeón de pasatiempos—, del siglo tercero más o menos, que murió asesinado, bueno, mártir quería decir, y reinó solo noventa horas...

—Si es por eso. —En cosas así Primo se regodeaba—. Antero Vipunen forma parte de la mitología finlandesa, es un gigante malvado, hay un canto entero del Kalevala dedicado a maldecirlo. Fíjate que...

—¡¡Primo!! —lo amonestó Macbetto—, mira que no es el momento; ya hablaremos en otra ocasión.

—Bueno, como te decía —continuó Primo, renunciando con evidente sacrificio a su digresión—, según lo que dice el viejo hay algo que debemos saber, algo que sería conveniente que no nos contara ese tal Antero. Pero ¿de verdad no quieres saber cómo...? No, de acuerdo. Continúo.

El licor de vainilla era agradable y efervescente. Ellos eran dos buenos amigos.

Esas eran noches que entraban a formar parte de la fábrica de los recuerdos.

—Parece ser —prosiguió Primo— que la familia separada del notario había firmado con él un excelente acuerdo, una cifra mensual lo suficientemente alta como para que todos vivieran con holgura, considerando además que todos los gastos de la casa estaban también a cargo del marido. Sin embargo, la familia encontraba dificultades para llegar a final del mes. Eso fue así hasta el año pasado, o hasta los primeros meses de este año, cuando la situación económica de todos empezó a mejorar mucho. Viviendo con ellos, o hablando con su prometida, Antero comprendió —o creyó comprender— que a partir de determinado momento el cheque se redujo considerablemente, no debido al notario, sino a alguna otra persona. Lo otro que quería que supiéramos, que tú supieras, atañe a un pequeño patrimonio, joyas, creo, o algo parecido, en cualquier caso una cifra de cierta consistencia, que antes estaba ahí y de repente ya no estaba. De acuerdo con el relato de Antero, la familia habla de ese patrimonio con añoranza, él cree incluso que la madre, sobre todo, hace alusiones más o menos veladas a un chantaje o, en todo caso, a un acontecimiento malévolo que la obligó a renunciar a esos bienes.

Después le llegó el turno a Macbetto de informar a Primo, y las suyas eran noticias mucho más suculentas y concretas. Permítame el lector que las resuma, Macbetto tiende a ser excesivamente hablador.

Así pues, en los dos últimos días la investigación había tomado diferentes caminos. Se había solicitado una autopsia judicial, y la tarea había sido encomendada al forense del propio hospital. Se había llevado a cabo una minuciosa indagación en la correspondencia recibida por el notario durante los últimos meses, correspondencia en perfecto orden y escrupulosamente catalogada por la señora Egle. Encontrar lo que andaban buscando resultó de una simplicidad que rayaba en lo risible, fue suficiente con ir a la voz «cartas anónimas». Allí, cartas anónimas solo había una, un texto muy simple que más o menos decía: «¿Quién es el verdadero padre de tus hijos? Comprueba el grupo sanguíneo». O algo parecido. Fecha del matasellos, 2 de septiembre. Septiembre era el mismo mes en el que el notario había solicitado copias de los informes médicos. Pero las coincidencias no terminaban aquí. La señora Rosa Steponi, la exmatrona doña Rosa Steponi, había vivido a su pesar casi en la indigencia hasta determinada fecha, después de la cual se observa que en su cuenta corriente entraron de golpe grandes cantidades de dinero, que sirvieron posteriormente para la compra de una casa y más tarde, poco a poco, de todo lo indispensable para transformarla en un salón de bodas.

Además, a partir de esa misma fecha, la cuenta corriente de la señora Rosa engordaba cada final de mes con tres mil euros, para adelgazar exactamente hasta la mitad al día siguiente. De esta manera, se respetaba el residuo de ahorrillos de la matrona y con ese dinero, sin exagerar, llegaba serenamente hasta el pago sucesivo. Solo era necesario averiguar a quién iba a parar la mitad de aquella cantidad, tasa fija que pagaba la señora Rosa en efectivo, sin que hubiera más indicios de la circulación

de ese dinero.

Más tarde, poco después del final del verano, ese cheque mensual se interrumpió de repente, y de la cuenta de la señora Rosa tan solo salía el dinero necesario para pagar los gastos rutinarios: compras, impuestos, electricidad, cosas así. Llegados a ese punto, los misterios se multiplicaban, las preguntas sin respuesta seguían siendo las mismas. Resultaba incluso inútil enumerarlas de nuevo.

—Tengo un amigo ginecólogo, que trabaja en un hospital del norte, hablamos de vez en cuando. Lo he llamado por teléfono, y le he hecho una pregunta concreta: ¿hasta qué punto se verifican de forma rutinaria en las historias clínicas los grupos sanguíneos y qué posibilidades hay de que se sometan a un verdadero control? Me ha contestado que en un parto normal, cuando no hay problemas de anemia ni se corre el riesgo de tener que hacer una intervención quirúrgica, lo de los grupos les trae al fresco; si acaso, durante el embarazo, pero entonces lo importante es saber si el RH es positivo o negativo, y, cuando las mujeres llegan al hospital para parir, la anemia la llevan escrita en la cara, no hay necesidad de rebuscar en su historia clínica.

—Eso quiere decir —comentó Macbetto— que la señora Rosa sospechó por encargo.

La conversación quedó interrumpida por la llegada de Pavolone, a quien Maite había invitado a dar un paseo; parecía fuera de sí de la emoción, y tenía un montón de cosas que contar.

—Un caballero... —intentó refrenarlo Macbetto.

—Déjalo —intervino Primo—. A alguien se lo tiene que contar, y mejor a nosotros que a Maria.

Macbetto se mostró de acuerdo y se sirvió otro vaso de licor de vainilla. Después de todo, pensó, la Argentina es nación vecina.

La señora Egle, que como era evidente no perdía ocasión para hacer gala de su disponibilidad, esperaba pacientemente fuera de la oficina del inspector encargado de la investigación, con un archivo de cierto grosor entre sus manos. Los periódicos, que a esas alturas se habían adueñado de la noticia («Sombras y sospechas tras la desaparición del notario Ricci Ribaldi»), ya la habían bautizado como la fiel secretaria, y ella no parecía tener intención de despegarse de su papel. Apareció después en el pasillo —el inspector se retrasaba un poco— la señora Zaira, el ama de llaves, y ninguna de las dos pudo disimular su evidente sorpresa; no era un encuentro programado. De modo que el inspector, al llegar, se las encontró sentadas en extremos opuestos de la habitación, una forma como otra de dejar claro que no habían venido juntas.

El agente de guardia, muy puntilloso, hizo entrar antes a la señora Egle, que tenía derecho de precedencia. El inspector le rogó que se sentara y la miró con aire inquisidor. Si tenía algo que decirle, aquel era el momento justo.

En realidad, la señora Egle tenía algo que enseñar, algo muy interesante. Se trataba de un registro, de un grueso registro negro, dividido en cuatro partes, cada una titulada con un nombre diferente: Annibale, Maria Teresa, Veronica, Matteo.

—Aquí —dijo la señora Egle— se han copiado todas las pruebas de laboratorio realizadas a la familia Ricci Ribaldi desde el día de la boda. Acompañados por historias clínicas, informes de vacunación, datos de eventuales hospitalizaciones, visitas al médico, todo. En los últimos años, la información se refiere únicamente al pobre notario, doña Maria Teresa había declarado su intención de encargarse ella misma de llevar el control de su estado de salud y del de sus hijos. Esta misma información era la que se proporcionaba a la compañía de seguros con la que tenían estipuladas todas las pólizas, desde las de enfermedad a las de los coches, y que últimamente suscribía solo el notario.

El inspector empezó a hojear el grueso libro, deteniéndose en diferentes partes; allí estaban, por citar un ejemplo, los grupos sanguíneos de los cuatro.

—¿Falta algo? —preguntó.

—En realidad no he conseguido encontrar la correspondencia con la compañía de seguros, hay copias de todas las pólizas, pero no he encontrado las cartas. Y en alguna parte tienen que estar. Seguiré buscándolas.

—¿Y quién se encargaba de este libraco, quién introducía los datos, quién era el responsable?

—Yo, desde luego al principio. Más tarde, todos en general, Carla, el señor Domenico, yo misma en algunas ocasiones.

La señora Egle se marchó, con su perpetuo aire compungido y viudal. Se hizo

pasar a la señora Zaira, de temple muy diferente, un carácter completamente distinto, que parecía acarrear consigo una tonelada de vulgar vitalidad. No tardó en ir al grano.

—Habría visto, señor inspector, que nuestras dos camareras son más estúpidas que el agua mineral; se avergonzaban de contarle una cosa que puede ser importante, y ahora no quieren venir aquí, están asustadas. El hecho es que, poco antes de que subiera el notario, el otro día, había alguien en su habitación, alguien que no debía estar allí. En realidad, excepto la señora Egle a veces y por supuesto Palmira, nunca sube nadie. En cambio, la otra mañana, las dos pavas alcanzaron a ver a alguien que se metía en el ascensor, lo entrevistaron apenas, ni siquiera saben decir si era un hombre o una mujer. Dos pavas de lo más alegres.

El inspector tomó algunas notas, hizo sacar una copia de las dos declaraciones, y se lo llevó todo al subcomisario.

En el despacho de Macbetto hubo una especie de reunión al más alto nivel, todos los elementos del rompecabezas que habían ido recogiendo poco a poco fueron examinados y reexaminados y vueltos a examinar. Y también esos recientes datos fueron sometidos al mismo análisis, y se los examinó de cabo a rabo. Al final, el subcomisario resumió el estado de la cuestión.

—Hasta que no termine la autopsia judicial ni siquiera sé si el notario ha muerto de muerte natural, no tiene sentido plantear todas estas hipótesis. Ahora se ha sumado además la valoración de la muerte de la matrona; es un caso que parece relacionado pero, como suele decirse, no es lo mismo ser que parecer, ya se verá. En espera de alguna evidencia, lo que tenemos que hacer es observar mejor lo que sabemos con certeza, los elementos que hemos reunido. Interroguemos una vez más a las personas que viven y trabajan en la casa, a todos, sin excepción. Mandemos a alguien a revisar los archivos del seguro; las cartas que no se encuentran aquí, las encontraremos allí. Preguntemos a doña Maria Teresa el motivo de esa decisión, la de mantener también separado el registro del estado de salud. Y, sobre todo, tratemos de dejar a un lado unas cuantas cautelas por lo menos. Hagamos que nos expliquen la historia de las inseminaciones. Hablemos con el doctor que las hizo. ¿Hubo un amante? Procuremos descubrirlo. ¿Sigue habiéndolo? Es imposible que nadie sepa nada. No permitamos que nos tomen el pelo.

La reunión se disolvió; las caras, en su mayoría, mostraban perplejidad.

Primo tuvo que explicarle a Veronica Schiassi, hasta en sus más ínfimos detalles, la historia del vídeo, y por qué lo había dejado allí, y por qué había pegado un puntito rojo, y por qué Pavolone había llegado a verlo, y de qué pasta estaba hecho Pavolone, y de qué pasta estaba hecha Maite. Le había enseñado la cinta, después de la tercera vez que se la tragaba había perdido todo interés sexual —el culo de Maite le había causado inicialmente cierto efecto— para mantener solo sus connotaciones ridículas —el gusano amarillento que asomaba de la bata del doctor Reggiani parecía puesto allí por Marcial—. Schiassi se mostró incrédula al principio, luego dio ciertas señales de irritación, y al final se echó a reír ella también.

—¿Podemos esperarnos alguna venganza, o incluso una denuncia por parte de ese sujeto? —preguntó Veronica.

—He llevado una copia de la cinta a la comisaría, ya sabes que Macbetto es un amigo. Hay un expediente abierto sobre Reggiani, se han recibido cartas anónimas. Si yo fuera él, le llevaría una vela a la Virgen de los Siete Dolores; Pavolone puede hacer cosas mucho peores.

Se trataba de decidir si se le contaba o no a Maria cómo habían ido realmente las cosas. Primo decidió no hacer nada. Se había ganado una aureola de heroísmo, Primo, más conocido como Terzo, el vengador, y Maria no siempre apreciaba los desmentidos. En cuanto a Pavolone, tenía que resolver sus propios problemas. Por primera vez en su vida se había echado una novia de verdad o, si se prefiere, una novia casi del todo, que lo primero que le había dicho, después de haberlo pulverizado a base de sexo, era que se veía con otros hombres, y que antes de dejarlos quería hacerse una idea más clara de lo que él podía ofrecerle. Pavolone, que tenía bien poco que ofrecer, se había encomendado en busca de ayuda a Primo, quien se había tomado su tiempo para reflexionar, desconcertado por lo que más podía convenirle a Pavolone, una gran decepción de inmediato o una decepción mucho más grande al cabo del tiempo. La decisión no era fácil, Pavolone esperaba como un gato encerrado fuera de la puerta, dolorido pero no derrotado.

Anunciado por una llamada telefónica de su abuelo Anchise, mientras tanto, se había presentado Antero Silvestrini, el prometido de Veronica, no de Schiassi, de la otra, la hija (al parecer) del notario. Lo que pretendía de Primo no estaba claro, tal vez solo quisiera desahogarse, sus últimas desventuras lo habían sometido a dura prueba: estaba comprometido con una chica de buena familia, y se había visto involucrado —no había mucho que discutir, cierta implicación era innegable— en una historia de cuernos que de un momento a otro podía convertirse en un auténtico caso policial. Antero, legalista hasta la médula de los huesos, hubiera querido ser llamado por el juez, pero tenía miedo de ver aparecer su nombre en los periódicos,

nada podía ser peor, tanto para su vida en la ciudad, como para su carrera universitaria. Era ya opinión común que en esa casa —la casa del notario— habían tenido lugar acontecimientos excepcionales, sobre cuya densidad de obscenidades se estaba cebando la fantasía de la gente, con referencias, de indudable valor histórico, al caso de los *ballets* verdes^[9] y con algunas aventuradas alusiones a relaciones incestuosas, de las que no faltaban quienes se jactaban de conocer testigos oculares. Consciente de lo maligna que podía llegar a ser la pequeña ciudad, el abogado estaba meditando seriamente romper su compromiso: por otra parte, no había cartas que hubiera que devolver, y su prometida, con quien había mantenido relaciones sexuales en una única ocasión, ni siquiera lo había visto desnudo, ¡ni una sola vez! De este modo, en su conversación con Primo, trataba de hacer aflorar alguna motivación aceptable para una decisión que, si no era presentada acertadamente, podía parecer incluso de cierta ruindad. Por ejemplo, el hecho de que en la familia, pudo darse cuenta de inmediato, todo el mundo sabía que el notario no era el verdadero padre de los dos niños y era a la vez el único en no ser consciente de ello. Una noticia sobre el número de segundogénitos que acababa por demostrarse que no eran hijos de su padre legal, difundida con mucho cinismo por la televisión, fue recibida con sonrisas burlonas y codazos, y Palmira había llegado a discutir su exactitud, diciendo que, de acuerdo con su opinión, eran por lo menos el doble. Sobre quién era el padre en realidad no se hablaba nunca, pero por ciertas alusiones, por algunas conversaciones interrumpidas nada más nacer, Antero se había dado cuenta de que era doña Maria Teresa la depositaria del secreto, y que tarde o temprano se lo haría saber a los chicos. En resumen, el abogado estaba trazando, ante los ojos algo escépticos de Primo, la imagen de una familia de cuestionable moralidad, fuertemente orientada hacia el cinismo, de la que la gente como es debido haría bien —tal vez— en mantenerse a distancia. Aquel «tal vez» no era casual, Antero seguía construyéndose una puerta de salida que no fuera demasiado dolorosa para su imagen.

Primo nunca había sentido excesiva simpatía ni por el abuelo ni por el padre de ese abogado, quien parecía a su vez tener mucho más del Antero gigante malvado que del Antero mártir cristiano, y no le faltaban ganas de mandarlo a paseo. Sabía, sin embargo, que, de hacerlo, Proverbio perdería un buen compañero de cartas, por lo que se limitó a hacer protestas, muy genéricas, de simpatía y la promesa de informar de lo que había escuchado al subcomisario, en el momento en el que lo viera: quiso dejar muy claro, por encima de todo, que no le parecía que aquello, muy importante a nivel humano para comprender mejor cualidades y defectos de los personajes de la historia, tuviera el menor interés para el progreso de las investigaciones. Pero lo que a Antero le interesaba de verdad era la difusión de su propia verdad y crearse una coartada para sus decisiones venideras y ni siquiera se percató de la evidente frialdad de Primo.

Las investigaciones, por su parte, procedían con cierta lentitud, como era inevitable en una historia tan confusa y en una atmósfera tan pantanosa. La compañía de seguros había enviado una copia de toda la correspondencia que había mantenido con el notario y sus familiares, cartas que resultaron casi todas carentes de interés alguno. Casi todas: en una se incluía una solicitud de aclaración referida a los grupos sanguíneos, planteando la posibilidad de un error de transcripción.

La respuesta, firmada con un garabato ilegible, aseguraba que no se habían producido errores de transcripción. La señora Egle no reconoció el garabato como suyo, ni fue tampoco capaz de atribuirlo a ninguna otra persona del despacho, pero hubo otros empleados, mecanógrafos y colaboradores, en aquella época, y de algunos se había perdido el rastro.

Lo indudable era pues que la firma pertenecía al notario. Por lo tanto, era al menos posible que los primeros en levantar la liebre (pero ¿con qué objeto?) hubieran sido los de la compañía de seguros, con esa carta absolutamente fuera lugar.

Todas las personas que vivían en los alrededores de la casa de la señora Rosa habían sido sometidos a las debidas presiones, el cartero había sido interrogado en dos ocasiones, se había identificado a los repartidores, la vida privada de la desafortunada matrona estaba empezando a salir del misterio.

Para empezar, y antes que nada, había varias personas que sabían dónde guardaba la señora Rosa la llave de la puerta y estaban autorizados a entrar en la casa para dejar sus productos en la entrada: la autorización se aplicaba solo a determinadas horas del día, y los intentos de entrar fuera de ese horario, un par en total en realidad, habían quedado frustrados por el hecho de que la llave no estaba en su sitio. De algún otro visitante había quedado por lo menos una pista, la casa de la señora Rosa estaba bastante aislada y no había viviendas cercanas desde las que pudiera verse la entrada. El cartero había visto entrar varias veces a una mujer, creía que era siempre la misma, pero se sentía incapaz de reconocerla. Lo mismo había sido confirmado por uno de los repartidores, el único que no tenía acceso a la llave, puesto que no podía respetar los horarios impuestos por la señora Rosa. Se había cruzado varias veces con un hombre, estaba seguro de que se trataba siempre de la misma persona, no estaba convencido de poder reconocerlo. Los funcionarios de policía lo habían citado en comisaría para enseñarle algunas fotos.

También la vida de Maria Teresa y la de sus hijos había sido pasada por el tamiz, con mucha atención, por dos funcionarios particularmente minuciosos. Respecto a Matteo, habían salido a la luz ciertas tendencias sexuales que los agentes habían descrito como «impropias»: en la universidad se había echado un amigo a quien había llevado a su casa varias veces, pero con quien acabó por discutir, parecía que de

forma definitiva. También la cándida Veronica tenía algo que ocultar, una relación con uno de sus profesores; los encuentros tenían lugar en un hotel por horas, la Pensión Ocaso, donde uno no se cruzaba con nadie en los pasillos, las paredes eran tan finas que desde la recepción se podía grabar el ruido de los orgasmos que se verificaban en la habitación 29, la más alejada de todas. La relación había terminado pocos días después de su compromiso, la dueña de la pensión se acordaba perfectamente, en su último encuentro la pareja no se había limitado a mantener relaciones sexuales, había estallado una tormenta y la titular tuvo incluso que llamar por teléfono para sugerir que bajaran el tono, porque hasta los vecinos de otras plantas se estaban enterando de todo. Pero la información más relevante tenía que ver con doña Maria Teresa: algunos empleados de los ferrocarriles y varios cobradores de la estación de autobuses habían reconocido su fotografía, al menos un par de ellos sabían incluso quién era. Reuniendo todos los testimonios pudo constatar que doña Maria Teresa, muy limitada en sus movimientos autónomos por el hecho de no tener carné de conducir, hacía uso del transporte público, trenes y autobuses indistintamente, para viajar a una localidad cercana, cada semana, en el mismo día. La señora salía de la ciudad a primera hora de la tarde y regresaba a tiempo para la cena. Los ocho taxistas de la pequeña ciudad meta de esas correrías no reconocieron su fotografía, lo que significaba que alguien la esperaba a su llegada o el lugar adonde se dirigía estaba muy cerca tanto de la estación del tren como de la parada de autobús, algo bastante posible dado el pequeño tamaño de la localidad. Los dos policías habían hecho en vano la ronda de los hoteles —bastante numerosos, la ciudad era famosa como estación termal— y habían debido concluir su investigación sin poder constatar que doña Maria Teresa se reunía semanalmente con un amante a escasos kilómetros de la ciudad, que era en realidad la hipótesis de trabajo que se les había señalado en la comisaría. Por lo tanto, se limitaron a escribir que había fundadas sospechas de que la señora en cuestión pudiera reunirse con un amante, quien *tal vez* la recibiera en una vivienda privada y que *tal vez* tampoco dicho amante residiera habitualmente allí, sino que se reuniera con ella a efectos fáciles de intuir. *Tal vez.*

El subcomisario Macbetto Fusaroli empezaba a estar hasta las narices de aquella historia; en sus encuentros con Primo se expresaba cada vez con más acidez respecto a la buena burguesía de la ciudad, familias de apariencias intachables que se pasaban la mitad del tiempo lavando sus trapos sucios y la otra mitad ensuciándolos. Primo no era capaz de proporcionarle una ayuda efectiva, la historia era demasiado complicada, solo una afortunada casualidad hubiera podido aclararla.

Macbetto, en ausencia de novedades, trataba de profundizar en aquellos aspectos en los que la atención de los investigadores no se había detenido lo suficiente: por ejemplo, la carta al seguro, esa firmada con un garabato. El subcomisario llamó a la señora Egle y, sin entrar en detalles, le pidió que le enviara una copia de toda la correspondencia de la oficina durante el mes pasado. La señora Egle la recopiló, la guardó en dos carpetas de gran tamaño y le pidió al señor Domenico que fuera a entregarlas. El señor Domenico salió de la oficina a las 10:30 y se encaminó hacia la comisaría, a no más de un cuarto de hora de distancia, incluso para un paso decididamente moderado como el suyo. Mientras esperaba que el semáforo se pusiera en verde, el señor Domenico fue testigo de un accidente, un coche contra un ciclista, a quien asistía toda la razón. El señor Domenico, como buen ciudadano, se detuvo a ayudar al ciclista, quien como es natural se había llevado la peor parte pero que, al parecer, solo había sufrido algunas escoriaciones. Ya más tranquilo, el señor Domenico se disponía a reemprender su camino, cuando llegó un guardia urbano, quien con la mejor voluntad se puso a redactar un informe, para lo que entretuvo al señor Domenico y a un par de testigos más que ya se estaban alejando, con el fin de escuchar sus versiones y anotar nombres y direcciones. Mientras lo anotaba todo, se dio cuenta de que su bolígrafo no funcionaba, nadie tenía otro, tuvo que volver al coche para conseguir uno, se perdieron otros cinco minutos por lo menos. En conclusión, el señor Domenico, en lugar de llegar a la comisaría a las 10:45 entró por la puerta a las 11:20, un retraso del que, en realidad, nadie se dio cuenta.

A las 11:18 había entrado por la misma puerta el mencionado repartidor, lo recordará el lector, que había visto entrar a un visitante en casa de la señora Rosa y creía poder reconocerlo: que había sido convocado porque los investigadores querían enseñarle una, lo repito, una fotografía, la de Matteo. Convocatoria, por lo tanto, al menos cuestionable —Matteo no parecía involucrado en esa historia en absoluto— e incluso poco considerada, pues no había necesidad real de molestar a un ciudadano para ver una sola foto; cualquier funcionario de policía podría —o debería— habérsela llevado a su casa.

Como iba diciendo, el repartidor accedió a la comisaría a las 11:18 y se dispuso a tomar un ascensor para subir al piso que le habían indicado, el tercero. No había más

ciudadanos esperando y, si el ascensor hubiera estado en aquella planta, el repartidor habría subido solo. Pero el ascensor había quedado bloqueado en la segunda planta por dos empleados que estaban acarreando cajas de papel en blanco al almacén y habían utilizado una para evitar que se les cerrara la puerta, por lo que hicieron falta cinco minutos al menos para que llegara, un rato bastante largo, inusual, aunque suficiente sin embargo, para que se reuniera con el repartidor el señor Domenico, que también se dirigía a la tercera planta. De modo que ambos subieron juntos y, al hallarse solos, se intercambiaron un amago de sonrisa a modo de saludo, y a continuación, llegados al tercer piso, se separaron, cada uno se fue por un lado.

El funcionario que tenía que enseñar la fotografía al repartidor estaba leyendo el periódico cuando este entró, por lo que no pudo hacerlo esperar. El repartidor observó la foto, con una sonrisa maliciosa en los labios, y luego dijo: «No, no es él». El funcionario retiró la foto, pero el otro no parecía satisfecho. Sin dejar de sonreír —era un ávido lector de novelas policiacas— e incluso esbozando hasta un guiño, añadió:

—Vamos, que lo han hecho a propósito.

—¿Cómo dice?

—A propósito. Digo que lo han hecho a propósito.

—¿El qué?

—Hacer que me encontrara con ese tipo en el ascensor.

—¿A qué tipo se refiere?

—¿Cómo que a qué tipo? Al que tengo que reconocer.

El agente que, aparte del hecho de leer la prensa en horas de oficina, sabía hacer su trabajo, se precipitó fuera, a tiempo para ver cómo el señor Domenico cerraba la puerta de uno de los despachos y se encaminaba tranquilamente hacia el ascensor. Averiguar quién era le llevó un minuto, y así se descubrió que el hombre que iba, quizá de vez en cuando, tal vez muy a menudo, a visitar a la señora Rosa, era el señor Domenico.

La vida se va construyendo —es bien sabido por todos— como un entramado de hechos casuales y de hechos voluntarios, que se suceden sin regla alguna. Un acontecimiento casual —que también puede definirse arbitrariamente como suerte favorable, o destino, pero son estas definiciones racionales y, por lo tanto, completamente inadecuadas— produce muy a menudo actos voluntarios, a los que siguen nuevos acontecimientos casuales, y así sucesivamente, en un molesto desorden, del que a menudo ni siquiera nos percatamos. Trate el lector de definir ese acontecimiento casual que permitió a dos hombres que no debían encontrarse realizar un corto viaje en ascensor. ¿Lo llamaría «destino adverso»? ¿Para quién? Para uno de ellos, tal vez; para la policía, para la justicia, para la empresa, ciertamente no. Y el mismo razonamiento puede valer, invirtiendo los términos, para la definición contraria, la de «buena suerte». El problema es que la casualidad es lo que es, no deja espacio para la interpretación, hay que aceptarla y, si se puede, aprovecharla de la mejor manera posible.

Para aprovechar de la mejor manera posible ese acontecimiento casual, el subcomisario puso bajo vigilancia la vida del señor Domenico, una vida que hasta entonces había llamado la atención de un número notablemente pequeño de personas. Y sin embargo, como sucede a menudo, incluso vidas aparentemente poco interesantes no dejan de tener sus fulgores, o sus extraordinarias miserias, que pueden atraer, repeler, interesar, sorprender, depende. Veamos lo que salió a la luz de ese análisis por sorpresa de una vida aparentemente oscura y, a primera vista, no excesivamente interesante.

Lo primero que afloró fue que el señor Domenico estaba más solo que un perro: desde que una serie de errores, irrelevantes si se valoran singularmente, dramáticos si se consideran todos en conjunto, le habían cambiado radicalmente la vida, no solo había sido incapaz de conseguir un amigo, sino que había obligado a sus escasos conocidos a huir lo más lejos posible, asustándolos con una acidez y, digámoslo, una maldad difíciles de encontrar «en grado tan puro» como en su caso. Sus desventuras de juventud, en definitiva, lo habían transformado en un hombre malévolo, solitario, silencioso, que disfrutaba de las desgracias y los sufrimientos ajenos, como un personaje de Dickens.

Era un hombre sin pasiones aparentes y sin necesidades claras. Cuando se dio cuenta de que sus esperanzas nunca se cumplirían y de que sus planes no se materializarían, se refugió en sus necesidades esenciales, que no iban mucho más allá de la supervivencia. Por eso, el modesto salario que le pagaban era suficiente para él y a menudo le sobraba. Con el resto de los empleados de la oficina mantenía relaciones muy superficiales, al notario —que sin embargo había sido uno de sus

compañeros de juventud— rara vez le dirigía la palabra y solo para hablarle de cuestiones del trabajo. Pero al menos según la señora Egle, quien tenía una sensibilidad patológica no solo hacia todo lo que pudiera perjudicar a su empleador, sino también hacia todas las cosas que le proporcionaban satisfacción, el notario disfrutaba con humillarlo —sin exagerar nunca, sin que los demás llegaran a notarlo — y, a cambio, el señor Domenico vivía con la esperanza de que al otro le ocurriera algo malo, consciente de que la propia naturaleza humana haría más frecuente y más agudo su sufrimiento, y deleitándose en silencio cada vez que el dolor, o la decepción, o la angustia visitaban aquella casa.

Incluso los policías, incapaces por lo general de ir más allá de un análisis psicológico tosco y aproximativo, quedaron perturbados por la imagen que emergía de sus investigaciones: un hombre completamente resignado, pero no dispuesto a atenuar ni por un instante su antipatía y su saña, los deseos de venganza que sentía contra su antiguo amigo; y al otro lado, este último, que se había convertido en su empleador, dispuesto a mantener en su casa a una especie de desagradable chacal, con el fin de poder humillarlo cada vez que se le presentaba la ocasión.

Pero fue al indagar en la cuenta que el señor Domenico había abierto en un banco —fácil de identificar, era el más cercano a su casa— cuando los investigadores se llevaron la mayor sorpresa. Los haberes del señor Domenico, insignificantes durante muchos años, habían mejorado ostentosamente en el mismo periodo establecido en el caso de los haberes de la señora Rosa, con la única diferencia de que en la cuenta de la matrona el dinero, en línea de principio, no duraba mucho, mientras que en la del señor Domenico se asentaba de forma permanente. Parecía pues que la señora Rosa y él, personas vinculadas por una relación confirmada por un testigo de fiar al menos, habían encontrado la manera de beneficiarse al mismo tiempo de la misma fuente de dinero: en un primer momento, una suma bastante respetable; a continuación, una mensualidad muy interesante. El dinero afluído a sus cuentas corrientes, depositado de modo directo por los dos beneficiarios, había tenido, sin embargo, un destino muy diferente, habiendo servido para aportar muchas mejoras a la vida de la señora Rosa, acumulándose sencillamente durante años —hasta convertirse en una suma importante— en el colchón del señor Domenico. Aquel flujo de dinero había cesado en el mismo momento, provocando sin duda cierta confusión en la mujer, pero dejando con toda probabilidad indiferente al hombre.

Más allá de estas conclusiones, sin embargo, los investigadores no fueron capaces de ir. El señor Domenico, debidamente informado de las investigaciones que se estaban llevando a cabo sobre su persona, se negó a hacer comentarios o a proporcionar respuestas, y su abogado había aprobado esta decisión sin darse cuenta de que de esta manera las sospechas acerca de su defendido se multiplicaban por diez. También se realizó una prueba caligráfica para verificar si el jeroglífico con el que se había firmado la carta al seguro podía serle atribuido a él, pero el experto —un funcionario de la comisaría que de esas cuestiones se había formado una idea muy

vaga— declaró que no podía extraer conclusiones aceptables de su, digámoslo así, análisis pericial.

Obviamente, como es costumbre que aparezca escrito en todas las declaraciones oficiales, las investigaciones no descartaban ninguna hipótesis, algo que ponía muy nerviosos a los periodistas, que no es que entendieran mucho por su cuenta y que además, en ausencia de declaraciones oficiales, se veían obligados a redactar apenas unas cuantas líneas diarias de comentario, comentario en cualquier caso muy pero que muy prudente; el santo y seña de los principales jefes de redacción era «evitad las querellas». Y la hipótesis que podía proporcionar alguna indiscreción más golosa acerca de la vida de los señores Ricci Ribaldi llevaba derecha al médico, experto en problemas de infertilidad, quien había realizado las famosas inseminaciones que, a la luz de los conocimientos actuales, habían de considerarse muy sospechosas por lo menos. El médico seguía aún en activo, por más que no hubiera sido capaz de seguir el ritmo de los tiempos, y continuaba trabajando casi al margen de una especialidad que había realizado increíbles progresos técnicos, siendo consciente de que, al menos para él, los tiempos de la gallina de los huevos de oro habían quedado atrás y no volverían nunca.

El médico que efectuó las inseminaciones era uno de los tres hijos varones de un médico, renombrado en la ciudad más como anarquista que por su labor sanitaria, Platone Sensori, antifascista, partisano, asiduo en las barricadas, gran putañero, que se había emparejado tres veces con tres mujeres diferentes, y con cada una de ellas había tenido un hijo: Libero, Sante y Gaetano, nombres todos que rendían homenaje a otros tantos famosos anarquistas. Platone había dedicado poquísimo tiempo a sus tres familias, a los niños los habían criado sus madres, sin conocer casi en la práctica a su padre y sin saber que tenían hermanos. Se conocieron tarde, cuando tenían dieciocho, veinte y veintidós años respectivamente, entablaron amistad y desde entonces no se perdieron de vista; solo Libero había sido reconocido por su padre, que le había dado su nombre en un arranque de generosidad y de igualitarismo que no se había vuelto a repetir en toda su vida; los otros dos llevaban el apellido de la madre.

Libero, el mayor, había estudiado Medicina, pero después se entusiasmó con asuntos que en aquella época no arrojaban una luz favorable sobre su labor de médico, y había gozado de un periodo de buena reputación, especialmente como médico de parejas infértiles. Era un hombre alegre y despreocupado, acaso excesivamente a ambas cosas, que no ganaba ni para pipas, nunca tenía suficiente dinero para pagar sus deudas, pero a cambio siempre tenía una mujer de más por lo menos. Se murmuraban sobre él cosas hasta desagradables, y ciertamente algunas de ellas eran verdad: cuando se veía acorralado por la necesidad, no vacilaba frente a una solicitud de aborto, un certificado no verídico, una solicitud de receta para estupefacientes. Sin embargo sabía detenerse a tiempo y era hábil en descubrir las

trampas, por lo que nunca había sido condenado por ninguno de esos delitos y, a lo sumo, se había visto delante del juez por cuestiones menores. En una única ocasión había estado muy cerca de conocer las cárceles patrias: cuando ayudó a su madre —enferma de una afección sin esperanza, doliente, ansiosa de dejar este valle de lágrimas en el que, de acuerdo con Libero, «se llora tan bien»— a abandonar su cuerpo hecho trizas. En aquella ocasión se encontró en el epicentro de una agria y violenta diatriba entre los católicos y los laicos más radicales de la ciudad, hasta el punto de que el suyo se convirtió en un caso nacional. Evidencias de su intervención directa, sin embargo, no fue posible hallar, de manera que el tribunal no pudo hacer otra cosa que absolverlo; pero desde aquel día su consulta quedó casi completamente vacía y es muy probable que la proporción de trapicheos a los que tuvo que recurrir para sobrevivir aumentara notablemente.

El hermano mediano, Sante, era un hombre desesperado, exactamente igual a como lo había sido su padre en muchos momentos de su vida, pero a diferencia de su padre y de sus hermanos no tenía ni ganas ni capacidad para comprometerse, o por lo menos para comprometerse en las cosas que —según la mayoría de la gente— cuentan de verdad. De niño —y aún más durante los años de la adolescencia— padeció un trastorno nervioso muy peculiar, que los médicos habían interpretado como una variante atípica del síndrome de Tourette: de vez en cuando se veía afectado por crisis repentinas de tics nerviosos, que afectaban a diferentes grupos de músculos y lo inducían a gritar obscenidades o repetir sin interrupción las últimas palabras que alguien había pronunciado; en el curso de los años se sometió a tratamiento neurológico a causa de distintas patologías psiquiátricas, un par de veces por crisis de hiperactividad, muchas otras por la aparición de trastornos obsesivos. Todas estas dificultades le habían impedido prácticamente asistir con regularidad a clase y, a pesar de que los problemas disminuyeran significativamente con el paso de los años, le habían adscrito al pelotón de los sujetos extravagantes y poco de fiar. Nunca llegó a terminar sus estudios, de vez en cuando se lanzaba de cabeza a alguna nueva actividad, por lo general aún más estúpida que la que hacía poco se había visto obligado a abandonar, y vivía casi siempre a cuenta de sus hermanos. Entre sus más nobles dedicaciones se hallaban preferentemente la de donante de sangre y la de criador de perros (de caza, de guardia, de trufa, de compañía); pero había desempeñado también oficios más anormales y mucho menos rentables y en repetidas ocasiones había estado muy cerca de meterse en líos con la ley, proyectos abandonados siempre en el último momento, más por pereza que por temor.

El más pequeño de los tres parecía haber heredado todas las dotes positivas del padre —el cual, aparte de todo, dotes positivas poseía muchas—, que, por lo demás, no le había transmitido sus considerables defectos, que al parecer quedaron atrapados en el genoma de los dos hermanos mayores. Era un hombre renombrado por su seriedad y por su competencia, que interpretaba su misión como médico entre el aprecio general. En el hospital practicaba una especialidad no muy proclive a la

compasión —era anatomopatólogo—, pero en cuanto se le presentaba la oportunidad volaba a un pequeño hospital africano donde empleaba sus excelentes habilidades quirúrgicas y su inmensa resistencia a la fatiga, despachando en pocas semanas el trabajo que hubiera mantenido ocupado a cuatro médicos durante un mes. Era un hombre bastante silencioso y básicamente alegre, y tenía muchos amigos que lo querían; de él se contaba también la historia de un amor difícil e indigesto, pero ya sabe el lector cómo son las pequeñas ciudades —o lo debería saber ya, con la cantidad de veces que lo he dicho—, el charloteo, los chismes y la verdad se distinguen con dificultad. También es obligado recordar que esa buena opinión que muchos tenían de él no era respaldada por todos. Algunas personas que —al menos en teoría— debían conocerlo bien (un compañero de estudios que había compartido el pequeño apartamento donde habían pasado los seis años de la universidad; dos chicas que habían sido novias suyas durante largos periodos de tiempo; su antiguo director de instituto) lo consideraban un maldito hipócrita, carente de sentimientos y de moral, dispuesto a cualquier sacrificio con tal de obtener la benevolencia de los demás y alcanzar de esta manera sus miserables propósitos. La gente que lo creía —digámoslo de una vez— un individuo abyecto no es que fuera mucha, eso es cierto, pero podría considerarse un elemento de prueba a su favor el hecho de que su madre (¡su madre!) era exactamente de la misma opinión y solo mantenía con él relaciones muy superficiales. Podríamos llegar a la conclusión, por lo tanto, de que se trataba de un personaje más que discutido, algo que, por lo demás, no resulta fuera de lo común en aquella pequeña ciudad de Romaña en la que los juicios se basaban mucho más en sensaciones subjetivas que en hechos concretos.

El apellido del médico que había realizado las inseminaciones era indudablemente Sensori, y a todo el mundo se le vino a la cabeza de inmediato Libero, el especialista, aunque el nombre no se especificara. Habían pasado más de veinte años, era más que probable que Sensori ni se acordara de aquello pero, en todo caso, dos agentes se acercaron a recogerlo —se sabía que era la única manera de poder hablar con él— y lo acompañaron a ver al subcomisario, quien quería interrogarlo en persona. Tampoco en este caso iba a ser fácil: no es que hubiera sospechas precisas, el juez aún no había sido llamado en causa, podía considerarse ese encuentro como una oportunidad para el intercambio de información, nada más.

Cuando el médico se sentó al otro lado de la mesa, Macbetto tenía delante de él el grueso volumen que recogía todos los datos relacionados con la salud de la familia Ricci Ribaldi. El subcomisario se lo mostró al doctor y quiso bromear:

—Hay que ver adónde van a parar nuestros nombres; a distancia de muchos años he podido averiguar cuánto ganaba por cada inseminación. Al final, en ambas ocasiones, está apuntada una cifra consistente con la palabra «prima» escrita al lado. No hay manera de ocultar nada.

El doctor gruñó, no parecía divertido en absoluto.

—Sea como fuere —repitió el subcomisario—, me veo obligado a hacerle

algunas preguntas sobre esas inseminaciones, ya sabrá usted que estamos indagando; nos gustaría que el caso quedara archivado lo más rápidamente posible. Supongo que se acordará usted de este asunto.

El doctor gruñó por segunda vez, luego decidió mostrar un poco de educación por lo menos y respondió:

—Regular.

—Regular, ¿o sea?

—El caso. Regular, del caso. Es decir, me acuerdo regular del caso.

—¿Puedo intentar hacerle alguna pregunta?

—Inténtelo, pues.

—¿Conocía usted previamente a los señores Ricci Ribaldi?

—No antes de que fueran a plantearme su problema de esterilidad. Después los vi muy a menudo, ya sabe, las investigaciones clínicas, las pruebas, el laboratorio.

—¿Qué impresión le dieron?

—Ricos, peculiares.

—¿Qué le hizo pensar que fueran ricos?

—El dinero de los ricos es como las pelotas de los perros. Se ven siempre.

—¿Y por qué peculiares?

—Él sufría como un perro cada vez que examinaba a su esposa. Ella fingía que le gustaba que la examinasen.

—¿Les hizo pruebas a los dos?

—Él acababa de salir de un problemón: una mujer embarazada. Tuvo que pagarla para conseguir que abortara, y luego darle incluso dinero, creo que para hacerla callar. No pareció adecuado insistir. También me parece recordar que era un hombre con extraños arrebatos de mal humor, pedirle que se masturbara, o incluso solo que eyaculara en un *gugiotto* me parecía, si no recuerdo mal, fuera de lugar.

—¿En un *gugiotto*?

—Un *gugiotto*, un cacito, ¿cómo lo llama usted?

—Un *gugiotto*. ¿Y cómo llegó a la decisión de efectuar las inseminaciones?

—De la forma más sencilla: no había salido a la luz causa alguna para la infertilidad; la inseminación es siempre el primer paso, la solución más sencilla. Incluso hoy en día, hasta hoy en día.

—En el libro hay una lista del material que usted llevaba, un microscopio incluido, y uno se pregunta en qué podía ser útil.

—Para observar el moco cervical, señala el periodo de máxima fertilidad.

—¿Y cómo se realiza la inseminación?

—Recojo el semen con una jeringuilla de cristal, a la que está unida un catéter, y luego lo inserto dentro de la cavidad uterina. Durante tres días consecutivos, o hasta que se produzca el aumento de la temperatura rectal, lo que significa que ha habido ovulación. No hace daño, ni siquiera causa molestias. Una estupidez.

—Disculpe, ¿a qué se refiere al decir que es una estupidez?

—A que no hace daño y no causa molestias.

La conversación no estaba resultando lo que se dice fácil. Al médico había que arrastrarlo como tirando de un arado.

—Y el semen, ¿quién se lo proporcionó?

—El marido.

—¿Quién lo extraía...?

—Yo no; de eso puede estar seguro.

—¿Quién entonces? —Macbetto estaba empezando a ponerse nervioso.

—Él, con sus propias manos, como lo hacen todos.

—¿Delante de usted?

—Eso no es más que una fantasía repugnante. No, no delante de mí. En el baño, al lado del dormitorio.

—Y, en ambos casos, después de algunas inseminaciones ¿se produjo un embarazo?

—Así fue.

—¿Y si le dijera que los dos niños no son hijos de su padre legal? Tenemos evidencias irrefutables...

—¿No pensará que soy responsable del comportamiento amoral de mis pacientes? Por lo que yo sé, en el cuarto de baño hasta podría haber estado el chófer. Yo me limito a hacer mi trabajo.

—¿Pero no hubo nunca, en sus visitas, alguna señal de una relación anterior?

—Dejando a un lado que yo solo me hubiera enterado de haberme encontrado con una tarjeta de visita, aunque así fuera, ¿qué más me daba a mí? La señora tenía un marido, según creo.

—¿Y después del segundo embarazo no volvió a tener trato con la pareja?

—Encuentros casuales, sociales, no de amistad.

—¡Pero con lo agradecidos que estaban...!

—Por eso me pagaron.

Macbetto era ya un veterano en su oficio y no podía quitarse de encima la sensación de que el médico no era sincero al cien por cien. Pero era una reunión informal, no podía prolongarla a ultranza. Y además estaba perdiendo la paciencia; lo mejor era dejarlo ahí, al menos por el momento. De mala gana se levantó y lo despidió, remarcando un poco el *hasta pronto*.

Ahora era el momento de las interceptaciones telefónicas, de las pruebas de laboratorio, de la búsqueda de contradicciones y mentiras, pero a la verdad le seguía costando salir a la luz. El médico del hospital había hecho la autopsia, la familia quién sabe por qué no había enviado a un perito propio. Extraoficialmente, el forense había confiado a Macbetto y al juez que en la necropsia no se había hallado nada sospechoso, por lo que había que esperar el resto de pruebas, las de laboratorio.

El subcomisario se impacientaba, de modo que, confiando en aquello de que, al hierro candente, batirlo de repente, decidió citar a doña Maria Teresa y comentó el asunto con el juez, convencido de que no pondría ninguna pega. En cambio, el juez tomó una decisión valiente, y determinó que sería él quien hablara con la señora. La conversación, a la que asistió el abogado de la familia, resultó tan desagradable como inútil. El juez le preguntó si sabía que los dos chicos no eran hijos de su marido, y ella dijo que sí, que lo sabía, que lo supo desde el principio. Cuando le planteó la hipótesis del dolo por parte del médico que había realizado la inseminación, por toda respuesta ella se echó a reír. Después de carraspear un poco —una clara señal de bochorno—, el juez le preguntó si había continuado manteniendo relaciones con el padre de esos niños, teniendo en cuenta su «conocida situación familiar». A esa y a otras preguntas —incluyendo la más importante, la que se refería al origen de ese semen—, la señora optó por no responder. Entonces el juez dio muestras de cierta irritación, preguntó al abogado si estaba seguro de que esa era realmente la línea de defensa que quería seguir, los despidió con brusquedad, reservándose...

En realidad, ya no sabía qué hacer y Macbetto, que tuvo acceso a las actas, tuvo la sensación de una oportunidad desperdiciada.

Con todo el alboroto que se monta al respecto en la televisión, podría pensarse que contar por teléfono cosas personales, especialmente si uno es sospechoso o lo están investigando por alguna violación de la ley, es una decisión infantil y poco probable. En realidad, la mayoría de nosotros nos creemos inmunes a estos hechos maliciosos, que si ocurren —suponiendo que ocurran— les pasarán a los demás. También en esta ocasión la casualidad desempeñó un papel relevante. El juez, a quien la actitud algo burlona de doña Maria Teresa había puesto de los nervios, como reacción ante el desaire decidió poner bajo control su teléfono. De modo que dio, como suele decirse, disposiciones en tal sentido, firmó los documentos necesarios, pero inmediatamente después se lo pensó mejor. ¿Era una decisión sabia? Los policías, ya se sabe, cotillean; también lo hacen los empleados del Palacio de Justicia. Siempre se corre el riesgo de que acabe en un periódico la grabación de una larga llamada telefónica en la

que, aparte de no decir nada de criminal o de interés para la investigación, dos buenas personas de distinto sexo evocan, acaso con un lenguaje excesivamente explícito, los momentos más excitantes de una reciente y proficua relación íntima. A continuación, como es natural, otros periódicos publican un coro de protestas, de ataques contra el poder judicial, de defensa del derecho a la confidencialidad de los ciudadanos y otras cosas igual de placenteras.

El juez era joven, temía cometer un error tan grande como para hacerle trizas la carrera y era, por naturaleza, un tío titubeante. Después de un par de horas de «lo hago o no lo hago; no, sí, lo hago», llamó personalmente por teléfono al subteniente a cargo de las interceptaciones para decirle que lo dejara correr, que quería tomarse un poco más de tiempo. El subteniente, algo sorprendido, respondió que procedería al instante, pero que era una pena; justo en ese momento estaba teniendo lugar una conversación telefónica muy interesante; en cualquier caso, estaba siempre a sus órdenes.

—¿Qué hago, pues —agregó—; interrumpo la grabación?

—Pero qué dice, subteniente. —El juez se ponía nervioso con facilidad, especialmente con sus inferiores—. Cómo va a interrumpirla, prosiga, mantenga la vigilancia, hágame llegar lo antes posible las transcripciones. Que si la interrumpe, dice, quiere interrumpirla ese gilipollas, que si la interrumpe.

El subteniente, en cuanto tuvo la certeza de que el epíteto iba dirigido personalmente a él, tuvo por un momento la tentación de fingir que no había entendido e interrumpir la grabación; luego se lo pensó mejor, tuvo en cuenta los años que lo separaban de la jubilación, decidió que todo le importaba un pimiento y de este modo la grabación continuó. Por casualidad.

El contenido de la grabación ocupó una gran parte de la conversación que Macbetto mantuvo con Primo esa noche. Se celebraba el regreso de Proverbio, que en cierto modo parecía un fantasma, estaba muy débil y apenas permaneció con ellos una media hora escasa. Primo, ahora que el abogado Silvestrini se había despedido de la familia Ricci Ribaldi, ya no tenía motivos de interés en el caso y, si aparentemente seguía involucrado, era solo porque el subcomisario apreciaba mucho su instinto y su espíritu crítico.

Las primeras críticas de Primo, a decir verdad, tuvieron como blanco precisamente la policía.

—No entiendo bien lo que estáis buscando, no creo que haya certeza de ningún delito. El notario está muerto y, aunque la investigación no haya terminado, la probabilidad más firme es que haya muerto de un ataque al corazón. Hay una segunda muerte, es cierto, pero no veo cómo puede relacionársela necesariamente con la primera. Habéis descubierto una historia de cuernos y estáis en condiciones de discutir una paternidad, pero el único que tendría derecho a quejarse ha pasado al mundo de los difuntos y, puesto que no tiene parientes, nadie puede hacerlo en su lugar.

Macbetto convino en que se trataba de una situación muy delicada y a él también le asaltaban las mismas dudas. Pero tenía la casi absoluta certeza de que se había cometido un delito, dos personas habían chantajeado a doña Maria Teresa —y, de forma secundaria, a sus hijos— durante un largo periodo de tiempo. Era ese delito el que arrojaba una luz particular sobre la muerte de la matrona y hacía legítima la investigación sobre la concepción de los dos chicos. Tal vez, dilucidando ese punto, también los otros hechos, de momento no del todo claros...

Primo estaba cada vez más desconcertado, pero escuchó con interés la historia de la interceptación telefónica. En pocas palabras, la llamada la había efectuado Libero Sensori y al otro lado de la línea estuvo, durante apenas cinco minutos, doña Maria Teresa. Esta última había dado muestras de sorpresa y descontento por aquella llamada telefónica que, según se daba a entender, rompía un largo silencio; los dos llevaban años sin hablarse y, de acuerdo con la señora, no había ninguna razón para hacerlo precisamente en circunstancias tan delicadas. Sensori se centró enseguida en la razón de su llamada; tras contarle su conversación con el juez, le dijo que no podía mantener el secreto durante mucho más tiempo; entre otras cosas, entre los documentos que había visto en manos del fiscal había un PCT que lo desmentía. La próxima vez, le había dicho doña Maria Teresa, dile todo lo que sabes, no tiene la menor importancia. Y había colgado.

—Y el PCT —había concluido Macbetto— es...

—Es un examen poscoital —lo interrumpió Primo, que por razones personales tenía ciertas nociones de medicina.

—Dadas las circunstancias —concluyó el subcomisario—, el juez volverá a citar al médico, en esta ocasión oficialmente. Y esta vez tendrá que decir la verdad.

—Creo que los parroquianos de los bares de esta ciudad esa verdad ya la han anticipado hace días: dan tres a uno a que se ha producido una donación de esperma y que el donante ha sido el hermano de Libero, Sante, hombre siempre dispuesto a donar algo, sangre, esperma, lo que se quiera, y es que hay que vivir. Hace veinte años debió de ayudar a su hermano, al menos en ciertas ocasiones; corrían apuestas sobre el número de hijos que eran suyos; hay gente que dice que hay por ahí niños y niñas que se le parecen de manera increíble, como dos gotas de agua. Pero, recuérdalo bien, pueden ser meros chismorreos, puestos en circulación, como suele decirse por estos pagos, por la lavandera, o por la mujer del soldado. Chismorreos y nada más.

Macbetto sabía que la opinión de los parroquianos de los bares de la ciudad nunca debía ser subestimada y que esa clase de chismorreos muchas veces habían ayudado al progreso de la justicia. Muchos años antes, justo en esa misma ciudad, hubo un hombre llamado el Zopp d'Canaja que, después de haberse emborrachado en alguna taberna del centro y haber oído algunos chismes, volvía a casa resumiendo, a pleno pulmón, las nuevas más interesantes, que a veces tenían que ver con triviales asuntos de cuernos, pero que en otros casos atañían a verdaderos delitos. La policía siempre

hizo un uso razonable y racional de esas denuncias públicas y se abstuvo cuidadosamente de poner en evidencia al delator, convocándolo a un interrogatorio o deteniéndolo por alboroto nocturno. Se encargó de él un misterioso vengador y el pobre Zopp d'Canaja fue hallado con la garganta abierta de oreja a oreja en el callejón más oscuro de la ciudad. El hecho tuvo un eco incluso en el Ayuntamiento, ante el que se presentó una interpelación que hacía caso omiso, bien es cierto, al crimen, pero sí lamentaba la progresiva degradación de la ciudad y la falta de una iluminación adecuada. Macbetto trató de imaginarse la cara que habría puesto el juez si le hubiera referido la fuente de aquella información y decidió guardárselo para él.

El médico forense había concluido los exámenes que se le habían solicitado sobre ambas personas fallecidas, el notario Annibale y la exmatrona Rosa Stepponi. El notario había muerto de un ataque al corazón, presumiblemente; el sufrimiento del miocardio no era tan evidente como para autorizar un diagnóstico definitivo, pero era la única evidencia patológica verificable, y además era una señal de sufrimiento agudo (los criterios de buenas prácticas clínicas le imponían llegar a esa conclusión); todas las pruebas toxicológicas habían resultado negativas. La señora Rosa había muerto ahogada, no existían indicios de violencia. De las pruebas había salido a la luz que había consumido cocaína y se había vaciado casi completamente una botella de un licor dulce muy alcohólico, y que esa doble intoxicación podía justificar la pérdida de conciencia y el posterior ahogamiento. El caso, por lo tanto, se estaba desinflando a ojos vistas. A la luz de tal información, el juez se vio obligado a tomar en cuenta, no sin cierta perplejidad, la declaración de un nuevo testigo, que había vacilado mucho antes de ponerse en contacto con la policía, por razones que definía como «personales», si bien al final acabó por hacer caso a su conciencia y se había presentado voluntariamente en la comisaría. En realidad, el sujeto en cuestión se hallaba en las cercanías de la casa de la señora Rosa, porque ese era el lugar donde aparcaba por costumbre su coche cuando iba a fornicar —dentro del propio coche— con su amiga del alma. Su reticencia inicial se debía al hecho de que el sujeto en cuestión estaba casado; su sucesiva disponibilidad a escuchar la voz de la conciencia dependía del hecho de que su mujer acababa de abandonarlo y se había ido a vivir con otro hombre. Debo señalar al lector, respetuosamente, que, una vez más, veo en todo esto la mano de la casualidad.

Este nuevo testigo ocular afirmó haber visto entrar en la casa de la señora Rosa a una mujer, quien antes de entrar pasó largo rato buscando algo en las macetas y sobre los marcos de la puerta y las ventanas, probablemente la llave, dado que al final había podido entrar —por lo que le había parecido— sin llamar al timbre. Cuando él se marchó, tal vez unos cuarenta o cuarenta y cinco minutos más tarde, la mujer en cuestión no había salido aún de la casa.

Al nuevo testigo voluntario se le enseñaron un gran número de fotografías, y entre ellas reconoció, sin vacilación, la de Palmira.

En el despacho del juez se reanudaron los interrogatorios, esta vez no se trataba ya de reuniones informales, la ley dejaba caer todo su peso. Volvió el doctor Sensori, quien admitió no haber dicho exactamente toda la verdad, pensando que el secreto profesional le impedía hacerlo, pero sin duda había sido un error, ahora sí que quería contar la verdad. Además, había pensado en comentárselo a doña Maria Teresa —el notario estaba (eso fue exactamente lo que dijo) fuera de juego— y ella le había

autorizado a proporcionar una detallada relación de lo que había sucedido. En realidad no era así, pero el juez no consideró oportuno interrumpirlo. Así pues, he aquí cómo habían ido las cosas. La pareja se había dirigido a él porque, después de meses de vanos intentos, se habían dado cuenta de que tenían dificultad para concebir, y él había puesto en práctica toda su experiencia para llegar a un diagnóstico al menos, esfuerzos que al final se revelaron inútiles. El proceso de diagnóstico —eso fue exactamente lo que dijo— resultó obstaculizado también por la negativa del notario a realizar exámenes seminales, justificándolo mediante la historia de la famosa concepción anterior, episodio que se refería a una antigua novia del notario, que al final había demostrado ser un putón y lo había chantajeado.

A decir verdad —el médico utilizaba muy a menudo esa expresión—, el hecho de no haber encontrado nunca semen en el moco cervical de doña Maria Teresa después de relaciones maritales sin protección (eso era lo que significaba ese «PCT negativo», señalado en los cuatro informes), lo había llevado a la conclusión de que don Annibale sufría azoospermia y que, por lo tanto, nunca podría tener hijos. Azoospermia, había añadido, interpretando correctamente la mirada inquisitiva del investigador, quiere decir que no se tienen espermatozoides en el semen. Pues bien, hay muchas clases de azoospermia; uno puede padecerla después de un accidente de caza, pero también puede haber nacido así y llegar al final de sus días sin ser consciente de ello. Después de muchas reflexiones había decidido hablar del asunto con doña Maria Teresa para buscar la manera de dar la mala noticia al notario sin herirlo en exceso; el notario no se caracterizaba desde luego por un carácter sencillo y él temía su reacción. Solo que doña Maria Teresa, muy trastornada, le había suplicado de rodillas que guardara silencio, le había dicho que su marido moriría de dolor y que por su propio bien —no, no por el de ella, por el bien de su marido— se veía obligada a preguntarle si no había alguna manera para salir de aquel punto muerto. No, en ese momento no se habló de dinero, el problema del dinero salió a colación más tarde, cuando él se vio obligado a señalar que, en efecto, había una manera, que era ponerse en contacto con un donante de esperma, y que era una elección que presentaba ciertos riesgos y que también resultaba bastante costosa. Al principio, la señora se había mostrado bastante desconcertada, no llegaba a entender cómo una donación podía resultar tan costosa, pero al final acabó entusiasmada con la propuesta, se acordaba perfectamente de haber tenido la clara impresión de que de ese modo ella conseguiría solucionar muchos de sus problemas. Fue ese el momento en el que tuvieron que abordar —a la fuerza— la cuestión económica. No, no se acordaba de cuánto se le había pagado, le parecía que había sido una cantidad bastante elevada, pero en el fondo no extraordinaria. Sí, el dinero lo había recibido por separado, como anticipo por parte de la señora, como prima ante el embarazo por parte del notario. No, no le había parecido incorrecto. Sí, el semen lo había localizado él, tenía algunos donantes voluntarios, profesionales muy serios, cuya salud podría garantizar absolutamente, lo que le permitía utilizar semen fresco, no era necesario congelarlo, garantizaba él que

no había ningún riesgo. No, lo del grupo sanguíneo ni se le había pasado por la cabeza, o si lo pensó tuvo que apañarse como pudo, obviamente no tenía a su disposición al donante perfecto. Sí, la señora lo sabía. Sí, los dos chicos eran hijos del mismo padre. No, nadie había vuelto a ponerse en contacto con él durante más de veinte años. No, del nombre del donante no se acordaba, y además él no llevaba registros.

Los acontecimientos empezaron a adquirir un ritmo de lo más acelerado. En la tarde del mismo día —a Palmira la citaron para el día siguiente— se presentó espontáneamente el señor Domenico, con el mismo silencioso abogado de la vez anterior, para realizar una declaración sobre los hechos que se le imputaban.

—En realidad —dijo el juez— no me consta que, por el momento, se le haya imputado nada.

—Entonces —señaló el señor Domenico—, simplemente he venido a realizar una declaración en relación con los hechos conocidos.

—Mucho me temo que los hechos conocidos no sean muchos, siempre por el momento —objetó de nuevo el juez.

El señor Domenico, bastante abatido, buscó con la mirada a su abogado, quien le hizo un gesto de resignación.

—He venido a realizar una declaración. —Fue el último intento del señor Domenico.

—¡Pues bien, hágala de una santa vez! —le dijo el juez, que estaba aquel día de pésimo humor.

La declaración del señor Domenico, entre interrupciones, disputas, aclaraciones, correcciones, aclaraciones, duró varias horas. Pero puede resumirse en sus términos esenciales con bastante rapidez.

El señor Domenico, que debía de haber pasado una noche sin dormir y parecía aún atormentado por sus Erinias personales, comenzó por confesar los errores que había cometido en su juventud, para continuar después con una descripción de las innumerables maldades y los horribles abusos de los que había sido objeto desde entonces. Por otra parte, el notario Ricci, que había sido amigo y colega suyo en los tiempos precedentes a sus desventuras, fue al principio el único en tenderle una mano, en ofrecerle trabajo y, aparentemente por lo menos, en demostrarle un mínimo de comprensión. Pero más tarde tuvo que constatar que los sentimientos que habían inducido al notario a brindarle un empleo no eran exactamente positivos: durante todos aquellos años había sido humillado, explotado, objeto de abusos y de burlas en todos los sentidos y había aceptado aquella vida infernal sencillamente porque era incapaz de imaginarse otra diferente, siempre había vivido en la convicción de que nadie más le daría ni el más mísero puesto. Tal vez no fuera así, ahora empezaba a percatarse, pero entonces estaba seguro de ello, y además él nunca había sido un hombre de grandes necesidades; en el fondo, lo que el notario le pagaba le bastaba para sobrevivir. Y, en realidad, había una última razón: vivir con el hombre al que a

esas alturas odiaba más que a cualquier otro en el mundo le daba la posibilidad de aspirar a un posible desquite: todos los hombres, tarde o temprano, deben hacer frente a una crisis, todos terminan conviviendo con alguna debilidad, todos luchan contra sus miserias, se atormentan por alguna razón. Más pronto o más tarde. De modo que él optó por esperar. Para ser sincero, el notario no se había prodigado desde luego en facilitarle las cosas, era un hombre extraordinariamente egocéntrico, y ni siquiera la crisis familiar que lo había condenado a la soledad parecía haberlo entristecido. Pero al final llegó, sin duda inesperada, su oportunidad. Porque era él quien llevaba las gestiones con la compañía de seguros que se ocupaba de todos los problemas de la familia Ribaldi Ricci, desde la salud a los coches, fue ante sus ojos donde cayó un requerimiento de aclaración relativa a los grupos sanguíneos. La carta solicitaba que se realizaran comprobaciones acerca de los datos recogidos en los informes médicos, y al señor Domenico no le costó demasiado establecer que los datos debían de haber sido incorporados a los informes por la misma persona, la matrona que casualmente había participado en los dos partos de doña Maria Teresa, una tal Rosa. Absolutamente ignorante del significado que podían llegar a tener los datos, deseoso de no crear problemas —el notario acabaría tomándola con él en cualquier caso—, antes de plantear la cuestión a la dirección del hospital o al secretario del departamento de Obstetricia, el señor Domenico interpeló a la señora Rosa. Para su sorpresa, la reacción de esta última fue muy particular; tuvo la impresión de que la matrona descubría que habían encontrado un tesoro o algo parecido. Con entusiasmo poco disimulado le pidió que tuviera un poco de paciencia, tenía que hacer unas cuantas investigaciones, comprobar algunos detalles. Luego lo citó en su casa, un lugar bastante sórdido en un barrio popular de las afueras de la ciudad. La mujer estaba muy tensa, era evidente que estaba dando un paso sobre el que había meditado mucho, pero que no dejaba de provocarle temor. Lo sometió a interrogatorio; antes que nada, quería saber qué clase de hombre era, el afecto que sentía por su empleador, qué riesgos estaba dispuesto a correr para ganar dinero, mucho dinero. El señor Domenico se percató de que no era momento para la simulación y la hipocresía; le contó algo de su pasado y su presente, lo indispensable; le dijo que no estaba muy interesado en el dinero, pero sí, y mucho, en obtener cierta satisfacción.

—*Mai paghèda* —dijo Rosa.

—¿Perdón? —preguntó el señor Domenico, bastante confuso.

—La satisfacción nunca se paga —señaló la señora Rosa—: *una sudisfaziò; mai paghèda*. Ya sabe usted, lo dice el proverbio. El proverbio romañol.

El señor Domenico desconocía el dialecto y no le gustaban los dialectos, por lo que decidió no hacer comentarios y permaneció en silencio, algo irritado.

La señora Rosa fue clara y explícita, consciente ella también de que esas concretas pruebas de laboratorio eran siempre exactas y demostraban, sin lugar a dudas, que los dos muchachos eran hijos de otro, no del notario. Le dijo que se trataba de una información preciosa, que podía llegar a ser una auténtica mina de oro.

Le propuso que fueran a medias; no podía negarse a recibir el dinero, porque la colocaría a ella en una situación insegura y bochornosa a la vez. Si creía poder aceptar la propuesta tal como ella se la estaba planteado, perfecto; si no, no se haría nada, pues sin él ella se veía imposibilitada para actuar. Si en cambio aceptaba, lo mantendría lejos de cualquier posible problema, se encargaría ella de todo. Le tocaba decidir.

Al señor Domenico lo que seguramente le hubiera gustado habría sido hacer públicos los hechos, que todo el mundo se enterara de qué clase de animal cornudo era el notario. Pero, pensándolo mejor, para una solución como esa siempre quedaba tiempo, sería más divertido no hacerlo de inmediato, precipitarse le parecía un decisión tosca y a fin de cuentas un poco apresurada e ingenua. Así que aceptó.

La señora Rosa fue muy eficiente. Se puso en contacto con la esposa del notario y le expuso brutalmente los términos del chantaje: de forma inmediata, todo aquello que pudiera darle, y que no intentara venirle con mandangas, contaba con sus fuentes de información. Más adelante, una cantidad fija, que se determinaría teniendo en cuenta la asignación del notario, no sería difícil echar cuentas. Doña Maria Teresa debía de tener un miedo tremendo, pues aceptó todas las condiciones sin rechistar.

El señor Domenico vio cómo le llegaba a casa un montón de dinero, en primer lugar una cifra sustanciosa, después una especie de renta. De ese dinero nunca llegó a utilizar un solo céntimo, todo seguía aún en su cuenta bancaria, no era eso lo que le interesaba. La señora Rosa iba a su casa una vez al mes, con el dinero en la mano, a veces se entretenía charlando un rato, parecía una buena mujer que jugaba en bolsa. Pero Domenico no estaba satisfecho, quería algo más, sobre todo quería hacer algo que hiriera al notario de forma directa, evidente y pública; hacer daño a su esposa no le interesaba, solo que no se atrevía a tomar iniciativa alguna; se sentía incluso algo intimidado por la señora Rosa, que se jactaba de sus amistades y declaraba que no lo perdía de vista.

Al final ya no pudo aguantar más, todo aquel dinero que se acumulaba en su cuenta corriente solo servía para recordarle cuánto más agradable y cálida, y embriagadora, era la venganza. Y fue así como escribió la carta anónima, esa que había puesto en marcha todo el mecanismo que el lector ha podido conocer leyendo estas páginas, tal vez incluso con una importante contribución de la casualidad: desde luego, era posible que la carta no hubiera sido deliberadamente responsable de los fallecimientos, también sobre esa posible relación pesaban esas necropsias tan vacilantes e inciertas. Pero ya sabemos cuán falaz puede ser la medicina.

Después de haber escrito la carta anónima, el señor Domenico mantuvo bajo estricta vigilancia al notario, controló todos los días en el libro de registro de las actividades diarias a quién escribía y a quién llamaba, hasta el fatídico día en el que llegó a la conclusión de que, en el fondo, al notario la situación no le incomodaba demasiado, le interesaba hasta cierto punto el haber sido informado de algo tan humillante, lo que más temía realmente era que de ello hablasen los demás, que

circularan chismorreos en los bares, en los salones de las señoras burguesas que se propinan horribles imitaciones de té solo para poder contarse en cuánta caca se está hundiendo fulano y en cuánta orina se está ahogando mengano. Y por eso había tomado nuevas iniciativas. Había escrito una carta anónima a doña Maria Teresa, contándole cómo estaba la situación, quiénes sabían las cosas y quiénes las organizaban, quién reaccionaba de determinada manera y quién no reaccionaba en absoluto. Y además había dejado una nota sobre el escritorio del notario en la que estaba escrita de manera ambigua «Todos debemos morir, empieza a darle vueltas». Luego se hizo de nuevo con la nota, dejando perplejo al notario, consciente solo entonces de tener el enemigo en casa y acertadamente asustado. De este modo, renunciando a mantener un aplomo apreciable a costa de considerables esfuerzos, el notario fijó citas con todas las personas importantes que podían asegurarle cierta protección y se decidió a llegar hasta el final con la historia de los niños: una vez que se hiciera de dominio público, ¿quién tendría el valor de tomarla con él?

Solo en este momento intervino el juez, ya le parecía saber lo suficiente.

—Dígame una última cosa, señor Domenico. ¿Era usted la persona a quien vieron en el piso del notario, justo antes de que se retirara a su habitación?

—Sí —respondió el señor Domenico, joven pasante setentón, que ahora parecía incluso más alegre—, era yo.

—¿Le habló?

—Sí, unas pocas palabras, pero hablé con él.

—Y...

—Y le dije que en sus zapatos no me sentiría tranquilo en absoluto. Nada más. Pero él ya estaba asustado por su cuenta. Mantenía la compostura pero se le veía atemorizado. Desapareció en el interior de su sepulcro, como si hubiera sido arrebatado por un torbellino.

—Sepulcro en el que, según el médico forense, aquel hombre con tanto temor a la muerte acabó por toparse con la antedicha, como si se tratara de una cita. En otras palabras, podríamos decir que estaba tan asustado que no le aguantó el corazón. ¿O no?

—¿Es que quiere atribuirme la culpa?

—No lo sé todavía, ya veremos, pero la suya no me parece una mala idea. Mientras tanto firme la declaración.

El abogado había empezado a pronunciar una especie de discurso, todo él basado en la observación preliminar de que, en todo caso, no había sido proferida amenaza alguna, y de que sea como fuere... cuando se dio cuenta de que el juez había salido por una puerta lateral, sin despedirse de nadie, y de que se había quedado a solas con su cliente y el mecanógrafo.

Palmira resultó un hueso un poco más duro de roer, ya era persona de mal carácter por su cuenta y en segundo lugar estaba asustada y recelosa, puesto que no tenía las ideas claras acerca de lo que sabía y de lo que no sabía el juez. De modo que toda la primera parte del interrogatorio fue avanzando a trancas y barrancas, con Palmira, que —no se sabe si por iniciativa personal o porque se lo había sugerido su abogado— hacía que le repitieran todas las preguntas y luego respondía con monosílabos, sí, no, con alguna concesión a no me acuerdo. Todo esto hasta el momento en el que el juez se hartó y le soltó unos cuantos gritos, mostrando por fin toda su naturaleza de macho agresivo, prepotente y prevaricador. Palmira, quienes la conocían lo sabían bien, era fundamentalmente una mujer tímida, y aquel disfraz de feminista-anarquista-mujer de barricada lo llevaba sujeto con alfileres y estaba destinado a volar con la primera ráfaga de viento, dejándola bastante al descubierto. Así, desde el momento de los berridos, las respuestas fueron cada vez más adecuadas e incluso más sinceras.

Guiada por las preguntas, no siempre hábiles pero fundamentalmente congruentes del juez, Palmira fue contando las cosas tal como las sabía, es decir, casi como habían sucedido. Si me lo permite el lector las resumo, la conversación podría resultar un tanto fragmentada y me gustaría evitar las numerosas repeticiones.

En sustancia, lo que el juez fue incapaz de sacar a la luz en el coloquio fueron las razones del enorme apego que siempre había demostrado Palmira hacia doña Maria Teresa y sus hijos. Sobre ese particular, Palmira nunca se desabrocharía siquiera ni el botón superior de su blusa, era una razón que debía permanecer en secreto, nunca dejaba de avergonzarse. Si realmente lo desea el lector, le contaré yo la verdad, con tal de que no se me hagan preguntas insidiosas acerca de cómo llegué a enterarme: Palmira, cual buena chica homosexual que se había pasado toda la vida ocultando sus inclinaciones, se enamoró de doña Maria Teresa desde la primera vez que la vio, e incluso solo tenerla a su alrededor, recoger las migajas de sus emociones, le bastaba, le proporcionaba grandes alegrías que para ella no tenían precio. La señora estaba al corriente de esta pasión, y en alguna oportunidad —en los momentos de mayor soledad— incluso había correspondido un poco a tales sentimientos, un poco, solo lo suficiente para poder satisfacer una curiosidad; cómo son las cosas de verdad al otro lado de la cama, echar un vistazo a una sexualidad basada en la ternura, son muchas las mujeres que quisieran saberlo. Antes de que su huida de la realidad se convirtiera en un hábito, Maria Teresa se encontró entre los brazos de un hombre, un hombre que le gustaba mucho, y tomó su decisión. Palmira se quedó allí, en parte porque no sabía adónde ir, y además porque aquella era su familia en cualquier caso, con sexo o sin sexo.

En el relato de Palmira todas estas cosas no aparecían, pero sí otras, muchas otras. Palmira, por ejemplo, había sido testigo del encuentro entre las dos mujeres, doña Maria Teresa y la señora Rosa; la primera quiso que estuviera a su lado, la segunda no vio razones para excluirla. La historia de Palmira no desveló nada que el juez no supiera ya, excepto alguna información más precisa sobre las cifras. El primer pago resultó realmente gravoso; Rosa se había hecho una idea bastante precisa del patrimonio personal de la esposa del notario, de su propio dinero, de los regalos de su marido, de las joyas, todo lo cual había pasado a sus codiciosas manos. Para después, Rosa había pedido ver la asignación mensual del notario y lo había dividido entre tres, tenía un socio, había susurrado confidencialmente, parecía querer despertar simpatía y conmiseración, ella también tenía sus problemas. Los pagos siempre se realizaban en efectivo y siempre era ella, Palmira, la que llevaba el dinero a esa especie de casa de muñecas en la que Rosa vivía; las pocas veces en las que no había podido ir había tenido que acercarse a su casa la exmatrona, muy molesta y vagamente amenazadora.

La entrega del dinero había cesado cuando descubrieron que alguien había informado al notario de que era ajeno a ambas concepciones; era inútil seguir haciendo sacrificios tan gravosos, tanto valía que las cosas se desarrollaran de acuerdo con la voluntad del destino. La señora Rosa había dado señales de vida en varias ocasiones, sobre todo en el primer mes, llamando por teléfono, yendo un par de veces en persona a ver a doña Maria Teresa para conminarla a reanudar los pagos. Al final debió de darse cuenta de que sus instrumentos de presión habían dejado de ser eficaces y se había resignado, al menos en apariencia. Tras la muerte del notario, había telefoneado directamente a Palmira para decirle que conocía el nombre del responsable de todo aquel desaguisado, cinco mil euros y se lo diría, pero solo a ella. Palmira había reunido dos mil y había ido a su casa, a la hora en la que —aunque ella no podía saberlo— Rosa acostumbraba a tomar un baño muy caliente. Había encontrado la llave, había entrado sin llamar al timbre, la había descubierto sumergida en el agua hasta el cuello, con la cara muy colorada, algo irritada pero en el fondo contenta de verla. Al principio habían cotorreado un poco, que si dos mil son pocos, que si son suficientes, cosas así. Al final Rosa se había ablandado, entre otras cosas acaso porque de vez en cuando echaba un trago de una botella que se fue vaciando rápidamente. La conversación se fue volviendo amistosa, había aparecido una botella de coñac también para Palmira, y después, de la misma misteriosa manera, había surgido de la nada un polvillo blanco que era necesario esnifar; Palmira sabía lo que era, no había nacido ayer, pero nunca lo había probado. Alcohol, cocaína y el intenso calor del baño hicieron su efecto sobre ambas mujeres, y la primera en perder el contacto con el resto del mundo fue Palmira, que durmió dos horas enteras. Al despertar descubrió que la señora Rosa se había ido a un mundo mejor, solo el arranque de la nariz y la frente le sobresalían del agua. Lo ordenó todo un poco, eliminando lo que consideró huellas de su presencia en aquel cuarto de

baño, y se volvió a casa, con los dos mil euros en el bolsillo, aunque sin el nombre del malvado. Eso era todo.

El juez, llegados a ese punto, sabía lo suficiente; las investigaciones podrían considerarse terminadas. El único delito que pervivía era el chantaje y el único chantajista superviviente era el señor Domenico, pobre animal, que tendría que pagar por todos.

El señor Domenico había comprendido perfectamente cómo iban a acabar las cosas, y esa certeza había derribado los residuos de su resistencia, pocos y más bien frágiles. Por otro lado, había conseguido una suerte de desquite, y no le importaba imaginar que fuera verdad que el ataque al corazón del notario hubiera sido obra suya. El problema era que no estaba seguro del todo, que al final iba a ser el único en ser castigado, y que no tenía más deseos de vivir en un mundo que manifestaba su hostilidad hacia él todos los días. De modo que el señor Domenico pensó seriamente en el suicidio. El señor Domenico, nuestro señor Domenico, no era religioso, se llamaba a sí mismo «un racionalista agnóstico», pero en realidad era ateo, no creía en la existencia de Dios fuera cual fuera el lado desde el que se examinase la cuestión; al mismo tiempo, estaba convencido de ser el único dueño de su propia existencia y no consideraba oportuno pedir permiso a los demás; la vida no se alquila ni se cede en enfiteusis, si se toma la decisión de suprimirla. La única cosa que lo contenía era el hecho de sentir un poco de miedo. Entendámonos, no un terror ciego y desmesurado, no se le vaciaban los intestinos al pensar en el suicidio, era solo un poco de miedo: en una palabra, que hubiera preferido morir de muerte natural.

En aquellos días, tan intensos, incluso algo convulsos, solo había habido un hombre que lo había tomado en serio y había manifestado, en relación con él, algo de humanidad: el juez que lo había interrogado. Duro pero consciente de tener frente a él a una persona, con emociones y sentimientos humanos. En ciertos momentos de su coloquio incluso llegó a mostrarse amable, lo había ayudado a salir de alguna trampa en la que se había metido él solo. Es verdad, se había marchado con cierta brusquedad, pero ¿no era eso también un indicio de emoción? Eran poco más de las nueve de la mañana, la mañana de un día laborable normal; el señor Domenico se sentó en la mesa y escribió una larga carta dirigida precisamente a él, al juez de buen corazón. Puso en ella todos sus sentimientos, sus desventuras, habló de las humillaciones sufridas, de las maldades que el mundo le había propinado, de lo mucho que le habría gustado tener un amigo o ser amado por una mujer, y de cómo, en cambio, su camino lo había obligado a cruzar un desierto, donde no crecía ni la amistad ni el amor. Sabía que la justicia debía seguir su curso, que él debía prepararse para pagar por el daño que había hecho, pero le pedía a él, a su juez, un gesto que le diera algo de ánimo, que le consintiera reunir valor para continuar. A él, a su juez. En el fondo, no pedía mucho, solo un poco de comprensión y de simpatía, nada más. En el último párrafo, el más conmovedor, también fue muy escueto. Esperaré hasta mañana —escribió el pobre hombre— y si no recibo un señal de su comprensión, me quitaré de en medio. Y la carta, escrita por uno que había trabajado toda su vida en una notaría, terminaba con un terrible «Con deferencia». El señor Domenico escribió

«Personal y confidencial» en el sobre, llamó por teléfono a un coche «de alquiler con conductor» y entregó la carta para que le fuera entregada inmediatamente al juez. Después se sentó, con cierta tristeza y con mucha ansia, a esperar.

El juez recibió una carta justo antes de la pausa del mediodía: le llamó la atención el «personal y confidencial», que sonaba un poco amenazador, y la abrió. La leyó con la mayor atención —la carta era bastante larga, dos páginas de escritura apretada— y hasta llegó a conmoverse un poco con la lectura, era una carta preciosa, de sentimientos muy sinceros; aquel hombre merecía ser ayudado, no podía olvidar que el suyo había sido un testimonio espontáneo. El último breve párrafo, el realmente importante, en cambio, no lo leyó; la verdad es que llegó al final un poco cansado, y además las últimas líneas son siempre innecesarias, saludos, recomendaciones, cosas así. Echó una mirada al «con deferencia» que le hizo sonreír y metió la carta en un cajón donde la dejó olvidada. Salió del despacho y se dejó llevar por otras mil preocupaciones.

El señor Domenico esperó, mal durmiendo apenas un par de horas, hasta la mañana siguiente. A las nueve se tragó una cantidad letal de tabletas de barbitúricos y entró rápidamente en un sueño definitivo. A las catorce horas se lo encontró en tal condición la señora de la limpieza, quien intentó despertarlo en vano.

Como es natural, la vida no se detiene, no podemos hincar una rodilla en el suelo o llevarnos una mano al corazón como señal de homenaje a uno de los muchos pobres desgraciados golpeados por la adversidad, todo sigue, la casualidad hoy, mañana un acto voluntario, todo sigue. El último acto voluntario de Primo fue sentar juntos a un lado y a otro de la mesa a Pavolone y a su «novia» Maite, para tratar de averiguar qué clase de desastres se estaban preparando. Proverbio, recién llegado a casa desde el hospital y aún muy muy débil, había pedido que le contaran la historia y había hecho un esfuerzo considerable por traducir algunos proverbios romañoles adecuados a las circunstancias a un italiano pasable. Algunas traducciones le habían salido muy bien, o por lo menos eran comprensibles y no demasiado alejadas del original (*si el buen Dios castiga los pecados del chocho, en el cielo no habrá desmocho*); otros, lo cierto es que no le habían salido y tuvo que dejarlos en su lengua original sin subtítulos (*l'arvéna de furmay l'è la gratusa, l'arvèna di burdèll l'è la balusa*)^[10].

Primo había decidido no volver a tocar el tema «profesor Reggiani»; la última vez que lo había hecho había causado una ulterior complicación adicional, de la cual era incapaz de sentirse responsable ni disgustado. Todo surgió con unas palabras de leve crítica que había dirigido a Pavolone («no puedes arreglar los problemas así; la violencia, ya lo sabes, al final se vuelve en tu contra...»): este educado reproche no había inquietado en exceso a Pavolone, la verdad, quien sin embargo había pensado que el auténtico significado de esas palabras tenía que ver con el temor a que Maite lo considerara un hombre violento y sin educación. Por lo tanto, se había apresurado a escribirle una larga carta de explicación y de disculpa a su última víctima y se la había enviado a su casa, sin más precauciones. La señora Reggiani, intrigada por una caligrafía muy muy peculiar, la había abierto y la había leído. Al principio, todo hay que decirlo, se había divertido, la carta estaba escrita en un italiano bastante dubitativo, y en la primera hoja por los menos era prácticamente incomprensible. Al rato, la señora Reggiani dejó de sonreír y tuvo que sentarse para proseguir con la lectura. De su encuentro de aquella noche con su marido poco se sabía, pero no había sido posible hacer caso omiso del nuevo, evidente hematoma que había aparecido bajo un ojo del médico, un moratón que tenía tonos de color que no casaban bien con los otros, los causados por un misterioso accidente de coche del que, según se dijo, el profesor Reggiani no recordaba casi nada.

La cena estaba muy rica, Maria seguía aún en una fase de gratitud plena, convencida todavía de que Primo había castigado —personalmente o no, importaba poco— a su agresor. Maite y Pavolone habían comido como lobos (Maite, observó Primo, estaba ganando peso) y se habían mirado largo rato a los ojos. Las gemelas

sentían un poco de celos por Pavolone, a quien consideraban propiedad privada, pero no querían enemistarse con Maite, que era una narradora de cuentos fuera de lo común.

Primo intentó, con todas las cautelas, afrontar el problema de los novios de hoy, de cuánto han cambiado las cosas, del nuevo concepto de fidelidad, de la importancia de una vida a la vez afectuosa y sexual, y también de los costes de la vida en común y de las preocupaciones que puedan llegar a dar los hijos. Maria, que iba y venía desde la cocina, oía trozos de la conversación y estaba intrigada, pero no sabía adónde quería ir a parar Primo, aunque desde luego eran alusiones que nada tenían que ver con ella. Maite y Pavolone en parte lo escuchaban y en parte no, y en todo caso no parecieron captar el mensaje, la cosa no parecía atañerles en exceso. Luego, de repente, Maite, como si se hubiera acordado de algo que necesitaba ser resuelto inmediatamente, le preguntó a Primo si la caseta de las herramientas, en muy mal estado, cerca de la carretera principal y que en realidad nunca había sido habitada, era según él un lugar donde Pavolone y ella, una vez efectuadas las obras esenciales, podían vivir juntos y seguir trabajando para la familia. Sin darse cuenta en absoluto de la expresión de terror que se había dibujado en la faz de Primo, Maite había continuado ilustrando con elocuencia las ventajas que se derivarían sin duda de un alojamiento así y quién sabe qué ulterior forma de sufrimiento habría infligido al alma sensible de su interlocutor de no haber sonado el teléfono de casa. Primo, encantado de tener un pretexto para truncar la conversación, se precipitó a responder: eran dos amigos de Proverbio que se interesaban por su salud y querían saber si, por casualidad, y siempre que no fuera demasiado tarde, podían acercarse un momento a saludarlo. Eran más de las nueve de la noche y, en otras circunstancias, Primo habría dicho que no, Proverbio ya se había ido a la cama y además, cansado y débil como estaba, era mejor no molestarlo. Pero la idea de volver a sentarse con los dos «mocosos alovados» (definición de Proverbio, quien empleaba la palabra «lovo» para señalar a un individuo glotón) para escuchar sus planes de futuro, que incluían también la sustracción de su amada cabaña de herramientas, no podía soportarla. Así que pidió a los amigos de Proverbio que tuvieran un poco de paciencia y fue a preguntarle al convaleciente si se sentía con ganas de recibir visitas. Al cabo de diez minutos, los dos estaban llamando al timbre y Primo, que no se había quedado con sus nombres, pudo mirarlos a la cara. A uno nunca lo había visto; el otro era Sante, el segundo de los hijos de Platone Sensori, más conocido como el donante.

Apenas permanecieron diez minutos en la habitación de Proverbio, era demasiado evidente que este estaba sin gasolina. Cuando bajaron, no había nadie a la vista: Maria se había ido a llevar a las niñas a la cama, y Maite y Pavolone se habrían encovado en algún sitio, practicaban sexo incluso entre un polvo y otro.

Primo conocía a Sante solo de vista, pero había oído hablar de él muy a menudo y de muchas maneras. Se sentaron a charlar y beber aguardiente; el amigo de Sante en realidad se limitaba a beber. Sante era un charlatán, simpático, con cientos de

historias que contar. Una mirada al pasado y ¡listo!, he aquí una nueva historia, acaso cambiándola un poco aquí y allá para que resultara más creíble. Acabaron hablando del notario, de su esposa y de sus hijos, y de lo que decía la gente, de la de desvaríos que se habían inventado sobre aquellos desgraciados. Primo quedó intrigado.

—También se dice que el donante del que se sirvió tu hermano eras tú.

—Chorradas. Mi hermano siempre ha estado convencido de que mis trastornos nerviosos, tics y todo el resto son hereditarios; por parte de mi madre también hay varias personas que han sufrido ese tipo de cosas, casi siempre siendo niños, algunas veces cuando ya eran mayores. Imagínate si con el miedo que tiene siempre hubiera hecho algo que le pusiera en condiciones de ser objeto de una demanda o, aún peor, de tener que pagar algo de dinero.

—Así que sigue siendo un misterio de quién son hijos esos dos chicos.

—Yo diría que como misterio es un asco. Yo no se lo he preguntado nunca, pero estoy casi seguro de conocer a tres de sus donantes por lo menos. Uno era Sante Pistocchi, que murió en un accidente de coche, pero sus hijos se reconocen porque tienen todos una nariz que hace sombra a la barbilla, incluso las mujeres. El segundo fue Viliero Sansarini, y aquí nos adentramos en terreno pantanoso, porque Viliero es el delincuente ideal, nadie sería capaz de describirlo a la policía, el auténtico hombre cualquiera. Y también sé que, en caso de apuro, llegaba a pedírselo a Gaetano, que sin embargo no ponía nunca las cosas fáciles y decía que sí o que no en función de las circunstancias; no quería tener hijos con chicas feas. Y, por si no bastara, Gaetano acabó juntándose con una de esas chicas; antes no se conocían; después, de repente, amor para toda la vida, y luego dicen que soy yo el que está loco. Y además hubo muchos más, estudiantes, incluso un seminarista.

Y así otra pieza del rompecabezas quedó encajada por sí sola. Por casualidad.

Para averiguar cómo la casualidad dispuso que la última tesela del mosaico se colocara en su sitio, hay que llamar en causa a dos personajes que con el resto de la historia no tienen nada que ver, un asesor fiscal de unos treinta y cinco años, Francesco, y una de las mejores amigas de su esposa, Gloria. Los apellidos es mejor dejarlos correr, mucho me temo que su historia aún no ha terminado y, conociendo a la mujer de él, no quisiera crearles problemas.

Francesco se había casado tres años atrás con una chica de veintidós años, Serena, de lo más despierta, que jugaba en el equipo de baloncesto femenino del que él era seguidor. Se enamoró de inmediato de dos cosas, de sus piernas, largas pero que muy largas, aunque en absoluto delgadas, y de su tiro en suspensión. En cuanto a ella, a fuerza de verlo en primera fila, todos los partidos, gritando «Vamos, Robur», acabó por sentirse intrigada y le sonrió. Él la esperó a las puertas del vestuario y durante un par de semanas salieron en grupo, ella, él, un par de amigas de ella, dos amigos de él. Después empezaron a preferir verse a solas, se fueron a vivir juntos, solo para ver cómo iba, y al final decidieron casarse. Los testigos de su boda fueron los mismos amigos con los que habían salido las primeras veces, y Gloria era una de ellas.

Durante esas célebres tardes de juerga, antes de la boda, Gloria sintió un flechazo de los buenos por Francesco, algo inusual en ella, considerada por todas sus amigas, si no frígida, por lo menos «cerebral». Gloria llegó a sondear las intenciones de Serena para ver si no sería mejor volver sobre sus pasos, y comprendió —no le resultó difícil— que se trataba de amor verdadero. Serena se había dado cuenta de que Gloria estaba acechando a su novio pero, siendo una chica deportiva, aceptó la competencia. Así que cuando vio que Gloria se retiraba ordenadamente, llegó a la conclusión de que había sido una victoria por puntos. En realidad, se equivocaba, Gloria simplemente se había echado a un lado, pero renunciar no encajaba en su carácter.

Con el matrimonio, la vida de Serena sufrió algunos cambios. Dejó de jugar al baloncesto y, dado que Francis era un profesional bien establecido y ganaba mucho dinero, no consideró oportuno buscar un trabajo. En tres años tuvo dos hijos, situación favorecida por el hecho de que había tomado carrerilla, pues cuando se casó ya estaba embarazada de pocos meses.

Ya se sabe lo que pasa con las mujeres que eligen la profesión de madre: cada vez van más raramente a la peluquería, renuncian a perder esos dos o tres kilos de más que se les han quedado después del embarazo, se muestran menos disponibles hacia la vida sexual y cometen errores irreparables como el de aguzar demasiado evidentemente el oído para ver si el bebé está llorando justo en el momento en que el marido se está matando para arrancarle una sonrisa. Se dice que a veces un susto

saludable —como encontrar tres largos cabellos rubios en la camiseta del marido— consigue que recobren la razón, personalmente no estoy seguro, no tengo experiencia al respecto. En el momento en el que Gloria y Francesco entran —por casualidad— en nuestra historia, las cosas habían llegado lo suficientemente lejos, aunque no tanto como provocar daños irreparables: Serena seguía estando completamente absorbida por sus hijos y no tenía razón alguna para sospechar que su marido estuviera cazando fuera de su territorio; Gloria y Francesco follaban de manera ocasional, sin estar realmente seguros de haber empezado una relación seria.

Los dos se tomaron de la mano, por primera vez, en el cine, impulsados en su audacia por la ausencia de Serena, pero corriendo en todo caso un elevado riesgo porque iban con un grupo de amigos. Hicieron el amor por primera vez en el coche de él, después de aparcar en un camino rural y superando —el poder de la pasión— un montón de dificultades óseas y articulares. Después de esa difícil experiencia, él se comprometió a buscar un apartamentito y negoció con un amigo que quería irse del suyo, pero que posponía el abandono definitivo de semana en semana. De modo que rebuscaron en la lista de hoteles por horas, Francesco preguntó a sus amigos, y, al final, recibieron dos recomendaciones diferentes: un pequeño hotel, agradable y cómodo, llamado la Luna Rosa; una pensión, un poco menos bonita y un poco menos cómoda, que respondía al nombre de Pensión Ocaso, que tenía la indudable ventaja de estar situada en un lugar por el que casi no pasaba nadie, aunque tuviera la desventaja al mismo tiempo de que si alguien te veía por esos parajes sabría también por qué habías ido allí. Como es natural, optaron por la Luna Rosa, cuyo único defecto era que había que reservar las habitaciones con diez días de antelación por lo menos.

Esta relación con Francesco le había creado ciertos problemas a Gloria, cuyo rendimiento en el equipo había disminuido de repente, para disgusto de su entrenador. Dado que Gloria era la mejor atleta de su equipo, su mala forma había afectado a los resultados, hasta el extremo de llamar la atención del patrocinador, que al principio se mostró sorprendido, a continuación enojado, y terminó pidiendo cuentas por la sucesión de derrotas, menudo agradecimiento por todo el dinero que había invertido. Las reprimendas fueron cayendo en cascada hasta el último escalón, el del entrenador, a quien no se le ocurrió nada mejor que una buena concentración, todos a las colinas para oxigenarse, nada de salidas, se acabaron los privilegios. Todo esto coincidiendo con los días en los que Gloria y Francesco ya se habían acostumbrado a verse.

Gloria apenas tuvo tiempo de llamar a Francesco —el autobús estaba ya a punto de salir para la maldita concentración— y Francesco, después de soltar algunas palabrotas, llamó al hotel para cancelar la reserva. Acababa de colgar el móvil cuando se topó con Maite, que iba caminando con la cabeza en las nubes, sin una meta precisa. Los dos se conocían bien, por más que su relación hubiera terminado mucho antes del matrimonio de Francesco. Intercambiaron algunas palabras, luego Maite fue

incapaz de guardarse su gran noticia. Tenía un amigo, dijo, no, no pensaba en casarse, él estaba casado, pero había prometido montarle una casa, diría adiós al pasado, no, no se arrepentía, bueno, cierta pena sí que le daba, pero era su oportunidad. Francesco pensó en la tarde libre que le había surgido, se preguntó por qué tenía que desperdiciarla, se acordó de algunos momentos que habían pasado juntos —nada, pero que nada mal— y lo intentó:

—¿Y qué tal una despedida de soltera? —le preguntó.

Maite no sabía lo que significaba esa expresión en italiano, pero comprendió que era una invitación, no tenía nada mejor que hacer, Francesco le gustaba: dijo que sí. Francesco telefoneó al hotel para confirmar la reserva, pero la habitación ya estaba ocupada por otras personas. Se le vino a la cabeza el otro lugar, la pensión, qué más le daba si alguien los veía, Maite no era desde luego mujer que se planteara esos problemas. Llamó por teléfono. Había una habitación libre.

Confío en que el lector recuerde que de la Pensión Ocaso ya hemos tenido ocasión de hablar; es más, aparte de hablar y describirla como un confortable refugio para parejas irregulares, hemos destacado su principal característica, su capacidad para obrar como caja de resonancia de cada susurro, incluso del más débil, para transformar el casto, quedo y tímido chasquido de un beso robado en una especie de disparo de cañón, para no dejar lugar a los secretos, para hacer pública cada emoción, incluso del menor relieve. Ahora bien, imagine el lector cuántas casas de alivio destinadas a saciar la frustrada satisfacción de nuestro mayor apetito existen en una ciudad como esta: ¿cincuenta?, ¿cien tal vez? Y, a continuación, ¿cuántas son las probabilidades de que una pareja, pese a poder elegir entre muchos posibles lugares de reposo, vaya a caer derechita en aquel que, único entre todos, no solo no respeta los secretos, sino que por el contrario los hace inmediatamente públicos a la altura de un anuncio en un periódico local? No muchos, ¿verdad? ¿Y querrá el lector apelar de nuevo a la casualidad? Pues nada, adelante, pero esta vez me temo que no será capaz de convencerme.

La casa de huéspedes era sin duda «discreta». No se topaba uno nunca con nadie en los pasillos, las formalidades se resolvían en cuestión de minutos, las habitaciones eran pequeñas pero limpias y, en invierno, bien caldeadas. Como a estas alturas el lector debe de saber bien, el gran problema de la Pensión Ocaso era la acústica, en el sentido de que era la mejor que uno podía imaginarse, justo lo contrario de lo oportuno para una pensión a la que la gente va solo a gemir y a jadear. De este modo, los orgasmos de la pareja de la habitación 11, la primera del pasillo de la primera planta, eran objeto de comentarios críticos por parte de la pareja de la habitación 29, que era la última del pasillo de la planta superior, que, como ya he dicho, parecía directamente conectada con la recepción.

Aquel día, la situación era la siguiente: Maite y Francesco mantuvieron esa clase

de relación sexual entusiasta y generosa que caracteriza los primeros momentos del encuentro de una pareja que no se ve desde hace tiempo y carece de motivos para no rendirse a la llamada del atractivo físico; ahora, más aplacados que cansados, se estaban haciendo algunos mimos y fumando un par de cigarrillos, a la espera de que el deseo se encendiera de nuevo. Habían oído, muy claramente, que la puerta de la habitación de al lado se abría primero y se cerraba después. Ahora podían escuchar claramente las voces de dos personas que hablaban entre ellos, imaginando probablemente que lo hacían en voz baja, ignorantes, o tal vez inconscientes, de la extraordinaria acústica del lugar, acústica que, en determinados puntos de algunas habitaciones, era capaz de poner un altavoz a los susurros.

Comprendieron, por algunos ruidos —un zapato arrojado al suelo, el chirrido de un armario, la puerta del baño que se abre y se cierra—, que los dos se estaban desnudando: debía de ser una pareja que tenía una larga comunión de vida, no mostraba ninguna prisa ni entusiasmo, parecía más bien una costumbre o tradición. Hoy es jueves, hoy se folla.

Se pusieron a escuchar, les parecía divertido que dos personas de diferentes sexos se enclaustraran en una pensión de dudosa fama para intercambiar información sobre el tiempo. Pero no era del tiempo de lo que estaban hablando. Por alguna razón, el hombre se hallaba exactamente en el lugar desde el cual los ruidos se propagaban con mayor nitidez justo en el momento en el que dijo:

—Tenéis que ponerlo todo en el vial que te doy, acabará en unos minutos. Pero es necesario que ella lo limpie todo, el vial tiene que llevárselo, que se deshaga de él lejos de casa. ¿Crees que será capaz?

El posible significado de esas palabras entró en la cabeza de Francesco lentamente, pero acabó entrando. En cuanto a Maite, no estaba segura de haber entendido bien, pero no dejó de darse cuenta de que su compañero estaba asustado, y ahora solo quería marcharse de allí. Se vistieron, tratando de hacer el menor ruido posible, y no se libraron del susto hasta que no se alejaron del hotel y estuvieron seguros de que no los habían seguido. En el viaje de regreso a la ciudad hablaron poco o nada, y no comentaron las palabras que habían oído.

Francesco tuvo una especie de rechazo, como los caballos cuando se detienen frente a un obstáculo, le costaba trabajo aceptar el hecho de que poseía una información que debía denunciarse ante la policía, podía estar en juego la vida de una persona. Después se le venían a la cabeza todas las hipótesis más absurdas —una alucinación auditiva, un estúpido juego entre dos amantes— y lo posponía, una y otra vez. Pasaron días antes de que se acordara de que tenía un amigo en la policía, y otros más antes de que pudiera dar con él. Le contó lo que había oído, tratando de transmitir incluso el sentido del drama que había percibido, más en el tono de voz que en las palabras. Le dio todos los datos útiles, la hora en la que salieron del hotel, el número de las dos habitaciones.

El policía tenía a Francesco por una persona seria, pero esa historia le recordaba a

los cuentos de cuando era niño, o a lo sumo a una mala película de crímenes. Por otra parte, no hacer nada podía entenderse como una descortesía hacia su amigo, a quien por lo menos quería tranquilizar. La pensión era una de esas que eran objeto de controles con cierta frecuencia, y justo en el curso de uno de esos controles el agente buscó el nombre de quien había ocupado esa habitación en particular en ese día en particular. Había una cosa que violaba la ley, pero que los hoteles por horas tendían a hacer de todas formas, anotar solo el nombre de un hombre y los datos de su tarjeta de identidad. De vuelta a la oficina el agente verificó los datos, era un médico, un tal Gaetano Diotallevi. El policía sintió un escalofrío, mira que si...

Al día siguiente, el nombre de Gaetano Diotallevi, médico del hospital local, al que unos testigos de fiar habían escuchado mientras pronunciaba palabras que podían estar relacionadas con un propósito criminal, se hallaba en la mesa del subcomisario, quien no podía hacer como si nada y a quien le entraron sudores fríos: lo que tenía que ver con esa historia simplemente no podía entenderlo, pero lo que sabía con certeza era que ese era el nombre del médico del hospital al que se le habían confiado todas las indagaciones médico-legales, empezando por los exámenes de la necropsia. El sudor frío se debía a la premonición —podría decirse casi que a la certeza— de que no tardaría en descubrir qué demonios unía a aquel hombre con la muerte del notario.

Como hacía de forma espontánea cuando era incapaz de descifrar un rompecabezas, Macbetto llamó a su mejor amigo.

—*Sit tè?*, ¿eres tú, Primo? ¿Me invitas a cenar?

—Con mucho gusto —respondió Primo—, porque tengo algo que contarte, una cosa que me pasó ayer por la noche.

—Lo mismo que yo. Ya nos lo contamos en la mesa.

Esa tarde Proverbio ya estaba un poco mejor, tanto como para entablar una discusión con Maria, que le había detenido la mano, culpable de poner demasiado vino Sangiovese en el caldo de capón. Primo no les prestó atención, contento en cualquier caso de que Proverbio volviera a ser el de siempre, y le habló a Macbetto de su encuentro con uno de los hijos de Sensori, el que estaba medio loco.

—El padre de los niños —dijo el subcomisario.

—Mira, ahí es donde te equivocas: aparte del hecho de que en aquellos días ni siquiera estaba en Italia, me ha contado que su hermano nunca lo escogía como donante a causa de un trastorno nervioso que padeció durante largo tiempo y que tenía orígenes familiares, un problema que podía ser hereditario. Parece que confiaba en cambio en algunos donantes fijos y, mira tú por dónde, en su otro hermano, el médico, ese tal Gaetano, que parece ser que era —y si lo dice Sante debe de ser verdad— el misterioso amigo de doña Maria Teresa, ese con el que se ve.

El subcomisario se había puesto muy serio, era como si una nube se le hubiera

colocado sobre la cara.

—Gaetano ¿qué? —preguntó el subcomisario, un poco irritado porque había empezado otra vez a sudar.

—Diotallevi, el hermano médico.

—¿Y esa historia de apellidos diferentes?

—Los nombres de las madres, hijos no reconocidos...

—¡Me cago en la puta!

Es inútil sudar, se dijo Macbetto, ciertas cosas hay que aceptarlas tal como vienen.

—Me da la impresión. —La voz era la de los grandes enfados—. De que hemos hecho un montón de tonterías.

—¿Hemos?, ¿quiénes? —preguntó Primo.

—Nosotros mismos, la policía, los jueces. Me acaba de llegar una información sobre ese tal Diotallevi, estuvo en un hotel por horas en no sé dónde, ya sabes, de esos sitios con las paredes de contrachapado. Estuvo en compañía de una mujer, no tengo más remedio que pensar, ahora que lo mencionas, que se trataba de doña Maria Teresa. Una pareja que ocupaba la habitación contigua lo oyó mientras daba consejos a la mujer sobre cómo envenenar a no se sabe quién. La pareja, antes de acudir a la policía, se lo pensó bastante; después él se lo contó a un amigo policía, pero solo a título personal, ya sabes; estaban allí de incógnito; el policía, antes de ir a comprobar lo que había ocurrido, se lo pensó también lo suyo; en definitiva, que se perdió un montón de tiempo. Y yo me acabo de enterar esta noche de que el tercer hijo del viejo Platone Sensori se apellida Diotallevi, porque Diotallevi es el apellido de la madre; y en la práctica descubro al mismo tiempo que la amiguita de Diotallevi es doña Maria Teresa.

—Aparte del hecho de que no veo qué culpa tienes tú en todo esto, no entiendo tampoco cómo él ha podido distorsionar las investigaciones.

—Habría preferido que no lo hubieras dicho. Verás, el tal Gaetano Diotallevi es el patólogo del hospital y fue el encargado de realizar la autopsia, mejor dicho, las autopsias. El encargo, si quieres saberlo, se lo confirió el juez a sugerencia mía.

—Pero ¿cómo diablos crees que...?

—Palmira, con la insulina o con alguna otra artimaña, la escolina por ejemplo, que es muy difícil de rastrear. Un veneno cualquiera; total, sabían que nadie lo buscaría.

—¿Y la matrona?

—Palmira también, pero nunca sabremos cómo ni por qué. O, mejor dicho, nunca lo sabremos a ciencia cierta. Yo creo que la matrona estaba completamente atiborrada de alcohol y cocaína juntos, ya te lo puedes imaginar. No debió de costar mucho meterle la nariz bajo el agua. O dejar que se ahogara ella sola.

—¿Y esas frases, en la pensión? Alguien los oyó hablar, podrían testificar, yo qué sé...

—El caso es que nos lo han susurrado al oído, nunca conseguiremos llevarlos como testigos ante el juez.

—Pero entonces ¿no hay nada que hacer?

—No lo sé, ya te lo diré mañana.

Qué podía hacerse no estaba claro, pero de lo que no cabía duda era de que no había nada más que decir. Macbetto y Primo se pimplaron una botella entera de vino Sangiovese y se fueron a dormir un poco menos deprimidos.

A la mañana siguiente, como le había prometido, el subcomisario llamó a Primo por teléfono.

—No, nada que hacer, el cadáver ha sido incinerado.

—Pero incluso en las cenizas...

—Las cenizas las han esparcido.

—Maldita suerte —murmuró Primo—. ¿Dónde nos hemos equivocado, en tu opinión?

—Nos dejamos engañar por las circunstancias. —Rio amargamente Macbetto—. Y además no hemos sido capaces de aprovechar las ventajas que la casualidad nos ha facilitado.

—¿Tú qué crees? ¿Es una falta grave?

Macbetto se encogió de hombros.

—Nacemos sobre la cresta de una ola —concluyó—. Nadie sabe dónde está el horizonte. —Y colgó.

Era una lluviosa mañana de otoño y tanto él como Primo, por casualidad, tenían un gran deseo de que saliera el sol.

Notas del traductor

[1] Traducción de Aurelio Pérez Jiménez en Hesíodo, *Obras y fragmentos* (Gredos, Madrid, 1983). <<

[2] Para entender cuanto se dice en este pasaje, hay que aclarar que el adjetivo *ribaldo* significa en su uso corriente en italiano «canalla, malvado»; de ahí la maliciosa interpretación del apellido del personaje. <<

[3] Carolina Invernizio (1851-1916) fue una prolífica autora de novelas folletinescas, muy populares tanto en su época como durante el siglo xx. <<

[4] Al lector no se le habrá escapado el homenaje del nombre del personaje a la figura de Palmiro Togliatti, el histórico dirigente del Partido Comunista Italiano (PCI). <<

[5] Juego de naipes típico de la región de Romaña, popularísimo, con una mecánica de juego en parejas parecida a la de la brisca. <<

[6] Alusión a un personaje de la famosa novela *I Malavoglia* (1881), de Giovanni Verga, cuyo verdadero nombre era Bastiano, pero a causa de su enorme estatura y fuerza física se le conocía con el apodo aumentativo de Bastianazzo. <<

[7] Para entender cuanto aquí se dice, hay que recordar que, en el sistema universitario italiano, las notas, amén de en las correspondientes actas, son anotadas por el profesor, tras los exámenes (en su mayoría orales), directamente en una libreta de calificaciones que el alumno conserva en su poder a lo largo de todos sus estudios. En cuanto a las notas, oscilan entre el 18, que es un aprobado, y el 30, máxima calificación, a la que se puede añadir la *lode*, equivalente a nuestra matrícula de honor. <<

[8] Diego Fabbri (1911-1980) fue un famoso dramaturgo católico, nacido en la Romaña, prestigioso guionista de cine también. <<

[9] Alusión a un famoso proceso judicial por homosexualidad de los años sesenta, que desató un enorme escándalo y fue objeto de una inusitada atención periodística, por más que acabara en nada. <<

[10] A despecho del autor, facilitamos una traducción: La ruina del queso es el rallador, la del niño es el tartamudeo. <<